

@Armando Bartra

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de portada e interiores: Daniela Campero.

Descarga este y más de 250 libros en formato pdf gratis desde:
www.brigadaparaleerenlibertad.com

A MEDIO CAMINO

Armando Bartra

ÍNDICE

“HACIA UNA ECONOMÍA MORAL”	7
EL ANDARIEGO DE MACUSPANA. REMEMBRANZAS CON MOTIVO DE LA ENFERMEDAD PRESIDENCIAL	19
¿QUÉ HACER? LO QUE VA DE LA POSREVOLUCIÓN A LA POSELECCIÓN.....	27
UN VIRUS METAFÍSICO	44
VACUNAS DE ESPERANZA	59
VACUNÁNDOSE. CARRUSEL DE EXPERIENCIAS	67
CAMPO Y PANDEMIA. LOS ETERNOS SOBREVIVIENTES VS EL VIRUS	73
LA SOBERANÍA ALIMENTARIA SEGÚN FELIPE CARRILLO PUERTO	91
SUR PROFUNDO. MESOAMÉRICA COMO DESAFÍO	99
EL EZLN Y LA LARGA MARCHA DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS	123
NUESTRA AMÉRICA VA. RESISTENCIA SOCIAL Y GOBIERNOS DE IZQUIERDA	149
PARÍS 1871. DE COMUNERAS Y COMUNEROS	165

“HACIA UNA ECONOMÍA MORAL” *

Hemos examinado un modelo de protesta social que se deriva de un consenso con respecto a la economía moral del bienestar público en tiempos de escasez.

E. P. Thompson, *La economía moral de la multitud*

Hacia una economía moral, el libro de Andrés Manuel López Obrador publicado en 2019 y escrito cuando ya era presidente es una suerte de manual o ruta crítica para transitar del neoliberalismo a una economía moral del bienestar sin morir en el intento. Una estrategia emancipatoria que sintetizaré en 14 cuestiones que expongo y discuto no por orden de importancia — todas lo son — sino buscando que la presentación tenga una secuencia lógica.

1.- El cambio de rumbo que necesitamos es impensable sin recuperar al Estado como gestor. La historia nos demuestra que sin conciencia, organización y movilización social no hay cambio verdadero. Pero también demuestra que el complemento del poder abajo es el poder arriba. Ins-

titucionalidad estatal que le confiere integralidad, estabilidad y continuidad a las potentes pero inestables, fragmentarias y a veces inmediatistas causas sociales.

2.- Recuperar la agencia de Estado es imposible sin erradicar la corrupción y el dispendio que lo fagocitan. Pero de la reseña histórica de la corrupción mexicana, que nos presenta AMLO se desprende que lo que enfrentamos es algo más que corrupción pues ésta supone la existencia de una legalidad que se pervierte y aquí la violación ha sido permanente y generalizada. Y si la norma es violar la norma en rigor no hay norma. Más que corrupción lo que hemos tenido es anomía; no un Estado de derecho que no siempre se acata, sino un permanente Estado de excepción donde se impone el más fuerte por su dinero, por su poder, por su capacidad de fuego... Luego nos acostumbramos y por ratos hay hegemonía, consenso... pero la chequera, la charola y el garrote siempre están ahí.

3.- La corrupción tiene orígenes, responsables, beneficiarios... sin embargo acabó por impregnarlo todo. Necesitamos, entonces, una regeneración moral de la sociedad, un saneamiento que será lento y prolongado. Y necesitamos sanear a las instituciones, pues de otro modo su inercia perversa nulifica las nuevas políticas públicas de por sí difíciles sino de diseñar si de implementar. Decía

el presidente López Portillo que para administrar la abundancia petrolera era necesario destinar un porcentaje de los recursos a la corrupción. Lo que es cínico y falso pues al normalizarse las cuotas de corrupción los “moches” se vuelven el verdadero objetivo de la inversión pública. “Sin obras no hay sobras”, dicen los descarados.

4.- La fórmula: “Dejar atrás el neoliberalismo”, significa que para transitar del orden económico edificado con criterios neoliberales a una economía moral del bienestar es necesario cambiar la matriz a partir del cual se toman las decisiones: pasar de priorizar el crecimiento, la acumulación y la concentración a priorizar el desarrollo incluyente, la redistribución y el bienestar. Lo que en el fondo es transitar de una economía del objeto a una economía del sujeto, de una economía de las cosas a una economía de las personas. Pero detrás de capitalismo desmecatado del que venimos, no sólo hay un modelo económico, también está un paradigma civilizatorio: un sistema de conceptos, principios, valores y sentires que conforman el imaginario social dominante. De modo que el vuelco necesario es cultural: una revolución de las consciencias que vaya conformando un nuevo sentido común.

5.- Guiarse por la economía moral es rechazar la idea de que el PIB es el indicador de indicadores y que la medida del bienestar social es la

medida del crecimiento económico. Porque en una economía de mercado puede haber crecimiento que no genere bienestar y – por un tiempo – puede haber avances en bienestar sin que haya crecimiento. Encuentro aquí una curiosa simetría: la economía moral asume que gracias a las políticas redistributivas puede abonarse el bienestar aun sin crecimiento como lo prueba el incremento en el ingreso popular en 2019; el neoliberalismo económico asume que, gracias a la corrupción, el rentismo y la especulación, puede haber acumulación de capital sin crecimiento como lo prueban las fortunas geoméricamente incrementadas en décadas de estancamiento. Las dos cosas son verificables pero insostenibles; necesitamos crecimiento, la cuestión es qué clase de crecimiento.

6.- El curso hacia al bienestar económico tiene dos vías: la redistribución del ingreso a través del gasto social (servicios públicos universales, transferencias dirigidas) y la inclusión productiva (empleo asalariado y autoempleo). Y cuando este cambio de rumbo responde a un quiebre político, como sucedió en la emergencia de los “gobiernos progresistas” en el Cono Sur y en el triunfo de Morena en 1918, de hecho tiene dos momentos: el primero es la social y políticamente insoslayable redistribución destinada a reducir las carencias y la pobreza por ingresos, acción que tiene efectos

inmediatos; el segundo es el de la inclusión productiva orientada a generar empleo e incrementar los ingresos del trabajo (dependiente o por cuenta propia), ejercicio más moroso y amarrado al crecimiento económico.

7.- Las que he llamado “revoluciones de bienestar” del Cono Sur, así lo hicieron: recuperaron rentas (petróleo, minería, agroexportación) y redistribuyeron el ingreso vía programas sociales. Pero los atrapó la depresión de 2009 y no les alcanzó el tiempo para cambiar de cauce sus economías, las que quedaron aprisionadas en un diseño primario exportador redistributivo (que algunos han llamado “modelo extractivista”). El momento caracterizado por la puesta en valor de recursos naturales como palanca de la inclusión social, no vale para México. Por un lado, porque nuestra economía es industrial y diversificada, aunque en gran medida subordinada y maquiladora, y por otro porque en lo global no nos tocó la bonanza —el viento de cola— sino la desaceleración secular —el viento en contra. Desaceleración que la Covid-19 transformó en recesión y quizá en una prolongada depresión.

8.- En México no podemos ser “extractivistas” y redistribuir rentas, simplemente porque nuestra economía no es principalmente extractiva sino maquiladora. Entonces tenemos que crecer productivamente. Y esto supone aumentar una in-

versión que será mayormente privada pero cuyo disparador puede ser la inversión pública productiva hoy muy mermada pues en los últimos años se la comió el gasto corriente. Mayor gasto público imposible sin una reforma fiscal progresiva. Al respecto algunos sostienen que los ricos no dejarán pasar mayores impuestos a la renta. Están equivocados; la burguesía ratonera se opondrá, claro, pero los capitales más avispados que respaldan las sustantivas alzas del salario mínimo porque entienden que la derrama salarial amplía el mercado interno, se allanarán también la inevitable alza en el impuesto sobre la renta, pues amplía la capacidad estatal de inversión en infraestructura que a su vez abre espacios a la inversión privada y dinamiza la economía. Habrá jaloneo, claro, y más ahora que estamos en medio de una fuerte recesión por la Covid-19, pero si algo está dejando claro la emergencia sanitaria es el papel protagónico del Estado en la superación de las crisis y esto vale también para las económicas.

9.- Es necesario orientar el gasto público e inducir la inversión privada al tipo de crecimiento que genera bienestar lo que supone invertir las prioridades de los gobiernos neoliberales. Primero los pobres y no los ricos, lo que significa poner por delante el gasto social. Primero el trabajo y no el capital, lo que supone aumentos salariales directos

y al salario indirecto a través del mejoramiento de los servicios. Primero el sur y no el norte, lo que se expresa en grandes proyectos estatales-privados-sociales como el Transístmico y el Tren Maya. Primero la agricultura y no la industria, lo que se traduce en programas como Sembrando Vida, Producción para el Bienestar, Precios de Garantía, Seguridad Alimentaria Mexicana, etc. Sabemos que no es lo uno o lo otro y que los pares anteriores no son excluyentes, pero priorizar es poner por delante lo que estaba postergado.

10.- El énfasis de AMLO en los asuntos del campo se aprecia en que de las cien páginas del libro *Hacia una economía moral* que se ocupan de políticas públicas, veinte se refieren a lo rural, el doble de lo que se dedica juntos a la industria, la minería, Pemex y los megaproyectos. Acento en lo rústico contrastante con las opciones preferenciales de los liberales, para quienes el agro era marginal sino es que lastre y obstáculo, sobre todo la agricultura campesina y en general la producción agropecuaria orientada al mercado interno. Pero la recuperación del campo que propone AMLO es prioritaria y estratégica no solo por razones de soberanía alimentaria, también para reducir la pobreza que se ensaña con esos ámbitos, para restaurar el tejido social lacerado sino es que necrosado, para proteger los ecosistemas y agroecosistemas que las prácticas

agrícolas degradan o restauran, para preservar nuestra cultura que ahí tiene sus raíces, para restablecer la paz y la seguridad desde hace mucho perdidas y para recuperar la gobernabilidad en las zonas que hoy controla el narco y no el Estado. El campo es nuestro talón de Aquiles y reanimarlo es asunto de vida o muerte.

11.- La mayor amenaza que pende sobre el agro mexicano —y sobre el país todo— es que se rompa la ya fracturada cadena generacional que le da continuidad a la vida campesina. Desapego, desafane y abandono de los jóvenes particularmente grave en el mundo rural porque lo campesino se transmite de padres a hijos y no se enseña en la escuela. Si una o dos generaciones desertan del curso secular de la vida rústica será muy difícil sino imposible restablecerla. En Cuba la revolución apostó por la industria cañero azucarera estatizada marginando a los pequeños productores de alimentos y aunque desde hace más de veinticinco años cambió la orientación, no ha podido conformar una economía campesina vigorosa. La Misión Agro-Venezuela impulsada por el presidente Hugo Chávez y que prolongaba la idea vieja de “sembrar petróleo”, no ha funcionado, no por falta de ganas sino por falta de campesinos, pues muchos de los que había se fueron a las ciudades. Cuba y Venezuela tienen una brutal dependencia

alimentaria que no han podido remontar, México aún está a tiempo de evitar la descampesinización radical y lo que esto implica.

12.- Salvar al campo es también atender una de las causas de la migración, pues el éxodo que viene del sur tiene una composición no exclusivamente rural, pero si mayormente campesina. Las ongs, los académicos y la prensa se preocupan legítimamente por los derechos del que migra, pero más importante es reconocer el derecho a no tener que migrar compulsivamente, restaurando la esperanza de una vida segura y digna en las regiones de origen. El sur centroamericano y mexicano marcha a las ciudades, a los centros turísticos, a los campos agrícolas, a Estados Unidos... hay desalentar la estampida no construyendo muros sino opciones que resulten esperanzadoras para migrantes que en su mayoría son jóvenes. Y este es el fondo de las propuestas de México a las recientes oleadas migratorias provenientes del sur.

13.- En *Hacia una economía moral* AMLO le da contenido a la llamada Cuarta Transformación, que a diferencia de las tres anteriores no es centralmente una separación sino una reunificación: la rearticulación virtuosa del Estado y la sociedad. Me explico: la lucha de los independentistas buscaba separar la colonia de la metrópoli y lo logró, la apuesta de la reforma era separar al Estado de

la iglesia y lo consiguió, la revolución pretendía separar el poder político del económico y los separó en lo tocante a la vieja oligarquía, pero durante el siglo XX de nueva cuenta el poder económico puso a su servicio al poder político, de modo que otra vez hay que separarlos. Pero si no queremos que —como es su costumbre— los poderes facticos vuelvan a adueñarse del poder político será necesario construir una nueva relación Estado sociedad; una relación no corporativa ni clientelar pero estrecha y cotidiana; una relación que no bloquee el pluripartidismo y evite la cooptación económica Y es que la única forma segura de quitarle permanentemente el poder a los ricos es que lo tomen los pobres.

14.- Comencé afirmando, con AMLO, que hay que recuperar al Estado como gestor del desarrollo, acabaré diciendo que nada de fondo podrá hacerse sin una sociedad consciente, organizada, movilizada... que no tenemos. El presidente de la República sostiene, y con razón, que el viejo régimen pervirtió a las organizaciones gremiales y civiles; pero el envilecimiento no es universal y en todo caso solo pone en evidencia la necesidad y urgencia de reconstruir o construir organismos sociales dignos de tal nombre. Porque sin contrapartes sociales consistentes el gobierno se va de boca. Terminó con un apotegma: La mayor riqueza de una sociedad es su organización autogestionaria.

El peor pecado del viejo régimen fue haberla pervertido. El peor error del nuevo gobierno sería pensar que sin ella puede sacar adelante la Cuarta Transformación ...

*Presentación del libro *Hacia una economía moral*, de Andrés Manuel López Obrador, leída el 18 de diciembre de 2019 en el Colegio Nacional.

EL ANDARIEGO DE MACUSPANA Remembranzas con motivo de la enfermedad presidencial

*La vida es demasiado corta para desperdiciarla
en cosas que no valen la pena.*

Andrés Manuel López Obrador,
No decirle adiós a la esperanza

El presidente de la República enfermó. El domingo 24 de enero de 2021 nos enteramos de que Andrés Manuel López Obrador había dado positivo al virus y que estaría en cuarentena hasta ver su evolución. La noticia nos cimbró a todos. Aunque en cierto modo la esperábamos pues la intensidad del contagio esta muy alta y Andrés Manuel no se cuida.

Por su edad y antecedentes clínicos el presidente forma parte del grupo con riesgo de que la enfermedad se complique. Sin embargo, su comorbilidad más peligrosa no es la cardiopatía que padeció en 2013 sino su crónico, su incurable activismo.

Para Andrés Manuel quedarse en casa y así evitar el contagio no era una opción. Quizá se hu-

biera podido cuidar más, pero siendo quién es tenía que correr el riesgo. Correr el riesgo de seguir caminando el país, de seguir dialogando con su equipo y con la gente, de seguir comunicando... Y el presidente lo corrió. Algunos comen mal, otros fuman, otros llevan vidas sedentarias... Andrés Manuel interactúa incansablemente con las personas. Qué le vamos a hacer, si se sujetara a protocolos no existiría Morena ni tendríamos 4T.

“Eres pata de perro”, le dije alguna vez. Andrés Manuel sólo se rio. Y es que el de Macuspana siempre anda en chinga. La prioridad que desde la presidencia le está dando al campo y a los campesinos, por ejemplo, no se concibió en un escritorio sino en ensombreradas reuniones multitudinarias.

Lo recuerdo el 28 de noviembre de 2011 llegando ya de noche y muy apurado a la comunidad poblana de Ayoxuxtla, que lo había invitado a la celebración por el centenario de la firma del Plan de Ayala. El pequeño y aislado pueblo que Zapata eligiera para el acto solemne estaba enfiestado, había jaripeo, durante todo el día corrió el trago y en el lugar del evento con Andrés Manuel no había luz. Pero aun así el acto se realizó y la hoy secretaria de Medio Ambiente, María Luisa Albores, que entonces era dirigente de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske, le planteó a nombre de una docena de organizaciones campesinas su

disposición a apoyarlo en su campaña por la presidencia si él a su vez se comprometía con un proyecto que estaban elaborando para la recuperación del campo bocabajeado por las políticas neoliberales. “Cuando tengan el plan me lo hacen llegar y yo lo firmo”, les dijo Andrés Manuel.

Cinco meses después, el 10 de abril de 2012, Torreón a medio día era un infierno y el sol calcinaba a los miles de campesinos que esperaban pacientes al candidato. Como siempre Andrés Manuel llegó rayando, se subió al comal ardiente que era el estrado y de inmediato empezó el mitin. Ahí le presentaron el documento prometido que llamaron *Plan de Ayala para el siglo XXI* y que él candidato firmó solemnemente junto con una docena de dirigentes que se habían congregado para el acto.

El PRI y Peña Nieto compraron la elección de 2012 y seis años después Andrés Manuel era de nueva cuenta candidato a la presidencia de la República. Y en otro simbólico 10 de abril, pero ahora de 2018, alrededor de diez mil campesinos de todos los rumbos del país se reunieron con él, esta vez en Jerez, Zacatecas. En este pueblo grande emblema de la provincia velardiana y ahora ciudad de migrantes llena de casas de cambio, fue donde entre remolinos de polvo el de Macuspana ratificó su compromiso con el agro plebeyo firmando un documento programático actualizado que llamaron *Plan de Ayala para el siglo XXI*.

De campaña en campaña, de pueblo en pueblo, de mitin en mitin sin nunca detenerse, sin parar nunca... esa es ha sido y es la vida de Andrés Manuel. Y uno no puede menos que admirar su inaudita terquedad. Pero hace unas semanas el andariego de Macuspana está enfermo. No es primera vez y estas zancadillas que le pone el cuerpo al hoy presidente nos obligan a reflexionar sobre lo indispensable que es su activismo en la tarea de materializar el sueño colectivo que ahora se llama 4T. Lo que me lleva a otros recuerdos.

Terminaba 2013, el primer año de gobierno de Peña Nieto, quien había enviado a la Cámara de Senadores una iniciativa de Ley de energía que privatizaba funciones asignadas a Pemex cediendo con esto la soberanía energética y buena parte de la renta petrolera. Encabezado por Andrés Manuel, el Movimiento Regeneración Nacional, aun sin registro como partido, pero habiendo realizado ya su congreso fundacional, salió a la calle junto con otras fuerzas sociales a defender nuestro petróleo.

El primero de diciembre en un mitin realizado en el Zócalo, Andrés Manuel convocó a reunirse de nuevo tres días después a las diez de la mañana en Reforma y La Fragua donde daría inicio un cerco ciudadano al senado. Esa mañana Andrés Manuel López Beltrán anunció que su padre no estaría en el mitin pues en la madrugada había sufrido un

infarto y se encontraba en el hospital donde le habían realizado una intervención coronaria.

El anuncio nos pasmó. El andariego de Macuspana, el incansable Andrés Manuel, el indomable *Peje* no era inmune a las dolencias del cuerpo; el líder omnipresente podía enfermarse... y quizá morir. Incredulidad, desolación...

El cerco al senado se hizo y días después se trasladó a la Cámara de diputados donde ya había llegado la iniciativa. Pero en los mítines faltaba el entusiasmo, la pasión, la confianza en el triunfo... Faltaba Andrés Manuel y sin él como que no nos hallábamos.

En una desangelada concentración realizada a un costado de San Lázaro, donde recuerdo que estaban el joven Andrés Manuel, Claudia Sheinbaum, el *Llanero Solitito* y otros, me tocó hablar. Dije entonces lo que había que decir: que la lucha en defensa del petróleo seguía adelante, que no podíamos aflojar... Pero inevitablemente entre en el tema que a todos abismaba:

“Por más de diez años — dije — Andrés Manuel ha sido el alma de nuestro movimiento... Y esta mañana no lo tenemos aquí porque lo golpeó la enfermedad. Hoy está en el hospital y más adelante tendremos que obligarlo a que se cuide porque el corazón es traicionero”.

Recuerdo bien que en ese momento Andrés Manuel, que conoce bien lo terco que es su padre, movió la cabeza afirmativamente. Yo continué.

“De modo que si queremos que nos dure muchos años deberemos hacer nosotros parte del trabajo que él hacía. Tendremos que explicarle a la gente porque luchamos, tendremos que recorrer el país organizando comités... Y sobre todo tendremos que convocarnos solos y tomar iniciativas por nuestra cuenta sin esperar que siempre vengan de él...”

Ahora todas y todos somos Andrés Manuel... Todos y todas somos *El Peje*...”

Aplaudieron, claro. Pero no había entusiasmo no había fervor, no había verdadera convicción ¿Cómo íbamos a suplirlo, como íbamos a hacer nosotros lo que siempre había hecho Andrés Manuel?

No fue necesario. El enfermo se repuso y sin pausa volvió a los recorridos, a los mítines al activismo... Y así, gracias al trabajo de millones de personas, pero sobre todo a la visión política y energía organizativa de Andrés Manuel se consiguió del registro de Morena como partido político, se crearon comités en todo el país, se realizó una intensa campaña electoral, el primero de julio de 2018 se ganó la presidencia de la República con 30 millones de votos y durante más de dos años el gobierno que él encabeza está impulsando la Cuarta Transformación. Y el andariego de Ma-

cuspana sigue caminando, sigue levantándose de madrugada para hablar con la gente a través de los periodistas, sigue recorriendo el país los fines de semana...

Hasta que un domingo nos enteramos de que Andrés Manuel de nuevo estaba enfermo, ahora contagiado por el virus. Seis días después, en un mensaje grabado, el presidente insistió en que hay mucho que hacer, en que los trabajos no pueden detenerse: “Debemos terminar la obra de transformación – dijo – No tenemos permiso para dejarla inconclusa”. Y efectivamente tras dos semanas de reclusión Andrés Manuel volvió a las “mañaneras” y tres días después volaba a Santa Lucía a inspeccionar el avance del nuevo aeropuerto.

Y lo celebramos. Qué bien Andrés Manuel siga haciendo cabeza en el histórico proyecto que hace años emprendió. Pero dos avisos debieran ser suficientes. Hoy más que nunca nos toca a los demás hacer nuestra parte.

Hay un gabinete muy capaz, hay activos legisladores, hay un equipo calificado y comprometido que acompaña al presidente... Pero aun así pienso que la conducción y operación de la 4T es demasiado personalizada. Andrés Manuel sigue siendo el indispensable; no solo es quien señala el rumbo – que así debe ser – sino también quien resuelve problemas específicos, quién se compra los pleitos con la oposición, quien comunica...

Decirle a Andrés Manuel que le baje es inútil, lo sabemos. Pero los demás, todos los demás, las ciudadanas y ciudadanos de este país que de una u otra forma creemos en la necesidad del cambio, debiéramos asumir en serio la responsabilidad de impulsarlo colectivamente. El andariego de Macuspana a recibido por segunda vez la señal y por segunda vez les digo: “Todos somos *El Peje*”. A ver si ahora sí nos cae el veinte.

¿QUÉ HACER?
LO QUE VA DE LA POSREVOLUCIÓN
A LA POSELECCIÓN

¿Qué hacer?: tal es la pregunta que se hacen los socialdemócratas. No se trata de escoger un camino sino de saber qué pasos prácticos debemos dar en el camino ya determinado.

Vladimir Ilich Lenin, *¿Por dónde empezar?*
Iskra, mayo 1901

Si preguntáramos ¿qué es la 4T? la gran mayoría respondería sin dudar que la 4T es lo que está haciendo el gobierno de López Obrador. Pero esto es sólo la mitad del cambio que necesita México y no la mitad más importante. La transformación más trascendente es la social: la mudanza profunda del pensamiento los sentimientos, la convivencia, las prácticas y la organización de la gente... Y ahí la 4T está fallando. Y está fallando precisamente porque la mayor parte de las personas piensa que la 4T es asunto del gobierno. Pero aun aquellos que quisieran participar en la gestión del cambio no tienen claro qué nos toca hacer a los que no somos gobierno.

Como Lenin en 1901, pero desde la izquierda plebeya, desde la izquierda de base algunos nos preguntamos ¿Qué hacer? Y cómo entonces la pregunta no es por el rumbo, que está trazado, sino por los pasos concretos que aquí y ahora hay que dar. Tampoco por lo que debe hacer el gobierno desde las instituciones — que lo tiene muy claro — sino por lo que nos toca hacer aquí abajo a nosotros los de a pie que andamos medio norteados. Intentaré una respuesta.

Los impulsores de la 4T llegamos a la mitad del sexenio asimilando las enseñanzas de una elección, la de 2021, que la izquierda ganó holgadamente, aunque no tanto como en 2018. Y el primer tramo del curso constructivo que emprendimos hace tres años debe evaluarse autocriticamente para afinar el rumbo y definir tareas. Una forma pertinente de hacerlo es comparar el comienzo de la 4T con el de la 3T ¿Qué hizo el activismo social hace un siglo en los primeros tres años de la posrevolución y qué hicimos nosotros ahora en los tres primeros de la poselección?

Iniciaré el ejercicio no con lo que parecería obvio: cotejar las acciones de gobierno de Álvaro Obregón con las de López Obrador, sino intentando algo más importante: cotejar las transformaciones de la sociedad ocurridas en los primeros años veinte con las ocurridas entre 2019 y 2021... Y les anticipo que vamos a quedar mal.

La 3T; primeros años

Empecemos con la posrevolución. Cerrado el ciclo de la lucha armada y promulgada la Constitución de 1917 que reconoce el derecho del pueblo a organizarse en defensa de sus causas, el primer presidente electo de la posrevolución tuvo que enfrentar un inédito, apasionado y omnipresente activismo social. Al tiempo que Obregón impulsaba desde el gobierno las módicas reformas que consideraba necesarias los campesinos, los obreros, los inquilinos, las mujeres, los estudiantes, los artistas... se movilizaban como nunca antes por sus propios objetivos que iban más allá de los del régimen.

Hombre moderado el presidente jalaba las riendas mientras que la gente empujaba por cambios radicales. De modo que a la postre la dimensión constructiva de la 3T llegó no hasta donde hubieran querido que llegara los primeros gobiernos posrevolucionarios sino hasta donde el pueblo organizado y movilizado pudo llevarla.

Para que tenga validez la comparación histórica me circunscribiré a los primeros tres años de los cuatro que gobernó Obregón. En este lapso las nuevas organizaciones campesinas surgidas para llevar adelante la reforma agraria constitucional se extienden a todos los estados de la República en forma de Ligas de Comunidades Agrarias. Con el precedente de las Ligas de Resistencia de Yucatán

que se empezaron a formar desde 1917 el modelo fue inducido después por el gobierno y su Partido Nacional Agrarista. Pero ligas como la veracruzana encabezada por Úrsulo Galván, la de Michoacán liderada por Primo Tapia, la de Puebla dirigida por Cuadros Caldas, la de Durango impulsada por José Guadalupe Rodríguez van más lejos de lo que quisiera ir Obregón. Las primeras ligas estatales surgen en 1921 y para 1926 ya están integradas en una Liga Nacional Campesina, dominada por el llamado "agrarismo rojo".

Impulsados al principio por la Casa del Obrero Mundial que se había aliado con Obregón, muchos sindicatos se forman durante la lucha armada y son reconocidos al promulgarse la nueva Constitución. En 1916 se realiza un Primer Congreso Obrero Nacional y poco después la Federación de Sindicatos del Distrito Federal estalla una huelga violentamente reprimida por el presidente Carranza. Pero el proceso de organización y movilización es imparable y para 1918 ya se integró la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), afiliada al laborismo internacional y cercana al gobierno, mientras que tres años después los anarquistas y comunistas fundan la radical Confederación General de Trabajadores (CGT). Por esos años electricistas, textiles, ferrocarrileros y muchos gremios más se movilizan por salarios, condiciones de trabajo y

contratos colectivos. Paralelas a las obreras corren las organizaciones de inquilinos como el sindicato que en Veracruz encabeza Herón Proal impulsor de un movimiento de no pago de rentas.

En la lucha armada participaron numerosas y aguerridas mujeres, pero el feminismo como tal cobra fuerza en la posrevolución. En 1919 se constituye el Consejo Feminista Mexicano y al año siguiente tiene lugar un Congreso de Obreras y Campesinas. En 1922 lideresas como Rosa Torres y Elvia Carrillo que había formado ligas de resistencia de mujeres y habían impulsado el feminismo en Yucatán, conforman con otras la Sección Mexicana de la Liga Panamericana de Mujeres y en 1923 se realiza el Primer Congreso Nacional Feminista que reivindica derechos políticos y económicos, pero también sexuales y reproductivos.

La lucha por la reforma universitaria en Córdoba, Argentina, y el *Manifiesto de los estudiantes* que recorre el mundo motivan a los mexicanos, quienes en 1918 realizan un Congreso por la autonomía de las instituciones de educación superior. Por esos años hay efervescencia juvenil en la ciudad de México y huelgas en la preparatoria. En 1923 se conforma la Federación de Estudiantes de México que formula un proyecto de autonomía universitaria que años después se impondrá a través de una huelga.

Sumándose al movimiento general, los artistas plásticos y otros trabajadores de la cultura se acuerpan en un Sindicato de Obreros, Técnicos, Pintores y Escultores, del que forman parte muralistas como Diego Rivera, José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros quienes en 1924 empiezan a publicar *El Machete*, un periódico cartel que revoluciona el diseño gráfico.

La gente también se organiza para producir y distribuir los bienes. En México el colectivismo agrario viene del Calpulli y el cooperativismo urbano proliferó en el siglo XIX hasta que alarmado Porfirio Díaz lo frenó. La nueva Constitución reconoce a las cooperativas y en lo rural la propiedad social de la tierra favorece el asociativismo agrario que cobrará gran fuerza durante el cardenismo. Pero ya en la inmediata posrevolución el michoacano Primo Tapia organiza en cooperativa el aprovechamiento de las tierras recuperadas de la hacienda de los Noriega y en Yucatán en el congreso de Motul de 1918 el Partido Socialista del Sureste acuerda impulsar el cooperativismo a través de sus Ligas de Resistencia, de modo que en los años siguientes se forman ahí centenares de cooperativas de consumo abastecidas desde la Liga Central y también algunas de producción.

El proceso multisectorial de organización y lucha continua durante toda la década de los años

veinte y se intensifica en la siguiente durante el gobierno de Lázaro Cárdenas. Pero ya en los primeros tres años de Obregón, el primero presidente electo de la posrevolución, los ejércitos campesinos van dejando lugar a las organizaciones civiles: ligas, sindicatos, consejos, confederaciones, cooperativas... La revolución ha triunfado y ahora se trata de hacer realidad el sueño que recoge en sus artículos programáticos la Constitución de 1917. Y el pueblo que se organizó y movilizó para tumbar a Porfirio Díaz, a los restaurados y a los reculantés ahora se organiza y moviliza para impulsar los cambios de la posrevolución.

La 4T; primeros años

¿Y el activismo social en los primeros tres años de la poselección? Por desgracia, nada que ver. Concluido el entusiasta y potente movimiento electoral que tras de dos elecciones robadas en menos de cuatro años construyó un ejército ciudadano capaz de derrotar en las urnas y por nocaut a los representantes del viejo régimen, el presidente electo y quienes como él se habían preparado por cerca de dos décadas para cambiar al país desde el gobierno, emprendieron con ímpetu y sin dilación su cometido. Que López Obrador lo había planeado todo minuciosamente quedó claro cuando el tres y el cuatro de julio de 2018 en el entrañable Salón

Luz asignó tareas precisas a unos trescientos futuros colaboradores. Desde el principio el de Macuspana sabía perfectamente a lo que iba, la 4T desde el gobierno estaba en marcha, el “elefante reumático” comenzaba a moverse: ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump!...

No tiene caso hacer aquí el recuento de acciones de trascendencia política, económica y simbólica realizadas por el gobierno en lo que va del sexenio, tarea que emprendí apenas trascurridos cien días en un librito titulado *El principio* y continué en *Un año ya y la cuarta va*. Lo que importa ahora es documentar lo que hizo el partido triunfador y lo que hizo la sociedad organizada y no organizada una vez que se cerró la fase de lucha centralmente electoral. Ya vimos lo que hicieron en la inmediata posrevolución, veamos qué hicimos en la poselección.

En el ámbito rural las organizaciones clientelares gobiernistas que se quedaron sin lo que obtenían o desviaban de los programas públicos protestaron airadamente, pero sin dinero a la postre decayeron. Sin embargo, también los que apostaron por el cambio apoyando la candidatura de López Obrador perdieron rumbo. En parte porque el nuevo gobierno no distingue bien entre los corporativos y los democráticos, pero también porque no han sido capaces de aprovechar las políticas

públicas favorables al agro para desarrollar formas superiores de asociación. Donde había organización propositiva, como entre los caficultores, esta subsiste y busca reorientar políticas públicas erráticas que no siempre favorecen a los huerteros pequeños, pero no han surgido agrupaciones campesinas nuevas y algunas preexistentes están alicaídas. La tentación de que sea el gobierno quien organice a la gente del campo, por fortuna no ha prendido. Y que bueno, porque cuando fue presidente, Cárdenas lo intentó y las organizaciones por el promovidas o se pervirtieron como la Confederación Nacional Campesina (CNC) o no tuvieron continuidad como los ejidos colectivos.

Sigue ahí el Congreso Nacional Indígena (CNI). Pero si renunciar a la muy unificadora lucha por llevar a la Constitución los derechos de los pueblos originarios mermó su representatividad, cuando inducido por el EZLN eligió la confrontación sistemática con el nuevo gobierno, acabó de perderla. Así la plausible iniciativa de reforma Constitucional para que se reconozcan plenamente los derechos indígenas, incluido el de consulta que estableció la OIT, la impulsa principalmente el gobierno a través de Instituto Nacional de Pueblos Indígenas.

En cuanto a la lucha de los pueblos contra las amenazas que penden sobre sus territorios y que

no porque haya un nuevo gobierno han desaparecido, se quedó en un movimiento defensivo apoyado por redes y ong's que no logan pasar de la muy necesaria resistencia a la construcción de alternativas que la nueva circunstancia política hace viables. El Tren Maya y el Transístmico son un riesgo para los pobladores, sí, pero también una oportunidad. Y son pocos aun los que están asumiendo el desafío de manera proactiva.

El movimiento de los obreros y otros asalariados no pinta mucho mejor. Los cambios en la Ley federal del trabajo, el acotamiento del *outsourcing* y las sustantivas alzas al salario mínimo crearon condiciones favorables para la democratización y fundación de sindicatos y para negociar o mejorar los contratos colectivos, sin embargo, de eso poco o nada se ha visto. De quienes apoyaron la candidatura de López Obrador, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación participó con otros en la re-reforma educativa que por años había exigido, pero sigue aprisionada en un sindicato dividido. El único que avanza en lo organizativo y lo contractual es el Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos, Siderúrgicos y Similares de la República Mexicana, que además tiene un senador por Morena y a través de este impulsa una agenda legislativa.

Un sector laboral particularmente vulnerable es el de los jornaleros del campo que no vie-

ron avances con el nuevo gobierno de modo que siguen luchando por sus derechos a través de la Red Nacional de Jornaleras y Jornaleros Agrícolas y otras organizaciones. Son tres o cuatro millones de familias y sería muy importante posicionar el tema en la agenda gubernamental de la 4T.

El de las mujeres es un movimiento global ascendente que en México mostró su potencia en las manifestaciones del 8 de marzo de 2020. El nuevo feminismo es plural por convicción y no hay que pedirle organizaciones centralizadas. Sin embargo, la causa de las mujeres rebasa con mucho la agenda de las acciones más recientes que es la de la violencia y no se ve un debate incluyente sobre las múltiples reivindicaciones de género y los diversos sectores que las sostienen. Y sin una plataforma más o menos integral y por tanto representativa de las necesidades de la mitad de México, los legítimos reclamos feministas al gobierno de la 4T se quedarán en eso.

Los jóvenes no han visto la suya desde el #yo-soy132 y ya va para diez años. Pero son un sector prioritario del nuevo gobierno y para ellos hay varios programas importantes de becas, capacitación y universidades que podrían ser precisados y afinados si los jóvenes tuvieran organización y voz.

Afectados por políticas gubernamentales que a veces tiran al niño con el agua sucia, los ar-

tistas y en general los trabajadores de la cultura repelan, se mueven y es de celebrarse que hayan logrado algunos cambios importantes a su favor. Pero igual que para el caso de las mujeres sería bueno que se fuera construyendo desde abajo un proyecto de cultura multisectorial e integral.

La asociativa o cooperativa es una producción con sentido social, un tercer sector de la economía que junto con las empresas Estado podría hacerle contrapeso a la empresa privada y quizá avanzar hacia una economía poscapitalista no estatizante. Es además una buena respuesta a la crisis del autoempleo y las microempresas ocasionada por la pandemia. Su importancia se destacó a principios de julio de 2021 en una Jornada Nacional de Cooperativas que lamentablemente no fue impulsada por un pujante movimiento cooperativista, que no existe, sino por el gubernamental Instituto Nacional de Economía Social y las participaciones más significativas fueron de cooperativas que andan por los 40 años como la Tosepan Titataniske y la Pascual Boing.

En los años veinte del pasado siglo no había ong's y hoy son legión. Las asociaciones civiles se ocupan de temas que el Estado abandonó o que los gobiernos atienden mal, y junto con la academia han dado visibilidad y argumentos a causas tan importantes como los derechos humanos y el medio

ambiente. Sus problemas se originan en que careciendo de la legitimidad que otorgan los procesos democráticos con frecuencia se presentan como representantes de la gente, y también en que su financiamiento proviene de recursos públicos o de la llamada “cooperación”, patrocinadores a quienes rinden cuentas y a cuyas agendas responden. Así las cosas, las ong's son terreno abonado para que hagan política a trasmano los poderes fácticos, los gobiernos imperiales y en general la derecha. Pero no todas son así, muchas ong's son promotoras de causas legítimas y por tanto formas tan válidas de organización social como los partidos y los gremios. Durante los tres primeros años del nuevo gobierno, junto con la beligerancia de las asociaciones que representan a una parte de los empresarios, hemos visto una indeseable mortandad de ong's que hacían buen trabajo. El nuevo asociacionismo civil que demanda la 4T no ha aparecido.

Mover a la elefanta reumática

En el tránsito del neoliberalismo a la 4T la organización y activación de la sociedad mexicana no avanza, sino que retrocede. Hoy estamos menos organizados y más pasivos que cuando las políticas de los gobiernos del PRI y del PAN nos hacían repelar y nos movilizábamos airada y masivamente por la salvación del campo, contra la entrega del

petróleo, para revertir la reforma educativa, por justicia para las víctimas...

Hoy la soberanía alimentaria es prioridad del gobierno y hay programas para los campesinos... pero no hay organizaciones campesinas que los potencien; hoy se hacen reformas legales favorables a la democracia sindical... pero no se forman ni se democratizan sindicatos; hoy se propone hacer más favorable el marco legal para las cooperativas... pero del otrora impetuoso movimiento cooperativista ni sus luces; hoy se formulan iniciativas de reforma constitucional para reconocer los derechos de los pueblos originarios... y al CNI se le ocurre irse a Europa en barco.

Al alba del siglo XX los mexicanos pusimos en pie organizaciones revolucionarias capaces de derrocar a un gobierno opresor, un siglo después echamos a andar una organización electoral capaz de derrotar en las urnas a un régimen autoritario. Pero hace cien años, concluida la revolución armada supimos organizarnos para transformar las injustas relaciones sociales imperantes, mientras que ahora terminó la gran batalla electoral y nos pasmamos. Hace cien años la gente se dio cuenta de que el tránsito de la guerra a una etapa de cambio constructivo demandaba otras formas de organización social y las desarrolló creativamente, mientras que ahora nos quedamos quietos espe-

rando los cambios que vienen de arriba, como si la construcción de un nuevo México fuera asunto solo del gobierno.

Y es que ahora la gente le tiene mucha fe al gobierno... y ese es el problema. Me explico. En la inmediata posrevolución los mexicanos sabíamos por la experiencia con Madero y con Carranza que no se debía esperar mucho de los gobiernos emergentes si la gente no se organizaba y movilizaba para presionarlos. Y porque también desconfiaban de Obregón formaron ligas campesinas y sindicatos obreros que ocupaban tierras y estallaban huelgas pues sabían que solo así se haría efectiva la reforma agraria y se harían valer los derechos del trabajo. En la inmediata poselección, en cambio, la gente lo espera todo de López Obrador — que sin duda es más confiable que Álvaro Obregón— pero no se da cuenta de que si la sociedad no hace su parte el mejor gobierno descarrila.

El desafío es para para los hombres y las mujeres, los viejos y los jóvenes; para los obreros, los campesinos, los indígenas, los estudiantes, los artistas... para la sociedad toda que no necesita de partidos para activarse. Pero es también un reto para Morena; para el partido que hizo posible el quiebre electoral y el despegue de la 4T. Un partido triunfador y hoy gobernante que sin embargo en lo más importante está paralizado igual que la sociedad.

En los últimos tres años Morena ha cumplido como partido electoral participando en varios comicios. Y en el más relevante que era el de medio camino su triunfo no fue tan arrollador como en 2018 pero le fue muy bien: mayoría simple en la cámara de diputados, 11 de los 15 gobiernos estatales en disputa, mayoría en la mayor parte de las cámaras locales... de modo que la 4T va. Pero hay malestar, hay descontento en la militancia. Entre la tendencia de algunos a ver al partido como botín y judicializar la vida interna, las decisiones del Tribunal Electoral y la pandemia el cambio de dirigencia por encuesta en 2020 no fortaleció la unidad.

Además de que de lo acordado en el último Congreso ordinario lo único que está en marcha es el Instituto Nacional de Formación Política que ha integrado numerosos círculos de estudio y tiene una escuela cada vez más estructurada. Pero sin acción política y social la llamada formación de cuadros es un sucedáneo, un mal sustituto de una verdadera militancia que el Instituto no puede impulsar. Que bien que haya miles de círculos y `círculas´ pero por cada círculo de *estudios* debiera haber por lo menos un comité de *acción*; de acción sindical, de acción comunitaria, de acción estudiantil, de acción cultural, de acción feminista...

Porque lo más importante no es elegir candidatos y lograr mayoría en las elecciones, ganar

consultas para enjuiciar expresidentes o formar hartos cuadros... Lo más importante es organizar, concientizar y movilizar a la sociedad en las tareas constructivas de la 4T. La “revolución de las conciencias” queda en nada si no es también revolución de la comunidad, del barrio, de la fábrica, de la escuela... revolución de la organicidad y de las prácticas sociales.

En esto los de la poselección tenemos mucho que aprenderle a los de la posrevolución que en pocos meses crearon cientos de organizaciones campesinas para hacer efectiva la reforma agraria, cientos de organizaciones obreras para hacer valer la libertad sindical, cientos de cooperativas para defender la economía popular... Y recordemos que en el porfiriato se impidió que la gente se organizara de modo que ellos tuvieron que partir de cero, mientras que hoy mal que bien hay movimientos y organizaciones populares en los que es posible y necesario participar.

Pero, además, para hacer lo que le corresponde en la 4T, Morena no necesita ir a buscar pueblo en los ejidos, las fábricas, los barrios, las escuelas... Morena tiene millones de militantes y los obreros, los campesinos, las mujeres, los estudiantes, los indígenas, los artistas, los científicos... están ahí. Bastaría convocarlos a reunirse por sectores para discutir su problemática, intercambiar

experiencias, definir asuntos prioritarios, planear acciones... Por si fuera poco, se tienen las Secretarías presuntamente responsables de atender estos temas...

Gracias a López Obrador el gran elefante reumático que es el Estado mexicano ya se mueve. Movamos nosotros a la elefanta social que es aún más grande y más poderosa ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump! ¡Tump!...

¿Qué hacer? tiene muchas respuestas. La anterior es solo una de ellas.

UN VIRUS METAFÍSICO

Lidiar con la muerte trastoca nuestro espíritu.
Pablo Ramírez. *Organización Independiente Totonaca*

El veinte-veinte será recordado como el año del coronavirus; el comienzo de la crisis sanitaria global que nos tiene encerrados viendo impotentes cómo se derrumba el mundo que conocimos. Eso los privilegiados porque a los cuentapropistas que no pueden quedarse en casa los tiene arriesgando la vida para ganarse la vida.

Nos tocaron los tiempos de la Gran Crisis: una crisis estructural, epocal, civilizatoria... un colapso ontológico que pone en cuestión no sólo cierto orden social sino nuestro ser en el mundo. Un desquiciamiento universal que más allá de sus varias dimensiones conforma lo que refiriéndose a la emergencia sanitaria Ignacio Ramonet ha calificado de “acontecimiento social total” y yo he llamado “experiencia desnuda planetaria”.

La pandemia es el epítome de la Gran Crisis. Y lo es porque en ella convergen y se enconan

todos los males del orden que padecemos. No hay herida sistémica en que no hurgue la omnipresente enfermedad; no hay dimensión previamente lacerada de la vida que no dañe aún más la irrupción del virus: la pobreza, la desigualdad, la exclusión, la enfermedad, el racismo, el sexismo, el adultocentrismo... y en el fondo la torcida relación sociedad naturaleza que ya nos tenía al borde del colapso y enderezarla es hoy asunto literalmente de vida o muerte.

Crisis multidimensional

Estamos habituados a las narrativas críticas que se ocupan de las diferentes dimensiones del mal: la crisis económica, la crisis climática, la crisis social, la crisis política, la crisis moral... pero en la pandemia nos enfrentamos al monstruo íntegro, ahí tenemos al ogro completo y no hay para donde hacerse. Bienvenidos los análisis clínicos, bienvenidos los estudios epidemiológicos, bienvenidas los diagnósticos ambientales, bienvenidas las prospecciones económicas, bienvenidos los balances sociales, bienvenidas las alertas políticas, bienvenidos los regaños morales... pero el monstruo es uno y está ahí retándonos. Apelemos a los expertos con sensibilidad social, a las disciplinas rigurosas, a los datos duros... pero no nos refugiemos en ellos para evadir el desafío: ésta es una crisis

metafísica, una crisis ontológica de la que saldremos cambiados en lo más profundo de nuestro ser o nomás no saldremos.

La avería sistémica cuyos chirridos escuchamos y cuyas angustias padecemos desde hace rato —y que el coronavirus potencia— ha sido llamada *capitalista* porque exhibe la inviabilidad del sistema, *estructural* porque remite a lo que subyace, *epocal* porque marca el fin de una etapa histórica, *civilizatoria* pues en la de buenas anuncia una nueva formación cultural. Reconociendo todo esto, yo la he llamado *Gran Crisis*, porque sin duda es grande, y he dicho que es *multidimensional* porque ciertamente tiene muchas facetas. Cuando señalo ahora que es *ontológica* no es por apostar más fuerte que los demás o por ponerle más crema a mis tacos es porque en su capítulo pandemia se presenta ineludiblemente como una experiencia radical de la humanidad toda, como un acontecimiento trascendental que remite a la condición humana y del que nadie escapa.

El virus es un ente físico y a la vez metafísico; un agente material pero también espiritual que nos amenaza biológicamente a la vez que nos desafía ontológicamente enfrentándonos a la escasez de todo lo que es espacial y temporalmente determinado —es decir de todo— y poniéndonos ante nuestra finitud como individuos y como especie, y

con ello frente a lo contingente de una existencia que quisiéramos necesaria.

Pobreza, hambre, enfermedad, deterioro ambiental, recesión económica, neofascismo, criminalidad globalizada, guerras... son los diferentes rostros del monstruo; las diversas facetas de una debacle poliédrica pero unitaria que si la viéramos como un todo se nos mostraría como lo que en el fondo es, como una crisis ontológica, como un colapso del ser... Pero no podemos verla como un todo; no fácilmente. Y es que la modernidad escindió en esferas radicalmente separadas una vida antes unitaria y compartimentó disciplinariamente un saber antes holista. En el mundo de cajoneras en que hoy habitamos tanto nuestra práctica como nuestro pensamiento están fragmentados, de modo que vemos y vivimos cada uno de los árboles, pero pocas veces nos dejamos penetrar por la enormidad del bosque.

Así las cosas, la Gran Crisis se nos presenta como sumatoria de crisis menores, como amalgama de crisis particulares. Ya teníamos calentamiento global, desorden energético y estrés hídrico, luego vino la carestía de los alimentos y más tarde la recesión económica... y aún no salíamos de esa cuando llegaron el SARS-Cov-2, la pandemia y sus secuelas sociales y productivas... ¿Síntomas de diversas enfermedades que la mala suerte hizo que

coincidieran en el arranque del siglo, o síndrome de un mal mayor? Estoy seguro de que muchos estaríamos de acuerdo en la unicidad del problemón que nos atosiga, pero el hecho es que lo seguimos abordando por partes.

Sostengo que la manera compartimentada de diagnosticar y enfrentar la crisis de la modernidad es parte de la crisis de la modernidad.

El todo y las partes

Lo que vemos habitualmente son las piezas del rompecabezas, las partes de un gran embrollo civilizatorio. Y está bien, pues las aproximaciones disciplinarias permiten profundizar y entrar en detalles. Lo preocupante no es la especialización de ciertos enfoques sino la ausencia de visiones de conjunto; de reflexiones holistas que muestren completo el monstruo y no solo la bestia económica, la bestia social, la bestia política, la bestia sanitaria, la bestia guerrera...

Correlato de la balcanización de los haceres y de la propia vida, la balcanización de los saberes no se remonta con plausibles pero insuficientes estrategias multidisciplinares o interdisciplinares. Y es que no se trata de reagrupar lo que previamente hemos disgregado. Ya lo decía Goethe: que el médico forense suture juntas las partes del cuerpo que ha diseccionado no lo vuelve a la vida.

La gracia de los enfoques holistas está en que, habiendo suerte y talento, son capaces de restituir los diversos momentos de la totalidad con la complejidad e intensidad de lo vivido; y hacerlo mediante representaciones en parte intuitivas donde la ciencia tiene que recurrir a la elocuencia del arte.

“Tenemos que pensar la ciencia como arte si esperamos de ella alguna clase de totalidad”, demandaba con razón el autor de *Fausto*. Y es que los conceptos de la ciencia al uso no se avienen con la ambigüedad, mientras que las imágenes alegóricas propias del arte son polisémicas pudiendo así aludir a los múltiples significados del todo, a su constitutiva ambigüedad. La desfajada plenitud del ser refulge en toda obra de arte verdadera en tanto que por definición la ciencia define, es decir reduce, acota, delimita. La ciencia requiere conceptos fijos, precisos, categóricos... mientras que las imágenes del arte son abiertas, inestables, indecisas; la ciencia afirma, el arte sugiere; la ciencia convoca al ente, el arte evoca al ser. Digámoslo con Heidegger: lo que brilla en los zuecos, la silla o los girasoles que pinta Van Gogh no es su coseidad aparente sino el ser que en ellos subyace.

Se dirá que no todos somos Van Gogh y que al común de los mortales el ser del ente no se le da, así nomás; se argumentará que la totalidad no es punto de partida sino resultado, síntesis de

múltiples determinaciones particulares. Y esto es verdad si nos referimos al método de las ciencias positivas que descomponen y recomponen, o al fenomenológico hegeliano que encuentra la verdad en el proceso y su conclusión. Pero hay otra vía de acceso al ser de las cosas; una vía no científica ni fenomenológica sino ontológica: la experiencia directa, inmediata, instantánea de la necesaria universalidad tal como se presenta en la contingente singularidad; no un procedimiento, no un método una vivencia que nos abisma sin mediaciones en el ser... y —en la de malas— en la nada.

No hablo de algo solo accesible a mentes privilegiadas, sino de lo que experimentamos todos cuando de improviso nos “cae el veinte”; cuando tenemos una suerte de iluminación que nos revela de súbito el significado de algo que ya estaba ahí, pero cuya verdad se nos escapaba. Es lo que Walter Benjamin llama la llegada del Mesías, lo que Goethe remite a la visita del genio, lo que en García Lorca es la irrupción del duende en el cante jondo y en la vida, lo que en Julio Cortázar es el paso del ángel.

El Mesías que de vez en cuando y sin decir agua va a todos se nos apersona, el genio, el duende, el ángel... son conceptos que debíamos tener presentes en los tiempos que corren; en los tiempos de la pandemia, una experiencia desnuda pla-

netaria que nos confronta a todos y a cada uno con la muerte, con la otredad radical, con el vértigo del ser y el espanto de la nada. Y si así no nos cae el veinte... pues ya estaría de Dios.

Hacia una política pura

¿Que por ser trascendental la experiencia de la crisis será también trascendente? No lo sé. Trascendental remite a la profundidad del instante en que se vive, trascendente hace referencia al transcurrir, al tiempo cronológico, a los saldos históricos de un acontecimiento en sí mismo radical. Y esto dependerá de si somos capaces de pasar de la vivencia deslumbrante al discurso articulado, del acontecimiento vivido a la narración comunicable, del pasmo a la acción colectiva. En eso estamos.

Y como siempre la salida está en la política. Pero no en la política instrumental al uso, sino una política otra, una política radical en que el medio sea un fin en sí mismo; una política del aquí y el ahora; una política catártica, apasionada y performativa... Para hacer frente al colapso del ser, a la crisis ontológica se requiere una política pura; una política hecha de acciones singulares, incondicionales, contingentes y por ello capaces de vencer a la inercia, de romper la cadena causal, de hacer historia sacando de cauce a la historia.

La política de la eficacia y de los resultados es en verdad indispensable para mitigar los daños de

la pandemia y tomar las medidas necesarias para que la próxima no sea tan letal... Pero la política instrumental no nos cura del espanto. Estamos presenciando el fin de un mundo que nos vendieron como eterno, vimos el rostro de la muerte y es necesario hacer el duelo... Y para esto hay cosas que no sirven. En este trance no son útiles los cheques posdatados, las promesas de futuro; renovar nuestros proyectos individuales o colectivos está bien pero no nos saca del hoyo. Tampoco sirve aferrarse a las causas particulares y a las militancias temáticas, que cuando se viene abajo el edificio completo no tiene caso afanarse por salvar al perico.

La política medio está bien pero no basta. Y es que no se trata solo de cambiar de vez en cuando el rumbo de la historia —lo que no es poca cosa— se trata de recuperar nuestra historicidad (o quizá inaugurarla pues no veo que en otros tiempos la ejerciéramos a plenitud). La política instrumental sirve para dar golpes de timón: ganar una elección, cambiar un gobierno, reformar una Constitución... Quiebres que alteran para bien o para mal el curso de las cosas. Pero pasado el momento estelar por lo general la historia vuelve a ser un torrente que nos arrastra o por el que nos dejamos llevar. Aun si plausibles las intervenciones correctoras no son más que discontinuidades en un campo que mantiene su inercia.

Asumir nuestra historicidad es invitar a Kairós a las asambleas que preside Cronos haciendo de los medios de la política instrumental fines en sí mismos. Lo que significa que más allá del resultado de una acción libertaria el propio proceso de la lucha sea ya liberador. En esta perspectiva un movimiento social que fracasa en el sentido de que no alcanza sus objetivos expresos puede ser más radicalmente histórico que uno triunfante si el fallido trastoca efectivamente las subjetividades, si en su curso la necesidad –negociable porque apunta al ente–deja paso al deseo –insaciable porque apunta al ser. Debe quedar claro sin embargo que la política pura no elimina a la instrumental y la apertura al deseo y a lo imposible no está peleada con la lucha posibilista por satisfacer necesidades concretas y tangibles.

Pasar de pedir una clínica a demandar el derecho a la salud a reivindicar el derecho de tener derechos ilustra lo que digo. Y en una perspectiva temporal mayor son asaltos al cielo, son derrotas que hicieron historia la rebelión de los esclavos romanos (73-71 a. c.), la revolución negra en Haití (1791-1804), la Comuna de París (1871), la globalización de los movimientos juveniles (1968). Todas fueron a la postre derrotadas y sin embargo lo bailado nadie se los pudo quitar de modo que años, siglos o milenios después siguen siendo ilumina-

doras. Y lo siguen siendo porque todas fueron narradas... y bien narradas.

No encuentro mejor forma de explicar en qué consiste la tal política pura que citar en extenso a John Berger, un hombre sabio y elocuente que puso en palabras antes y mejor que yo muchas de las cosas en las que creo. Esto escribió Berger en el libro *Con la esperanza entre los dientes*:

“Un movimiento describe un gran grupo de personas que colectivamente se mueven hacia un objetivo definido, el cual logran o no pueden lograr. Pero dicha descripción ignora las innumerables decisiones personales, los encuentros, las iluminaciones, los sacrificios, los nuevos deseos, los pesares y, finalmente, las memorias que este movimiento hace emerger y que, en sentido estricto, serían incidentales.

“La promesa de un movimiento es su victoria futura, mientras que las promesas de esos momentos incidentales tienen un efecto instantáneo. En su intensidad vital o su tragedia, tales momentos incluyen aquellas experiencias de una libertad en la acción. Momentos así son trascendentales, como ningún “resultado” histórico puede serlo. No todos los deseos conducen a la libertad, pero la libertad es la experiencia de un deseo que se reconoce, se asume y se busca. El deseo es una demanda: la exigencia de lo eterno ahora. La libertad no

constituye el cumplimiento de ese deseo, sino el reconocimiento de su suprema importancia”.

Para hacerle frente al trastabillar del ser necesitamos una política pura. Una política que restaure aquí y ahora el nosotros fracturado por el encierro y el espanto, que restablezca la comunidad tal como ésta emerge de la acción colectiva. Necesitamos que se reabran los pueblos que se cerraron para protegerse, necesitamos que revienten las burbujas de seguridad, necesitamos dejar un poco el zoom y regresar al cara a cara, necesitamos salir a la calle sin temor al otro... No hablo de romper las preciosísimas reglas emergentes sino de vivir otra vez a plenitud con las nuevas reglas.

Hay que recuperar el tiempo de ahora no como el *stand by* que nos impuso la pandemia sino como tiempo pleno, como un tiempo de nuevo abierto a la historia. Y para esto requerimos de una política pura animada por acciones colectivas que restablezcan el nosotros. Un nosotros que puede ser virtual o presencial, de contacto o con “sana distancia”, pero que se haga presente ya; aquí y ahora.

La última experiencia pura, performativa, carnavalesca... en que participe — así fuera desde la orilla y atrapado en mi género — fue la histórica “marcha de las jacarandas” del ocho de marzo del 2020: la toma de las calles de la Ciudad de México por cientos de miles de mujeres insurrectas...

Pensé entonces que aquello era un quiebre, un parteaguas, una ruptura ontológica... y pese a que el coronavirus detuvo temporalmente la acción callejera multitudinaria, creo que lo fue.

Pero habrá nuevas marchas. Y ahí estaremos.

VACUNAS DE ESPERANZA

Se siente tan bonito estar de nuevo fuera y en comunidad.
Vacunado en Topilejo

Lo que sigue no ocurrió, pero pudo ocurrir. De visita en México el Papa Francisco quiso conocer Xochimilco. Recorría las chinampas con el presidente cuando un fuerte viento le alzo el solideo que fue a dar al canal. De inmediato Andrés Manuel saltó de la trajinera, caminó sobre las aguas recogió el sombrero papal, regresó caminando sobre las aguas y se lo devolvió al sorprendido Francisco. Al día siguiente los diarios cabecearon: ¡López Obrador no sabe nadar! y en redes se viralizó: amlononadaninada.

La derecha mexicana y con ella los medios de comunicación y redes sociales que le hacen coro se refocilan en una guerra de lodo contra el presidente y la 4T. Campaña negra en que se vale todo: impúdicas falsedades, calumnias, exageraciones evidentes, ocultamientos... salpimentados de ofensas, insultos y escupitajos.

“La propaganda no debe cuidarse de la verdad. Debe decir muy poco y repetirlo constantemente”, escribía Hitler. Y completaba Goebbels quien era su ministro de propaganda: “Basta decir una mentira cinco veces para que el pueblo la crea y siete para la crea quien la produjo”. Lo sostuvo Theodor W. Adorno para el fascismo y vale para México: “La derecha ataca espectros más que opositores, construye una imagen y la destroza sin preocuparse por la correspondencia de esta imagen con la realidad”.

El tono dominante de la mefítica andanada emitida desde las cloacas de la reacción es el catastrofismo; las malas noticias casi siempre inventadas o sacadas de contexto: ¡Esconden los muertos! ¡Huyen los capitales! ¡Habrà más apagones! ¡Choque con Biden! ¡Las vacunas matan! ¡Ya viene el hongo negro!...

A resultas de su estruendosa derrota, los reaccionarios de por acá ya no venden promesas de felicidad sino imágenes apocalípticas. Desfondados en 2018, nuestros conservadores tuvieron que abandonar el fraseo optimista de los tiempos en que eran hegemónicos y se han vuelto agoreros del desastre; aves carroñeras que zopilotean sobre la desgracia que los alimenta. Heraldos negros.

“La existencia puede ser maravillosa”

El jueves 20 de marzo murió de cáncer el cantautor Roberto Gonzales. Una semana antes había escrito una carta al Correo Ilustrado del diario *La Jornada*, donde entre otras cosas agradecía la “buena organización y el ambiente cívico-festivo”, conque lo habían vacunado contra la Covid-19. Roberto murió vacunado, agradecido y si es posible feliz: “La existencia puede ser maravillosa aun en las condiciones en que nos ha tocado ser y estar”, escribió en su carta póstuma. Y esta me parece una buena forma de morir.

Y es también una buena forma de ir regresando a la vida. En México la vacunación está siendo una fiesta, un encuentro gozoso, un tránsito esperanzador por el que millones de mexicanas y mexicanos que por más de un año estuvimos encerrados huyéndole al virus, salimos de nuevo a la luz en medio de música, baile y algarabía. Celebramos los inmunizados y celebran también los jóvenes que, aunque tienen que esperar saben que sus viejos ya están a salvo y van a recuperar la vida que por muchos meses el Covid-19 secuestró.

Ya nos hacía falta. Más allá de la hazaña de conseguir vacunas suficientes y de las indudables virtudes de la estrategia con que se están aplicando, la importancia de la masiva inmunización radica en que es por fin una buena noticia, una esperan-

zadora experiencia colectiva con la que vamos retomando el paso.

Las vivencias de vacunación que anexo dejan ver que más allá de su importancia clínica y epidemiológica, irse a vacunar y estar vacunado tiene una enorme importancia simbólica. Sabemos que la protección no es total ni permanente, sabemos que la mayoría aún no está vacunada, sabemos que el virus sigue ahí... y no bajaremos la guardia. Pero lo importante es que no terminamos en la lona y que por fin salimos tirando golpes de la esquina en que el virus nos tenía acorralados. Ahora estamos seguros de que esta pelea la vamos a ganar... y por eso la vamos a ganar. La vacunación ha sido la magia.

Sueños contra pesadillas

Mientras unos nos reencontramos con la vida otros difunden augurios de muerte; mientras unos por fin esperanzados somos optimistas, otros de suyo sombríos son cada vez más pesimistas.

Las derechas que en el mundo han sido; desde la fascista hasta las que en la América Latina progresista conspiran para restaurar oligarquías y neoliberalismo, son muchas cosas, pero sobre todo son fúnebres, panteoneras, catastrofistas. Lo suyo son los malos augurios y cuando no hay noticias infaustas las inventan o las fabrican.

La dimensión sombría de un triunfalismo nacionalsocialista a la postre sustentado en el miedo la señala Simone de Beauvoir en *Pensamiento político de la derecha*: “La ideología nazi convertía el pesimismo en voluntad de poderío”.

Y no solo el fascismo histórico fue apocalíptico, lo son todas las derechas. A raíz de la Revolución Francesa de fines del siglo XVIII, de las insurgencias de la llamada “primavera de los pueblos” en el XIX y de las grandes revoluciones del XX, los conservadores y restauradores del viejo régimen se volvieron “Heraldos negros”, agoreros de la catástrofe que según ellos conllevan las transformaciones justicieras y en particular los cambios de fondo, los cambios revolucionarios. Espantar con el petate del muerto y sembrar el caos para evitar el presunto caos al que conducen las reformas progresistas ha sido es y será el libreto de las derechas. Entre ellas la mexicana.

Es el suyo un manipulador e interesado pesimismo reaccionario al que hay que oponer el optimismo: el optimismo esperanzado de los pueblos y el optimismo razonado de las izquierdas. Porque la esperanza, cuando prende en la gente, es más poderosa que todas las campañas negras, *fake news* y catastrofismos que puedan orquestar los conservadores.

Vacunas de esperanza

En México inmunizarse devino un movimiento social suigéneris, una acción colectiva multitudinaria en que pueblo y gobierno van juntos, un despliegue social e institucional solo comparable por su capacidad de convocatoria con las expropiaciones cardenistas.

Estamos en medio de un gran movimiento sanitario que compromete a gran parte del aparato estatal tanto federal como de las entidades federativas y los municipios, poniendo de manifiesto que, si otras emergencias proyectaron a la llamada sociedad civil en sustitución de gobiernos omisos, esta patentiza la importancia creciente y decisiva de los gobiernos en el manejo de las dimensiones más sensibles y los episodios más agudos de la Gran Crisis.

Sin los haberes y saberes de los Estados, sin los recursos humanos y materiales de las instituciones públicas no podremos hacer frente a los desafíos del cambio climático, el estrés hídrico, la conversión energética, la recesión económica, el incremento de la pobreza. Estado y sociedad, con menos no salimos. Y el vuelco subjetivo propiciado por la campaña de inmunización es un buen ejemplo.

En nuestro país la vacunación se transformó en un movimiento de esperanza. Y la esperanza es invencible. Por eso la derecha trata de desactivarlo

inflando mediáticamente eventos intrascendentes: “Ya vieron que no pasó el líquido de la jeringa”. “La verdad es que no están vacunando”. “Ni creas que ya te inmunizarse”. “Qué tal si es agua...”. En vano. En los grandes puntos de vacunación la gente sigue cantando y bailando. Y lo bailado nadie nos lo quita.

En México se inmuniza contra el SARS-Cov-2 pero también contra el desánimo, contra el pesimismo, contra la guerra sucia. No se las de otros lados, pero las de aquí son vacunas de esperanza.

APÉNDICE:

VACUNÁNDOSE: CARRUSEL DE EXPERIENCIAS

La vacunación es una fiesta. Nos vacunan en el mero Topilejo donde hace 53 años hubo una réplica rural del 68. Somos los viejitos de los pueblos de Tlalpan y nos reciben puros chavitos, solidaridad intergeneracional le dicen. Un acordeonista toca y platica para animar a la gente. Ni falta que hace, de por si estamos muy contentos. La vacunación es una fiesta. A sus noventa y tantos, doña Luz se angustia porque la dejó su familiar. “Ahorita regresa, madre, no se apure”, le dice la doctora. “Aquí la procuramos -añade el que la sigue en la fila-, no está sola”. Doña Luz se tranquiliza. Y es verdad aquí nadie está solo. “Yo vine por el baile y esta vez no hubo baile”, reclama un sombrerudo a la que anota sus datos. “Pero que tal hubo acordeón”, revira ella. “No se crea señorita, era broma -aclara sonriente el del sombrero- Y gracias; gracias por todo”. Sí, gracias por todo, se siente tan bonito estar de nuevo fuera y en comunidad.

Vacuna y canto. Llegué muy temprano al estadio de CU donde me tocó vacunarme. En el lugar había una enorme carpa donde nos recibieron aplaudiendo decenas de chavos y chavas con chalecos coloridos, eran jóvenes voluntarios animándonos. Se respiraba un aire festivo. Y cuando después de la vacuna esperábamos los 20 minutos de rigor, empezó la música. Una joven de bata blanca se arrancó cantando *Cielito lindo* micrófono en mano. Y ahora éramos nosotras las que aplaudíamos y las que traían movían con ritmo la muleta o el bastón. Después hubo zapateado. “Lo malo –decía la señora del bastón- es que ya tenemos que irnos... y yo quiero quedarme”. Al final nos tomamos fotos con ellas, con ellos, con todos para recordar y apretar esa alegría. Salimos en medio de porras y aplausos que a mí y supongo que a muchos nos hizo un nudo en la garganta.

Vacuna y baile. El jueves 13 de mayo el Subsecretario de Salud Hugo López Gatell recibió la primera dosis contra la Covid-19 en la primaria Benito Juárez de la alcaldía Cuauhtémoc. Para hacerle amena la espera lo invitaron a bailar al ritmo de *I Will Survive* de Gloria Gaynor junto con el voluntariado y otras personas que esperaban vacuna. El Subsecretario fue captado por las cámaras tratando sin éxito de llevarle el paso al trabajador que lo

animaba a seguirlo. López Gatell resultó un gran epidemiólogo, pero un mal bailarín.

¿Tan jodido me veré? Tengo 72 pero se me pasó y me vacune con los de 50 y más. Los jóvenes que me recibieron en el Centro de Estudios Superiores en Ciencias de la Salud de la Marina Armada de México. fueron extremadamente amables y me preguntaron si necesitaba silla de ruedas ¿tan jodido me veré? Me aplicaron la vacuna y a la sala de espera llegaron jóvenes gimnastas que nos pusieron a hacer movimientos corporales. Regresé a casa vigorizado y caminando.

Ilusión de eternidad. Llego al Campo Marte con cientos de adultos de la segunda, tercera y hasta cuarta edad. Una parvada de jóvenes amorosos no da alegrías y una naranja. Luego nos vacunan y sentimos que al derrotar al maldito virus bebimos de la fuente de la eterna juventud y que sin dejar de ser viejos recuperamos nuestra ilusión de eternidad.

Un ejército feliz. Bajo una foto en la que se advina la sonrisa tras el cubrebocas una joven mujer dice: "Hoy es mi segundo día como voluntaria. Somos un ejército feliz".

Fui de voluntario. A mí todavía no me toca, así que fui de voluntario a un centro de vacunación de la Marina... ¡y la Banda estuvo tocando danzones toodo el día! Y luego la gente: los señores y las señoras, unos hasta bailaron... felices.

Yo casi lloro. La amabilidad, la organización y del personal de salud, sí, perfecto y hasta más ¿no? Donde me tocó había un montón de voluntarias muy risueñas y contentas —se les ve en los ojos—. Y sientes como si te conocieran, te hablan cariñosas. Hubo aplausos y porras y todo. Ya de salida, unos muchachos, muy jóvenes, nos aplaudían y felicitaban y nos decían: ¡Bravo, que bueno, cuídese, cuídense! Yo casi lloro.

Muertas de risa. Nos recibieron con música —había bocinas— y hacían los muchachos voluntarios baile con gimnasia. Y nosotras pasábamos y hacíamos los ejercicios y bailábamos... muertas de la risa. Todo como muy alegre. Salimos contentas, contentas, muy contentas.

Hace mucho que no lo veía contento. Mi hermano ya está mayor, no se da cuenta de cosas, así que yo lo llevé. Pero llegando estaban ahí a la entrada muchachos y muchachas bailando en fila... Y mi hermano nomás se les quedó viendo y empezó a bailar él y así bailando se fue todo el camino y se dejó inyectar muy bien... Hace mucho, mucho que no lo veía contento.

Parecía fiesta, era fiesta. Creo que fue porque uno de los señores que fueron por su vacuna es mariachi. Entonces sus compañeros del mariachi, así sin decirle nada, llegaron con sus instrumentos y se pusieron a tocar ahí para él y, pues para todos. Y to-

dos nos pusimos muy contentos. Parecía fiesta, era fiesta.

Vacunarse en EU. En abril viajé a San Diego para vacunarme. Como soy estudiante de doctorado e instructora en clases de licenciatura en la Universidad de California, tenía derecho a las dos dosis de Pfizer de forma gratuita, administradas por la Universidad. Hice la cita por internet y me presenté en el gimnasio del campus el día señalado. Al entrar al edificio nos daban una tarjeta de cartón con espacio adelante y atrás para nuestros datos personales y para registrar varias aplicaciones de la vacuna. “No la pierdas”, te decían. Pasé, me senté, mostré credencial, QR y tarjetita. Me vacunaron. Pusieron pegatinas en mi tarjeta y me indicaron seguir las flechas en el piso hacia las canchas de básquet, que estaban repletas de sillas muy separadas, mirando hacia cuatro o cinco pantallas que en inglés y en español describían los posibles efectos de la vacuna y lo que debíamos hacer. Ahí esperé 20 minutos. Todo muy eficiente, muy ordenado, muy tecnológico, muy frío... Me tomé una foto mostrando mi brazo vacunado y la subí a redes... Para celebrar un poco ¿no?

CAMPO Y PANDEMIA

LOS ETERNOS SOBREVIVIENTES VS EL VIRUS

Durante la guerra civil española mi abuela, que era obrera y vivía en la martirizada Barcelona de los bombardeos y el hambre, iba de vez en cuando a los campos cercanos a traer valiosas patatas, cebollas y tomates que le daba una familia de payeses a los que conocía. "Antes eran los más pobres, ahora la pasan mejor que nosotros", decía mientras extendía su tesoro sobre la mesa de la cocina.

La Covid-19 nos está golpeando a todos, pero particularmente a ciertos sectores: los pobres urbanos, las mujeres, los niños y jóvenes.

Es muy preocupante que los millones de pobres urbanos que trabajan por su cuenta o en pequeños negocios informales y precarios tengan que optar entre la muerte por hambre si para protegerse dejan de laborar o la muerte por enfermedad si continúan trabajando, saturando el espacio público y contagiándose.

Es alarmante que cargue casi exclusivamente sobre las mujeres el incremento de los trabajos do-

mésticos de educación y salud resultante del cierre de las escuelas, de la mayor morbilidad y de la insuficiencia de los hospitales haciendo que pierdan gran parte de los espacios conquistados en el mercado laboral a lo que se suma el incremento en la violencia doméstica a causa del encierro.

Es inquietante que la de por sí alta deserción escolar de niños, adolescentes y jóvenes de familias con pocos recursos se incremente dramáticamente por sus dificultades para acceder a la educación a distancia aumentando aún más la brecha educativa clasista.

Pobres urbanos que viven al día, mujeres amas de casa, niños y jóvenes son las principales víctimas de esta crisis. Por una vez los mayores perdedores no son las comunidades indígenas y los campesinos. Al contrario, están sobreponiéndose mejor que otros a la pandemia y en cierto modo poniéndonos el ejemplo. Trataré de explicar por qué lo digo.

Respecto del mundo rural, aunque de momento es difícil generalizar pues aún estamos en medio de la pandemia, me parece útil consignar cinco observaciones puntuales que quizá –no lo sabemos aún– se transformen en futuras tendencias: regreso al campo, defensa integral del modo de vida campesino, resiliencia, protagonismo del Estado, estrategia holista de recuperación poscovid.

Regreso al campo

Porque interactúo con un grupo de investigadores que trabajan en el campo y por fortuna no han perdido el contacto, he podido constatar de manera casuística que, en 2020, el año de la Covid-19 la gente sembró igual o más que en años anteriores.

La suspensión de actividades económicas no esenciales como medida de mitigación no operó en el campo, no solo porque producir alimentos es esencial, sino también porque los procesos productivos agrícolas son estacionales y suspender o posponer una actividad es perder un año completo -además de arriesgar el deterioro del recurso productivo- y finalmente porque los campesinos pequeños y medianos, como los cuentapropistas urbanos, viven de lo que producen con su esfuerzo cotidiano y detener o interrumpir la producción es quedarse sin ingresos. De modo que este año la gente que sembraba sembró.

En otros casos familias campesinas con ingresos provenientes de trabajos asalariados fuera de la unidad en actividades que se suspendieron o cancelaron, por ejemplo, en la construcción o en el turismo, fortalecieron con el trabajo ahora disponible su producción agrícola de autoconsumo.

Ocurrió también que algunos productores comerciales de bienes no directamente alimentarios, como el café o el cacao, restablecieron o incre-

mentaron su producción de autoabasto previendo que la pandemia provocaría la caída de los precios de su producción comercial y para reducir el riesgo de contagio concurrendo con menos frecuencia a abastecerse de alimentos en los mercados locales.

Otra respuesta fue la de individuos o familias de origen rural que vivían y trabajaban en ciudades y que perdieron su empleo o su fuente de ingresos, y que regresaron a sus pueblos donde recrearon o fortalecieron la economía agrícola que habían abandonado.

Finalmente, pequeños y medianos agricultores comerciales intensivos que durante la pandemia vieron incrementada la demanda de sus compradores -por ejemplo, de tiendas departamentales- intensificaron aún más las siembras y acortaron los ciclos para aprovechar la bonanza ocasionada por la pandemia.

Esto y el buen temporal provocaron que paradójicamente el año de la pandemia haya sido un buen año agrícola. Tanto en lo tocante a la producción que sale al mercado y es medible que creció más del 1%, como en la estadísticamente menos visible pero muy importante que se autoconsume.

Como sucede en las guerras y en las crisis económicas en la presente pandemia al campo le está yendo menos mal que otros sectores, sobre todo en lo tocante a sus secuelas socioeconómicas.

Lo que nos remite a que en lo económico la agricultura acostumbra tener un comportamiento contracíclico (crece cuando otros decrecen y viceversa) y a que en lo social el mundo rural es más resiliente que el urbano.

Si estas observaciones puntuales se consolidaran como tendencia, estaríamos ante un proceso más o menos intenso y más o menos duradero de recampesinización. Lo que no sería sorprendente pues producir para comer es un recurso que aun los campesinos comerciales no olvidan, y es sabido que para la gente de origen rural el pueblo natal ha sido siempre retaguardia y red de protección frente a la desgracia; la desgracia familiar, nacional o global.

Defensa del modo de vida campesino

Otra respuesta a la pandemia, que es casuísticamente observable y quizá pueda volverse tendencia, es que organizaciones que se movilizaban en torno a objetivos específicos: proverbialmente la defensa de sus territorios amenazados por minas, presas, carreteras, desarrollos turísticos... Ahora están ampliando el espectro de su lucha a otras dimensiones de su problemática también estratégicas, pero que hasta hace unos meses eran menos visibles o menos movilizados como la salud y la producción de alimentos. Cuestiones de las que igualmente depende la vida y que hoy se vuelven claramente prioritarias.

Decía un dirigente de la Tosepan Titataniske una organización de la Sierra Nororiental de Puebla: “Ayer nos movilizábamos en defensa de los territorios del entorno, hoy luchamos también por la salud del cuerpo que es nuestro primer territorio”. Y es que en la sierra poblana las treinta y dos grandes asambleas regionales que habían sido el eje de la lucha contra mineras e hidroeléctricas, están por el momento suspendidas por razones sanitarias; además de que la presión de las corporaciones ha disminuido un poco porque la recesión y la baja de los precios de los minerales no anuncia buenos tiempos para la minería... (minería que, no nos hagamos ilusiones, sigue siendo el gran negocio del futuro).

Mas que un cambio de tema movilizador lo que estamos viendo es el reconocimiento, favorecido por la pandemia, de la multidimensionalidad e integralidad de la lucha por preservar el modo de vida campesino. Lucha que no se agota en los combates por conservar el control sobre los territorios, sino que incluye también la preservación o creación de las condiciones que hacen posible la reproducción de las comunidades en dichos territorios: la salud, la alimentación, la seguridad, la economía...

Dicho de otra manera, en algunos casos la pandemia está haciendo evidente que defender el

territorio tiene poco sentido si no se trabaja también por hacerlo habitable y apropiárselo productivamente; es decir que, aunque en cada momento tenga prioridades, la lucha campesina ha de ser multilateral e integradora... como lo es la vida.

Resiliencia

La preservación e incremento de la producción alimentaria y de autoabasto, el ocasional regreso al campo, y el creciente reconocimiento de que la defensa del modo de vida campesino ha de ser integral, son estrategias de resistencia frente a la adversidad en las que se sustenta la proverbial capacidad de las comunidades rurales para sobreponerse a las contingencias.

Resiliencia probada, que la crisis sanitaria y los severos retrocesos socioeconómicos provocados por la pandemia ponen en primer plano. Hoy más que nunca es evidente que el futuro depende de nuestra capacidad de recuperarnos de los golpes y levantarnos de la lona. Y los campesinos, los eternos sobrevivientes, son expertos en resiliencia.

El BM y el FMI han pronosticado un incremento global del desempleo y la pobreza como saldo de la recesión. La FAO alertó que la ruptura de las cadenas de suministro de alimentos y la insuficiencia del ingreso de los pobres para comprar comida podría elevar a mil millones de per-

sonas la población con hambre. La CEPAL prevé que la economía latinoamericana retrocederá más del 10% y con ello el desempleo y la pobreza en el subcontinente. Hace unas semanas el Coneval estimaba para México un decrecimiento económico de 5 o 6%, una pérdida de empleos de 3 a 5% y un incremento de la pobreza por ingresos del 7 o 8%, y hoy es claro que el alargamiento de la pandemia hará que el retroceso sea bastante mayor. La conclusión es que estamos viviendo en un proceso acelerado de empobrecimiento global.

En cuanto a nuestro país, dado que en la última década la disminución de la pobreza había sido de poco menos del 10%, podemos prever que la crisis sanitaria y sus secuelas socioeconómicas nos retrotraerán a la situación de hace diez años.

¿Nos vamos a tardar otros diez años en volver a la situación que teníamos en 2019? ¿Tendremos estos diez años para hacerlo o una nueva crisis sanitaria o económica o ambiental nos regresará al punto de partida... sino es que nos lleva más atrás? ¿Estamos en una trampa semejante a la de Sísifo?

No forzosamente. El problema mayor de nuestras políticas sociales radica en que han sido compensatorias de políticas económicas empobrecedoras y excluyentes. Desde su fundación a la Secretaría de Desarrollo Social le tocó administrar sobaditas y trapitos calientes para compensar en

algo los estragos de la política neoliberal aplicada por la Secretaría de Hacienda. Razón por la cual la inclusión económica y social propiciada por los programas de desarrollo ha sido frágil y precaria.

Sabemos que es en las comunidades campesinas e indígenas donde se concentran las carencias y es plausible que a ellas se enfoquen los programas prioritarios del nuevo gobierno, dirigidos mayormente a zonas marginadas. Pero habría que preguntarse también si la inclusión económica y social que procuran es frágil o resistente, si se traduce en procesos sostenibles o es precaria... Porque el bienestar que en tiempo de crisis recurrentes necesitamos gestionar, tendría que ser un bienestar sólido, blindado... un bienestar altamente resiliente.

Hechos a la incertidumbre —siempre la climática y de algunos siglos a esta parte también la económica— los campesinos son expertos en sortear los males que llegan de improviso. Su fórmula mágica es la multiactividad, el policultivo y en Mesoamérica, la milpa.

Si los dejan, los campesinos despliegan aprovechamientos diversificados y complementarios como las especies que conviven en su parcela. Los campesinos de por acá hacen milpa, lo que cuando se puede incluye la parcela con maíz, frijol, calabaza, chile... entreverados; la huerta biodiversa;

el acahual; el potrero; el traspatio; la prodigiosa cocina... Los campesinos nunca ponen todos los huevos en la misma canasta porque llega la plaga, llega la sequía, llega la caída de precios... y no deja un huevo entero.

Esto hacen los campesinos si los dejan. Pero de un tiempo a esta parte los dejan cada vez menos, pues el mercado les impone la estrategia del monocultivo. Y la economía familiar amarrada a un solo producto se vuelve frágil, precaria. Ante la pandemia y otras amenazas es vital regresar a la multi actividad sinérgica que soporta mejor las adversidades. Y por eso, a la luz de la Covid-19 algunos programas rurales del actual gobierno tienen más alcance que otros.

El de *Precios de Garantía* está bien, pues los pequeños productores con desventajas en el mercado necesitan certidumbre, pero al actuar a través de los precios puede resultar regresivo y no incide directamente en la producción. El de *Fertilizantes* se justifica, pues subsidia los costos de los agricultores pobres, pero sin análisis de suelos y con poco énfasis en los biofertilizantes poco ayuda a producir más y mejor. En cambio, el sustituto de *Procampo* que es *Producción para el Bienestar* está avanzando hacia un modelo productivo sostenible al incorporar a las transferencias monetarias un acompañamiento técnico orientado hacia la transición agroecológica.

Pero la joya de la corona es *Sembrando Vida*, en el que se fomentan los cultivos anuales de la milpa destinados principalmente al autoconsumo, asociados con árboles frutales que empiezan a producir a corto plazo tanto para el auto abasto como para el mercado, y con árboles maderables como cedro y caoba cuyos beneficios se verán en el largo plazo. Y todo articulado en agroecosistemas sostenibles que además reforestan y mantienen la fertilidad de los suelos. Virtuoso modelo productivo al que se añade la promoción de formas asociativas... una belleza. Y una belleza resiliente, pues su diversidad básica, que puede enriquecerse ilimitadamente a partir de las condiciones y los saberes locales, permite capotear las peores tempestades.

Emergencias sanitarias, siniestros climáticos planetarios, desplomes económicos... son evidencias que desacreditan la idea de un porvenir sin riesgos, sin catástrofes, sin crisis humanitarias. Los seres humanos vinimos y viviremos en peligro; la idea cara al racionalismo de que al poner en orden a la naturaleza y a la sociedad estamos construyendo un mundo de seguridades, es uno de los dogmas de la modernidad que se derrumban. Debemos aprender a esperar lo inesperado, hay que irse acostumbrarse a vivir en la incertidumbre... Como siempre lo han hecho los campesinos que ahora pueden ser nuestros maestros.

Mayor protagonismo del Estado

Respecto del tema del campo, las observaciones de este cuarto apartado resultarán quizá una digresión. Pero una digresión pertinente y necesaria para concluir esta exposición con algunas reflexiones sobre el futuro de lo rural.

Para bien o para mal, hoy las responsabilidades de los gobiernos y la forma, adecuada o inadecuada, en que las asumen están en el centro del debate sobre la pandemia.

En las crisis surgen ideas nuevas o se hacen tendencia ideas que antes eran débiles. Del temblor que colapsó la ciudad de México en 1975, del pasmo del gobierno ante el siniestro y del activismo de los ciudadanos en la salvación de vidas, surgió la “sociedad civil”; no el concepto, que es viejo, si su preeminencia en el imaginario colectivo y en las practicas socialmente comprometidas. El saldo fue que en el último cuarto del pasado siglo despreciábamos al Estado, los partidos y la política, tanto como amábamos a la sociedad, los movimientos y lo político. La transformación de algunos movimientos en partidos y luego en gobiernos modificó un poco esas convicciones. Pero en el ámbito progresista se sigue desconfiando de lo Estatal... y con razón.

Pues bien, la pandemia nos está llevando a rectificar algunas de estas acendradas conviccio-

nes Si en el pasado el activismo ciudadano frente a los desastres puso en primer plano a la sociedad civil, pienso que hoy la clara insuficiencia de las estrategias sociales, civiles y comunitarias para hacer frente al virus y, por otro lado, el creciente activismo de los gobiernos para tratar de manejar -o de utilizar- la emergencia, está reposicionando al Estado y sus incumbencias en el imaginario colectivo. Aclaro: no es que se demerite lo social, es que en las grandes crisis se hace evidente que sin la operación de instancias centralizadas y de gran escala no hay salida.

Hoy más que nunca necesitamos gobiernos legítimos a la vez que expertos y responsables... Gobiernos que por lo general no tenemos, de modo que habrá que procurarlos. La pandemia y en un sentido más amplio la crisis de la relación sociedad naturaleza, reclaman un activismo estatal calificado. Siendo indispensables la iniciativa y la autogestión ciudadana, estas no bastan ni con mucho para hacer frente a turbulencias planetarias como el cambio climático, las pandemias y sus secuelas socioeconómicas.

Cada día resulta más claro que solo los Estados y los organismos multilaterales pueden movilizar las capacidades técnicas y los recursos materiales necesarios para hacerle frente a los grandes desastres. La solidaridad, el apoyo mutuo, la cohesión

comunitaria son indispensables para sobrevivir, pero únicamente instancias centralizadas como las gubernamentales pueden generar, captar, procesar e interpretar la información necesaria para tomar rápidamente decisiones sustentadas y para poner en acción los ingentes recursos institucionales, económicos y materiales que se requiere para operarlas. Si lo hacen o no, es otra cosa. Pero, si no son ellos ¿quién?

La humanidad entró en zona turbulencia, una crisis multidimensional que cuestiona el orden económico, social y político, pero también el tipo de relación que tenemos con la naturaleza: degradación medioambiental, calentamiento global, estrés hídrico, pérdida de biodiversidad, astringencia energética, insuficiencia alimentaria y por último, aunque no menos importante, emergencias sanitarias que ponen en entredicho nuestra sobrevivencia biológica. Una contingencia civilizatoria múltiple cuya contención y eventual superación demanda esfuerzos extraordinarios a todos los niveles: las personas, las familias, las comunidades, las naciones y los Estados incluyendo lo que hay de organismos multilaterales. Con menos no salimos de esta.

¿Que la mayor parte de los gobiernos sirve a otros intereses y/o carece tanto de capacidades como de recursos, que los acuerdos sustantivos

entre naciones parecen imposibles y que los organismos multilaterales existentes responden más a las transnacionales que de la humanidad? Así es, en efecto. Pero cambiar tal estado de cosas es asunto literalmente de vida o muerte y en estos días miles de millones de personas se están dando cuenta.

Hacia una estrategia integral de recuperación poscovid
La pandemia está poniendo en evidencia la profunda relación que existe entre salud, alimentación, medioambiente, agricultura, economía... y de todo esto con bienestar. Y por tanto está destacando el hecho de que solo con estrategias públicas integrales pueden enfrentarse con éxito los grandes retos.

Ahora bien, entre otras cosas por su acrecentado protagonismo catapultado por la pandemia, los gobiernos son y serán cada día más un campo de batalla. Porque hay dos posibilidades, la primera es que la imposición de las medidas de contención y mitigación refuerce el autoritarismo, el control social por la violencia y el neofascismo; la segunda es que la urgencia de acciones públicas centralizadas se traduzca en intervenciones gubernamentales enérgicas, concertadas, corresponsables, socialmente sensibles y técnicamente solventes.

En nuestro continente Bolivia bajo la administración golpista y Ecuador gobernado por Lenín

Moreno ilustran el endurecimiento del autoritarismo a resultas de la pandemia. México, en cambio, es un buen ejemplo de lo contrario. En lugar de imponer coactivamente a los ciudadanos las medidas de mitigación, nuestra Secretaría de Salud optó por actuar sobre la actividad educativa, económica y recreativa y paralelamente ha desarrollado un plausible trabajo en la reconversión de un sistema médico y hospitalario abismalmente insuficiente. Decisiones y acciones que documentan lo valioso que en las crisis es tener un buen gobierno.

Pero lo que aquí quiero destacar es la capacidad de algunos funcionarios de esta administración para aprender de la crisis y transformar su aprendizaje en proyectos de futuro. Proyectos que a su vez se apoyan en el diagnóstico riguroso de lo que hoy está pasando.

Sabemos que la letalidad que entre nosotros tiene el SARS-CoV-2 depende de muchos factores, entre ellos las comorbilidades: diabetes, enfermedad cardiovascular, obesidad, sobrepeso... provocadas en gran medida por la mala alimentación. Ingesta inadecuada que se explica por la lógica con que opera el sistema comercial alimentario, pero también por las características de nuestra agricultura. Modelos de producción agropecuaria que a su vez tienen serias repercusiones ambientales. Y todo esto tiene graves implicaciones sociales y eco-

nómicas pues impacta en el bienestar y la competitividad.

Y de ahí surge un diseño estratégico fundamental para la reestructuración poscovid de todos estos ámbitos y en particular del campo mexicano. Proyecto que está siendo diseñado por una inédita convergencia de secretarías de estado, institutos y otros organismos públicos que han bautizado como Grupo Intersecretarial para la Salud, la Alimentación, el Medio Ambiente y la Competitividad: GISAMAC. El acercamiento fue previo a la pandemia, pero esta lo fortaleció, pues la crisis sanitaria pone en evidencia la importancia del abordaje integral, holista que este grupo plantea.

No me puede extender aquí en los diferentes aspectos de dicha estrategia en construcción. Menciono solo un asunto quizá menor pero indicativo. Era un punto ganado que la canasta alimentaria debía incluir productos necesarios para una alimentación sana, hoy se propone agregar otro criterio: el que estos productos provengan de una actividad agropecuaria que no dañe al medio ambiente.

Si en esta coyuntura surgen procesos de integración entre secretarías y otros organismos públicos que vayan dejando atrás el feudalismo y la balcanización institucional, si en estos procesos se plantean proyectos estratégicos multidimensionales y con visión holista, y si quienes los impulsan

son algunos de los servidores públicos más visionarios y comprometidos de la presente administración... la pandemia habrá servido para algo.

LA SOBERANÍA ALIMENTARIA SEGÚN FELIPE CARRILLO PUERTO

En la vida económica de todos los pueblos debe procurarse ante todo que los elementos de primera necesidad no sean importados.

Felipe Carrillo Puerto

Desde fines del pasado siglo la Soberanía Alimentaria es demanda central de los pequeños productores de La Vía Campesina que enlaza a labriegos de todo el mundo y en México del Movimiento Campesino, Indígena y Afroamericano “Plan de Ayala Siglo XXI”. Es también eje de la política agropecuaria de gobiernos progresistas como el de López Obrador.

El planteamiento se confronta con las recetas neoliberales que desde hace 40 años impulsaron una apertura comercial indiscriminada por la que muchos países perdimos la autosuficiencia alimentaria en básicos y también una reacción al contenido pobre que organismos multilaterales como La FAO le dan al concepto de seguridad alimentaria.

La idea, que se asocia con el derecho a la alimentación y complementa otras soberanías nacionales como la energética, es emergente y poderosa. Aunque no es nueva pues ya se planteaba hace poco más de un siglo en términos muy semejantes a los de ahora. Veamos lo que el yucateco Felipe Carrillo Puerto proponía a los asistentes al Primer Congreso Obrero Socialista realizado en Motul, entre el 29 y el 31 de marzo de 1918.

En la vida económica de todos los pueblos debe procurarse ante todo que los elementos de primera necesidad no sean importados. Y dado que ahora casi todo lo traemos de fuera, debemos preocuparnos porque nuestro suelo produzca cuanto consumimos, porque de esto depende la salvación de Yucatán.

El Partido Obrero Socialista, después Partido Socialista del Sureste, y las Ligas de Resistencia fueron las organizaciones políticas y sociales que hicieron posible la revolución maya peninsular. Profunda mudanza cuya fase más radical tuvo lugar entre 1917 y 1923, período en Felipe Carrillo Puerto lideró el Partido y las Ligas y luego gobernó por dos años el estado Yucatán, hasta enero de 1924 en que fue asesinado por golpistas financiados por la oligarquía henequenera.

Dos eran las obsesiones de Carrillo Puerto compartidas por el Partido, las Ligas y el pueblo

maya: la restitución de las tierras usurpadas a las comunidades y el regreso al maíz desplazado por el cultivo del henequén. Primero mediante ocupaciones y después a través de las restituciones formales que se realizaban todas las semanas en los Jueves Agrarios, alrededor de 700 mil hectáreas pasaron a manos de poco más de 35 mil familias. Y la consigna era que esas tierras recuperadas se emplearan en cultivar alimentos. En un artículo titulado *El nuevo Yucatán* que se publicó en abril de 1924 cuatro meses después de su asesinato, Carrillo Puerto explica su proyecto de recuperación de la soberanía alimentaria.

La consecuencia más inmediatamente obvia y difícil de alcanzar por mi gobierno es la diversificación de los cultivos, como resultado de la distribución de los ejidos.

Yucatán ha sido por muchos años un estado monocultivador. Todo nuestro esfuerzo se ha ido en el cultivo del henequén. Los grandes terratenientes se han limitado a esta sola industria y se ha rechazado todo lo demás. Cosas que podríamos producir en Yucatán están siendo importadas. Una de las razones que lo explican es que es más fácil administrar una plantación de un solo producto que tiene asegurado el mercado. Otra razón es que la importación de comida para dar a los indios pone a éstos en desventaja mayor a que si ellos mismos la produjeran en su casa.

Hasta hace cuatro años importábamos todo lo que comíamos. Frutos que pueden ser fá-

cilmente producidos en Yucatán eran traídos de fuera. Importábamos maíz, que es la principal comida del indio; importábamos pollos y huevos. Ahora cosechamos el maíz que necesitamos y cosechamos algunos otros comestibles, incluso para exportar una pequeña parte de ellos. En lugar de importar leche enlatada, estamos propiciando la importación de vacas. Cosechamos, pues, nuestros propios frutos; y esperamos que pronto cada población será sostenida por lo que producen sus propias tierras.

Este desarrollo nos está conduciendo a otros. Cada comunidad que reciba tierra queda obligada a dejar una porción de ella para propósitos de experimentación, a fin de verificar qué se da en esas tierras y cómo pueden ser mejor cultivadas. Tan pronto como los ejidos queden distribuidos entre los pueblos, el gobierno dedicará la misma atención sistemática al desarrollo de cultivos experimentales que la que está dedicando ahora a la medición de las tierras comunes. Todo esto está dando al indio independencia económica y mayor confianza en sí mismo.

Pero la sola recuperación de las tierras no emancipa al campesino, hace falta también que su apropiación productiva sea económicamente viable y garantice a los productores una vida digna, para lo que se requiere organización. Y así se lo planteó el Congreso de Motul, como lo informa en una carta Carrillo Puerto:

Los primeros ensayos los vamos a hacer en la organización de cooperativas agrícola-

las de las Ligas de Resistencia. Estas cooperativas deberán estudiar e implantar los planes necesarios para conseguir que los campesinos que han recibido sus ejidos aseguren de una manera mejor el producto de sus labores para irles apuntalando cada vez más la independencia económica, germen de todas las demás. Se fundará un Consejo de las Cooperativas, que ejercerá el control directivo, y con el cual estarán en contacto directo todas las organizaciones estatales.

Recuperar la Soberanía Alimentaria y en general reactivar la agricultura supone una planeación territorial del desarrollo agropecuario que tome en cuenta las necesidades del país y también la vocación productiva de las regiones, lo que no ocurre donde impera el agronegocio. Así se lo planteaban hace un siglo los yucatecos en los considerandos de una ley de 1920:

Yucatán es de carácter monocultor en la actualidad, pero históricamente está comprobado que sus tierras producen otros bienes cuyo cultivo se ha reducido o abandonado. Es indudable que si la dirección económica del estado estuviera entregada en manos competentes se hubiera hecho ya una división de zonas agrícolas. Naturalmente el sistema capitalista aleja la posibilidad de la distribución de la propiedad agrícola e industrial por regiones, lo que sólo es factible cuando el interés comunal está sobre el particular o privado; pero nuestro estado requiere urgentemente tener un granero, es decir una

región dedicada exclusivamente al cultivo de cereales de primera necesidad para evitar, o mitigar, los rigores del hambre por carencia de estos productos básicos en la alimentación indígena.

Restitución de las tierras, organización cooperativa, planeación territorial... que por sí mismos no son garantía si imperan malos hábitos de cultivo. El respecto llama la atención que buena parte de los debates de un congreso partidista y político como fue el de Motul se haya centrado en la necesidad de una conversión agroecológica. Decía Carrillo Puerto que de joven había sembrado una parcela:

Un mecate de chapeo demanda una jornada de trabajo en el centro y media en el oriente. Y después de pasar días enteros de trabajo sobre nuestras milpas, sacamos una cosecha tan insignificante que apenas alcanza para no morirnos de hambre; mientras que en el sur con el mismo trabajo tienen un rendimiento que da para cinco familias. Por eso cuando hacía propaganda por el oriente pretendí convencer a los trabajadores de que la única salvación para nosotros es procurar los sistemas intensivos. Convencerlos de que no debían quemar los montes en su totalidad y de que era mucho mejor que removieran las tierras, pues obtendrían dos ventajas: la primera es no consumir todas las materias de riqueza que la tierra contiene y la segunda consiste en que no haya un desperdicio perjudicial de madera...

Y Felipe encontró respuesta. Pedro Romero, un viejo y afónico campesino de Pustinich, expuso sucintamente en qué consiste hacer milpa:

Aunque mi voz no me ayuda, procuraré darme a entender del mejor modo. Voy a decirles lo que yo observo al hacer mis siembras de maíz y que siempre me ha dado buen resultado. Se siembra el maíz dejando dos varas de surco a surco y en medio se ponen los espelones, las papayas y otras cosas que son muy útiles. El maíz se siembra de cuarta en cuarta poniendo dos o tres granos en cada agujero y de esta manera veinticinco mecates dejan más provecho que si se sembraran cincuenta de puro maíz.

Enrique Erosa, de Yonaín, aprovechó para argumentar a favor del policultivo:

Yo creo que, al mismo tiempo que se siembra maíz, se puede sembrar el espelón, la papaya, el chile y otras cosas más...

Lo que dio pie a Carrillo Puerto para insistir en la necesidad de recuperar la autosuficiencia alimentaria, pero con una producción agroecológicamente sustentable:

Hay muchas clases de plantas que se producían en nuestro suelo y que han desaparecido totalmente porque se abandonó su cultivo. En nuestras manos está fomentar de nuevo los cultivos desaparecidos, pero no haciendo

lo que hasta hoy: destrozando la tierra, acabando con la que es nuestra madre, pues sin ella nada existiría.

Si cuando reivindican el derecho a tierras, aguas, ríos y montes los campesinos se inspiran en Emiliano Zapata y el Plan de Ayala, cuando reivindican su apropiación productiva en la perspectiva de la soberanía alimentaria bien podrían inspirarse en Felipe Carrillo Puerto y el Congreso de Motul.

SUR PROFUNDO MESOAMÉRICA COMO DESAFÍO

*Los campesinos e indígenas mesoamericanos
que desde la Conquista fuimos despojados y oprimidos
y desde entonces peleamos por justicia y libertad,
decimos que el tiempo de los gobiernos oligárquicos ha
terminado y llegó la hora del poder popular.*

Movimiento Indígena y Campesino
Mesoamericano. Manifiesto de San Cristóbal

El sureste mexicano forma parte de una región mayor, Mesoamérica, cuya definición original proviene de la territorialidad de dos antiguas culturas: la maya en el sur y la azteca en el centro. Con la Colonia y después las Repúblicas, la región se reestructuró políticamente y hoy la forman siete países centroamericanos y la porción sur sureste de México.

Sin embargo, en los últimos años la intensa migración que cruza fronteras y algunas acciones gubernamentales mexicanas en la región, han vuelto a configurar un gran territorio multinacional: la América de en medio, Mesoamérica. Ámbito que además de poblaciones en tránsito comparte características medioambientales, historia y proble-

mática social. En principio me referiré pues de Mesoamérica como el todo que en alguna medida conforma, para ocuparme después de la porción mexicana: del sur y sureste del país.

Riqueza y pobreza

Formada por Panamá, Costa Rica, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Belice y los estados mexicanos de Campeche, Yucatán, Quintana Roo, Chiapas, Tabasco, Oaxaca, Guerrero, Puebla y Veracruz la región se extiende sobre ciento dos millones de hectáreas, donde habitan unos 70 millones de personas, de las cuales cerca de la mitad vive en el campo, alrededor del 40% trabaja en la agricultura y casi el 20% es indígena.

Comparada con el resto de México, Mesoamérica es más rural, más campesina y más indígena que el centro y el norte. Siguiendo a Guillermo Bonfil podríamos decir que Mesoamérica es la Norteamérica Profunda, así como el área andino amazónica es la Sudamérica raigal. Y no es casual que las luchas más poderosas, visionarias e iluminadoras de los pueblos originarios de nuestro continente se hayan desplegado precisamente en estas dos regiones; Mesoamérica y el área andino amazónica.

Pero, además Mesoamérica es reservorio de una alucinante riqueza natural; 1,800 especies de

mamíferos, 4 200 de aves, 1 900 de reptiles, 1000 de anfibios, 1 100 de peces, 76 000 de plantas configuran un opulento corredor biológico. Y la riqueza natural se asocia con la ancestralidad configurando un privilegiado territorio biocultural. Privilegiado, pero en degradación pues la selva, el bosque y la biodiversidad se pierden aceleradamente

La otra cara de la región, la contraparte de la riqueza natural y cultural mesoamericana es la dramática pobreza social que la caracteriza. Se que los indicadores económicos no lo dicen todo, pero es significativo que el ingreso per cápita de Mesoamérica sea de aproximadamente la mitad del latinoamericano que de por si es bajo, de modo que la pobreza extrema es en Mesoamérica de cerca del 70%. Y si hacemos las cuentas quitando a Puebla y Veracruz, en México. y Costa Rica y Panamá en Centroamérica, que son atípicos, la ruralidad y la pobreza son aún mayores. Y es que en esos dos estados mexicanos y en esos dos países centroamericanos se concentra la actividad industrial y de servicios, mientras que el resto es básicamente agropecuario y forestal.

Mesoamérica es agroexportadora de café, de azúcar, de plátano y en los últimos años de madera pues se han extendido en la región las plantaciones forestales, no tanto en México como en Costa Rica y Guatemala donde hay alrededor de 200,000 has

de bosques artificiales. Y esto es posible porque Mesoamérica es rica en agua tanto pluvial como de acuíferos, y el agua es un recurso estratégico.

Decían los antiguos y repitió Miguel Ángel Asturias, que los mesoamericanos somos “hombres de maíz”, y dado el clima y las lluvias, el prodigioso grano debería ser ahí abundante. Y efectivamente se siembran anualmente en Mesoamérica unos cinco millones de hectáreas del cereal, donde se cosechan unos diez millones de toneladas del básico alimento. Pero desde hace treinta años se impuso en la región la que llamaron “agricultura de cambio”, que con el espejismo de multiplicar la exportación de productos no tradicionales sacrificó las cosechas de autoconsumo y puso en entredicho la seguridad alimentaria y nutricional. De hecho, en Centroamérica, solo Belice y Costa Rica cuentan con disponibilidad suficiente de alimentos básicos, mientras que en Honduras, Nicaragua y Guatemala las hambrunas son recurrentes. A los “hombres de maíz” les falta el maíz.

Si agregamos a esto huracanes, erupciones volcánicas, dictaduras atroces, narcotráfico y delincuencia tendremos un retrato del paraíso mesoamericano transformado en un infierno. El infierno de la América de en medio del que escapan por cientos de miles sus pobladores.

El tsunami migratorio de los últimos años viene mayormente de Centroamérica, pero docu-

menta inmejorablemente el drama de Mesoamérica toda; zona de desastre económico y penuria social, de la que huye en estampida la población. Aunque en los últimos años los mexicanos ya no elijen preferentemente irse a Estados Unidos sino a Cancún, a la llamada Riviera Maya y a las grandes ciudades.

Además de gobernantes torpes, autoritarios e ilegítimos en el sureste mexicano y en Centroamérica hay mineras, monocultivos de plantación, bosques artificiales, turismo predador y otros megaproyectos agresivos. Pero pienso que, en cuanto a su motivación fundamental, la gente del sur profundo no huye del capitalismo que en esas inversiones encarna, sino que marcha hacia el capitalismo: hacia el capitalismo norteño. Y para lograrlo va dispuesta a saltar muros, atravesar desiertos, cruzar ríos a nado; va dispuesta a perder la vida a manos del narco o los traficantes de personas; va dispuesta a tomar el cielo por asalto.

La Mesoamérica peregrina no es expulsada tanto por las inversiones predatoras, que sin duda las hay, sino por la falta de buenas inversiones: de inversiones en infraestructura o directamente productivas que sean incluyentes, redistributivas, amables con el entorno... Y sin esperanza en sus lugares de origen la América de en medio marcha deslumbrada hacia los odiosos “polos de desarro-

llo". Lugares que son, sin duda, infiernos sociales, pero donde piensan que hay empleo, quizá menos violencia y la ilusión de un futuro mejor; ilusión que desde hace rato se marchitó en el terruño.

Restablecer la esperanza

Mesoamérica, la Norteamérica profunda, el prodigioso sureste mexicano y la pródiga Centroamérica se desangran. Hay que contener la hemorragia, hay que pararla ya. Y para detenerla es necesario recuperar la esperanza en el porvenir. No el orgullo por un pasado glorioso, no el aprecio por las tradiciones ancestrales, no la valoración de los usos y costumbres comunitarios... La herencia, lo que viene de atrás es un patrimonio valiosísimo e irrenunciable... pero no es suficiente. En el desastre mirar hacia atrás no basta; para sobreponerse a la catástrofe hay que mirar hacia adelante, hay que mirar al futuro. O más bien hay que inventar un nuevo futuro: un sueño motivador que saque a los pueblos de la pesadilla en que han vivido por demasiado tiempo.

Mirar hacia atrás sirve para valorar el legado, sirve para resistir. Y resistir está bien. Pero para construir, para edificar es necesario mirar hacia adelante; tener sueños, proyectos, grandes proyectos. Y en la Mesoamérica de a pie, en el sureste mexicano plebeyo encuentro resistencias heroicas

no proyectos visionarios y generosos. Los actores sociales y civiles de la región son admirables, pero me parece que están a la defensiva. Se acostumbraron a enconcharse a irse contra las cuerdas a parar golpes... y así no se gana la pelea.

En México hay que defender enérgicamente los territorios rurales, los del sureste y los demás, porque ciertamente quienes ahí viven los están perdiendo. Pero se están perdiendo no solo —ni principalmente— por la reciente expansión del llamado “extractivismo” sino por la añeja deserción física y espiritual de sus pobladores. En el fondo se están perdiendo porque cuando menos desde los años ochenta del pasado siglo y en el marco de las políticas neoliberales, la economía campesina sustento de las comunidades rurales perdió dinamismo y lejos de transformarse y renovarse inició su decadencia.

Mientras que a su modo insostenible y predator la agricultura empresarial orientada a la exportación se dinamizaba e intensificaba, casi toda la pequeña producción de auto abasto o comercial se estancaba y decaía. Y sin proyectos innovadores y creativos que reanimen la esperanza los campesinos dejan de sembrar y lo más grave: los jóvenes rurales se van.

Sin visión de futuro el arraigo sostenido solo en el pasado se debilita y la defensa del terruño

pierde fuerza pues en ausencia de opciones promisorias muchos estarán dispuestos a negociar la tierra; demasiados estarán dispuestos a escuchar los cantos de sirena del gran capital predador. Entonces, la defensa del territorio pasa por el impulso a la apropiación productiva del territorio. Impulso que a su vez demanda inversión, mucha inversión, buena inversión.

Los grandes proyectos

Pongo un ejemplo. La base agrícola de la Mesoamérica ancestral es la milpa; admirable policultivo que devino paradigma de un modo de vivir en la diversidad virtuosa. En verdad los mesoamericanos no somos “hombres de maíz” sino gente de milpa, pueblos milperos. Pero la milpa, sobre todo la del sureste está comprometida, seriamente comprometida.

Con el crecimiento de la población y la expansión de otros cultivos, la milpa fue arrinconada a suelos con pendiente y además el que fuera un cultivo itinerante se detuvo, se sedentarizo. Y si las parcelas milperas son de lomerío, se siembran al piquete con la coa y no se dejan descansar los suelos se agotan. Pero no solo se pierde fertilidad se pierde la propia tierra por erosión hídrica y eólica. Como están, las milpas, el patrimonio agroecológico de la Mesoamérica profunda, son insostenibles.

Todos lo hemos visto alguna vez: en los elevados maizales de las sierras de Chiapas, de Oaxaca, de Puebla, de las Huastecas... está desapareciendo la tierra, “nacén piedras” como dicen los campesinos.

¿Tiene salvación la milpa y con ella nuestra identidad agroecológica? Claro que la tiene, y no está en los fertilizantes a los que con frecuencia recurren los milperos, sino en sembrar en curvas de nivel, intercalar árboles que retengan el suelo e ir haciendo terrazas. La fórmula la desarrolló un agrónomo, el doctor Turrent, y la bautizó MIAF, que significa Maíz Intercalado con Árboles Frutales.

En Oaxaca y en Chiapas algunos campesinos se la apropiaron con buenos resultados. Pero fueron pocos, porque los arbolitos cuestan y hay que meterle trabajo y algo de dinero antes de que empiecen a producir.

La milpa, nuestro cultivo idiosincrático y ancestral, la base agroecológica de la producción alimentaria campesina del sureste tiene salvación. Pero para empezar a salvarla se requería un proyecto ambicioso que contara con suficientes recursos humanos y materiales. Un proyecto grande, un megaproyecto milpero para todo el sureste mexicano y Centroamérica, un megaplan agroecológico que solo puede cobrar vida si lo apoya el gobierno. Y el gobierno de la Cuarta Transformación lo

adoptó: se llama Sembrando Vida e incluye también árboles maderables.

Podemos ponerle peros y hacerle críticas severas, como a todo programa de gobierno, pero lo que no se vale es ignorar que en proyectos grandes como este está la recuperación agroecológica, la autosuficiencia alimentaria y la viabilidad económica de muchos campesinos mesoamericanos que de otra manera estarían condenados. Sin exagerar yo diría que el MIAF es la milpa del futuro.

La recuperación del sureste depende ante todo del sureste y de los actores del sureste. Algunos de ellos actores sociales experimentados con muchos años de accionar: organizaciones campesinas sectoriales como los caficultores, los silvicultores, los resineros, los apicultores, los pescadores; empresas asociativas prestadoras de servicios entre otros los turísticos; comunidades organizadas como tales; innumerables organizaciones civiles; el EZLN y sus bases de apoyo...

Pero en los últimos años ha cobrado protagonismo un actor nacional que está desplegando ahí importantes iniciativas. Estoy hablando del gobierno federal encabezado por López Obrador y con el del Estado mexicano. Acabo de decir que la recuperación de la milpa depende en parte de programas públicos con sentido agroecológico como Sembrando Vida y Producción para el Bienestar.

Trataré de explicar ahora que la recuperación no solo de la milpa sino del sureste depende en buena medida de proyectos como el Tren maya y el Transístmico. Hay en el sureste un actor que no es nuevo pero que en la llamada Cuarta Transformación es cada vez más relevante y una de sus expresiones son los llamados megaproyectos.

Sin embargo, para quienes nos movemos en ciertos medios, pareciera que los Megaproyectos lo que han generado es desaprobación y rechazo, a veces airado. No es así. Del millón de mexicanas y mexicanos que se informaron de lo que estaba en juego y decidieron participar en la consulta nacional que se hizo en 2019 sobre los diez proyectos prioritarios del nuevo gobierno, el 98% votó a favor del Tren Maya, que también en el tuitter fue el más socorrido y el más aprobado, además de que, en Campeche, Yucatán, Quintana Roo y Tabasco, estados por donde pasaría el ferrocarril, el porcentaje de aprobación fue aún mayor que el promedio nacional.

En contraste, ecologistas muy calificados, defensores de los territorios y algunas organizaciones indígenas, se oponen al proyecto, así como al Corredor Transístmico, al millón de hectáreas de árboles frutales y maderables, y a la refinería de Dos bocas en Tabasco.

Se dirá que los cientos de miles que votaron en la consulta de estos planes están mal informados. Es

posible. Pero es igualmente posible que los mal informados sean los que se manifiestan en contra. En todo caso, me queda la sensación de que en algunos el “no” es automático, reactivo, aprendido; un reflejo condicionado de rechazo a todo lo que suene a megaproyecto. Pero el no, el rechazo la resistencia y en lo jurídico los socorridos amparos cuyo sentido es dejar todo como estaba, no son suficientes.

La esperanza que se requiere para la recuperación del sureste se construye, y se construye entre otras cosas con inversión. Hace falta, pues, inversión pública, social y privada. No la de los capitales rapaces que desarrollan polos de negocios social y ambientalmente predadores, sino una inversión virtuosa, una inversión social, ambiental y económicamente sostenible.

Los profetas del no, que en nombre de los pueblos se oponen siempre a las grandes inversiones públicas porque presuntamente pasan por sobre derechos ancestrales, debieran considerar que también la falta de inversión pública violenta los derechos a una vida buena.

El Tren Maya puede empujar en la dirección correcta. Pero para ponerlo en contexto hay que tener en cuenta algunas cosas. En primer lugar, que el turismo es una actividad de creciente importancia económica para México. Pero el turismo que tenemos es predominantemente de cruceros y de sol y playa;

un turismo elitista, excluyente y predador como el del llamado Caribe Mexicano. Es pertinente entonces explorar otros destinos, que en un sureste de extraordinario patrimonio biocultural son evidentes.

Además, el proyecto es una excelente oportunidad para las pequeñas y medianas empresas de turismo alternativo de las que en la región hay muchas. Porque gran parte de los visitantes nacionales o internacionales interesados en la naturaleza y la cultura, buscan también servicios turísticos con calor humano y no presurizados y sanitizados hoteles de cinco estrellas.

Por otra parte, los ferrocarriles son la mejor opción para el transporte de personas y mercancías, pero en nuestro país fueron desmantelados, incluido el del sureste, y la gente mayor los recuerda con nostalgia.

Adicionalmente hay que considerar que la ruta que seguiría el Tren Maya en parte ya existe, de modo que el daño y las expropiaciones serán mínimas sino es que nulas. Al respecto importa también decir que una carretera transitada día y noche por transporte pesado, como las que ya hay en la selva, rompe el hábitat de los animales silvestres cuyas poblaciones quedan separadas. Lo que no hace la vía de un ferrocarril en cuyo curso se construirán numerosos pasos de fauna. Además de que a diferencia de los tráilers el ferrocarril pa-

sara muy de vez en cuando de modo que el jaguar que por algún mal de amores quiera suicidarse tendrá que esperar horas a que pase el mentado Tren Maya...

Hay riesgos, naturalmente, y un desarrollo turístico desordenado puede tener terribles impactos ambientales, culturales y sociales. De modo que además de concertar con la gente y propiciar la más amplia participación social, que en los últimos meses parece estarse logrando, es necesario establecer reglas y controles claros. Pero a mi juicio los pros son mayores que los contras.

Al respecto me sumo a lo que escribió Víctor Toledo, quien por un tiempo fue secretario de Medioambiente del nuevo gobierno y como tal evaluó las Manifestaciones de Impacto Ambiental del proyecto peninsular, en un artículo publicado en el diario *La Jornada*:

Los efectos del Tren Maya dependerán del juego de fuerzas políticas, económicas y culturales que desencadene. Para que sea la realización de un sueño y no una pesadilla debe inscribirse en un Plan Maya por la Vida en toda la región. Ello supone la participación articulada de los gobiernos federal, estatales y municipales, y de estos con las comunidades, pueblos y ciudades. Dicho Plan, que debe encabezar el nuevo gobierno, debe reconocer este "conflicto civilizatorio", ponerse del lado correcto y realizarse con la colaboración no solo de los pueblos mayas sino de

los académicos, investigadores y técnicos, las organizaciones conservacionistas y las empresas sociales y privadas de la región.

La Riviera Maya es un desastre; en Cancún, Mérida y Ciudad del Carmen la urbanización invasiva y el turismo salvaje son imparables; las carreteras fracturan el hábitat de la fauna peninsular; la laguna de Bakalar apesta; la soya transgénica y los agrotóxicos amenazan a los apicultores yucatecos; los menonitas arrasan la selva... Entonces, el Tren Maya puede ser parte del remedio o agravar la enfermedad. De nosotros depende.

Esa es la idea de López Obrador. Dijo el presidente en Tulum, Quintana Roo, hace unos meses: "El Tren Maya implica una inversión de cuarenta mil millones. Pero antes tenemos que ordenar el territorio, ordenar el desarrollo porque ha habido mucho desorden, mucha anarquía, también abusos, despojos de tierra. Hay que poner orden en eso". Y digo yo: tomémosle la palabra.

Otro ejemplo es el Proyecto Transístmico. Algunos de las organizaciones sociales más antiguas de la región y sus aguerridos acompañantes de la llamada "sociedad civil", desarrollaron por mucho tiempo en la parte oaxaqueña del Istmo una estrategia reactiva. Una respuesta básicamente conservadora a los ominosos cambios impulsados por los gobiernos anteriores. Postura opositora a

ultranza que hoy les impide ver las oportunidades que ofrecen las renovadoras iniciativas de la 4T. Oportunidades que se materializarán sí y solo sí estas se asuman de manera crítica y propositiva.

Así, por ejemplo, portavoces de las comunidades zapotecas, chontales, mixes, ikoots y zoques del Istmo de Tehuantepec que, como ellos mismos dicen, padecen “pobreza, violencia, desempleo, falta de hospitales y escuelas”, exigen que el gobierno atienda estas demandas. Y que lo haga, dicen, “antes de pensar en un megaproyecto” como el transístmico.

En consecuencia, organizaciones como Asamblea en Defensa de la Tierra trataron de impedir la consulta sobre un Programa de Desarrollo para el istmo que organizó el gobierno federal. Además de que decidieron ampararse contra el decreto por el que se creó el organismo denominado Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec.

Es su derecho. Pero lo que no se entiende es por qué contraponer la legítima exigencia de que se satisfagan necesidades puntuales de los pobladores, con la igualmente legítima participación de estos en el diseño de un proyecto de desarrollo para la zona. Un plan que sin duda incluirá inversiones privadas (lo que no está mal si se controla su impacto socio ambiental), pero que deberá incluir también propuestas de interés social, propuestas

que en el pasado fueron frenadas por la desidia o franca oposición de los gobiernos federal y estatal.

Uno de estas es la urgente intervención del sistema hidrológico del que depende la existencia de la etnia ikoot. Establecidos en los municipios de San Mateo del Mar, San Dionisio del Mar, San Francisco del Mar y una agencia de Juchitán, Santa María del Mar, los ikoot son un pueblo de pescadores cuya vida se sustenta en el sistema formado por la Laguna Superior y la Laguna Inferior, conectadas al mar, y ríos como Los Perros que las alimentan de agua dulce. El cierre de la bocabarra Santa Teresa y la creciente contaminación del río, han ocasionado un serio declive de la captura de peces y moluscos, y con ello de la economía de los ikoot.

El problema tiene remedio, pero demanda obras importantes y costosas que habrán de asumir la federación y el gobierno del estado y que deberían estar consideradas en el nuevo Programa de Desarrollo de Istmo. Sin embargo, hasta donde yo sé los ikoot no las están impulsando pues, cuando menos algunos, han elegido oponerse de plano al proyecto.

Otro caso es el de los parques eólicos; una modalidad renovable y poco contaminante de generar energía eléctrica, que sin embargo en el Istmo ha sido combatida por los dueños de las tierras debido a la forma invasora, excluyente e inicua como

ha sido implementada. Sobre todo, por empresas extranjeras que de esta manera están privatizando el viento. Y uno se pregunta: si las comunidades istmeñas han capoteado las furias de Eolo cultivando el zapalote chaparro, un maíz de baja talla al que no tumba el aire, por qué no aprovechar ese mismo viento estableciendo por su cuenta parques eólicos comunitarios.

Ya lo intentaron. En 2007 los comuneros de Ixtepec informados por la Comisión Federal de Electricidad (CFE) de que se pretendía construir una subestación eléctrica en sus tierras, formularon un proyecto de desarrollo que entre otras cosas incluía un parque eólico comunitario en el que como ellos mismos dicen los campesinos “cultivarán no la tierra sino el viento”. Para su diseño se apoyaron en una fundación estadounidense llamada Yansa y para la tecnología buscaron asociarse con Siemens.

El proyecto, sin embargo, dependía del apoyo del gobierno y sobre todo de los permisos de la CFE y la Secretaría de Energía, quienes le pusieron toda clase de trabas y finalmente en 2012 le cerraron las puertas y dieron las adjudicaciones a trasnacionales como Green Power.

Aun así, los comuneros se ampararon contra la CFE y aunque en 2017 un alcalde priista de Ixtepec se desistió, han seguido insistiendo. El 1 de

febrero de 2019 el presidente López Obrador, canceló las subastas y licitaciones eléctricas que privatizaban aún más la generación.

Esto en Ixtepec, donde la reapropiación del viento la impulsa una cooperativa de comuneros. Pero también en Juchitán se proponen rescatar de las trasnacionales su recurso, solo que en este caso la iniciativa era de la alcaldía, que buscaba lograr el autoabasto de energía mediante una eoloeléctrica municipal.

Todo indica, pues, que ha llegado el momento de retomar el proyecto de parques eólicos comunitarios, en que los campesinos no “cultiven la tierra sino el viento”. Pero la bandera de la resistencia istmeña más visible no es esa sino, cito: “No a las eólicas, que son proyectos de muerte”, con lo que estos grupos organizados y experimentados se autoexcluyen de un proyecto que en términos de conversión energética es sin duda plausible y que bien diseñado puede ser socialmente incluyente.

Recordando al Plan Puebla Panamá

Me imagino lo que algunos que me conocen estarán pensando: “Este hombre que hace veinte años se oponía al Plan Puebla Panamá, de Vicente Fox, hoy apoya el nuevo Plan Puebla Panamá de López Obrador”. Y a mí mismo me entra la duda de si no me convertí ya en lo que odiaba cuando tenía

veinte años (o treinta o cuarenta o cincuenta); de si no estoy viendo hoy con buenos ojos lo que hace un par de décadas criticaba con vehemencia.

Para ratificar o rectificar mi desazón releí el ensayo de mi autoría titulado. *Sur. Megaplanes y utopías en la América equinoccial*, del libro *Mesoamérica. Los ríos profundos. Alternativas plebeyas al Plan Puebla Panamá*, publicado en 2001. Y para mi tranquilidad de consciencia encontré en sus páginas las mismas convicciones que hoy me mueven y los mismos argumentos que hoy esgrimo. La diferencia, que no es poca, radica en que a Fox había que confrontarlo y a López Obrador es posible acompañarlo.

Reproduzco aquí, algunos fragmentos de *Sur...*, porque creo que siguen siendo válidos.

El éxodo hacia el norte derivado de la insuficiencia de inversión y empleo, evidencia que sin duda la región necesita desarrollo... Y debemos asumir que la inversión es necesaria para el desarrollo, pero no suficiente, de modo que atraer capital a como dé lugar, solapando su posible vocación predatora, no genera bienestar social sino todo lo contrario.

Ni el gasto público social y en infraestructura, ni las inversiones privadas, son por principio indeseables. Al contrario, deben incrementarse, pero siempre vinculados con políticas de fomento al sector social de la producción, tanto familiar como asociativo. Es necesario usar la nueva infraestructura como

mecanismo de inclusión además de diseñarla con participación social informada y ejecutarla con transparencia.

Algunos párrafos escritos hace dos décadas parecen dirigirse a las propuestas de López Obrador:

Sostienen algunos que el plan con maña de los megaproyectos del sur es frenar el éxodo a los EU, mediante corredores transversales. De ser así, debo decir que por fin coincido en algo con estas intenciones. Porque, efectivamente, hay que detener las compulsiones migratorias de los surianos; afán que desgarrar tanto familias como culturas y amenaza con vaciar nuestros países... Pero parar la migración económica compulsiva es restaurar la esperanza en un futuro regional habitable. Y en este futuro habrá producción agrícola, agroindustrial y de servicios; como habrá industria... Lo que no puede haber son condiciones laborales negreras y saqueo de los recursos.

Y concluía el ensayo publicado en *Mesoamérica. Los ríos profundos* con una fórmula que sigo haciendo mía:

No podemos cuestionar el integrismo neoliberal con ideas de otro signo, pero igual de dogmáticas.

Movimiento Indígena y Campesino Mesoamericano

En la perspectiva del cambio que estamos viviendo a nivel nacional es importante reflexionar sobre los

viejos y los nuevos protagonismos sociales en los movimientos regionales de resistencia al despojo, de modo que concluiré estas reflexiones recordando algunos de los actores sociales que surgieron de la iniciativa foxista del Plan Puebla Panamá y en los que tuve alguna participación.

Me refiero a una organización multinacional: el Movimiento Indígena y Campesino Mesoamericano (Moican), en el que confluyeron organizaciones rurales de México, Belice, Guatemala, Nicaragua, El Salvador, Honduras, Costa Rica y Panamá. Algunas vinculadas a la también multinacional Vía Campesina y otras no.

La organización nació de los encuentros que algunas ongs convocaron para oponerse al proyecto foxista. Reuniones en que las organizaciones sociales se sentían arrinconadas porque los de la “sociedad civil” tenían la iniciativa y monopolizaban el micrófono. Decidieron entonces conformar una coordinadora de organizaciones de base que llamarón Moicam y que realizó encuentros multitudinarios en México, Guatemala, Nicaragua, Honduras y El Salvador.

Llama la atención, aunque no sorprende, que los temas debatidos en estos encuentros no fueran solo ni principalmente la amenaza que representaba el Plan Puebla Panamá, sino más bien los problemas permanentes que enfrentan los campesinos:

las cuestiones de la tierra, de la producción, de los precios, de la migración, de la represión, de la violencia... Y es que los integrantes del Moicam eran organizaciones de base; organismos gremiales cuya agenda es la de los socios y no la de los activistas profesionales y monotemáticos de las ongs.

El Plan Puebla Panamá resultó llamarada de petate, de modo que las nuevas amenazas no se concretaron y los viejos problemas que cada una de las organizaciones arrastraba no bastaron para alimentar una convergencia multinacional permanente como pretendía ser el Moicam. Y finalmente el movimiento se diluyó.

La enseñanza que yo saco es que las amenazas unen y la resistencia organiza, pero los agrupamientos sociales de base no pueden quedarse en el rechazo y la oposición, pues la gente del común se acuerpa para sacar adelante los problemas cotidianos de la sobrevivencia y no solo para hacerle frente a los grandes peligros. Las agendas de las organizaciones sociales de base que perduran son siempre proactivas: la gestión de alternativas viables, pero también los proyectos más ambiciosos de transformación, los sueños diurnos, las utopías.

Estos actores existen en el sureste mexicano y a mi modo de ver de ellos depende el futuro de la región.

EL EZLN Y LA LARGA MARCHA DE LOS PUEBLOS ORIGINARIOS

“Y venimos a contradecir”

Fórmula empleada en las reclamaciones
indígenas durante la Colonia

Había terminado 1993 y comenzaba el último año de la presidencia de Carlos Salinas de Gortari. El gobernante se encontraba en la cúspide de su popularidad. Un priista que presumiblemente perdió la elección frente a Cuauhtémoc Cárdenas y que había iniciado su ejercicio con amplio rechazo lo terminaba con cerca del 70% de aprobación. Las reformas estructurales habían avanzado y la joya de la corona, el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCN) estaba firmado y el primero de enero de 1994 entraría en vigor anunciando nuestro esperado ingreso al primer mundo. La oposición y las posturas críticas eran minoritarias,

no había nubarrones anunciadores de tormentas sociales o políticas, los tecnócratas estaban de plácemes, el neoliberalismo iba de gana... Entonces ocurrió lo inesperado.

La madrugada del primero de enero de 1994, al amparo de la noche y apostando al descuido de la fuerza pública presuntamente enfiestada por el año nuevo, unos cinco mil indígenas armados se posesionaron de las cabeceras de los municipios chiapanecos de Ocosingo, Las Margaritas y Altamirano; ocuparon también poblaciones menores como Hixtán, Chanal, Oxchuc, Abasolo, Chalám, San Andrés Larrainzar, y tomaron la ciudad de San Cristóbal de las Casas,

Ahí, en la vieja Jovel, en pleno territorio colete, dieron a conocer la Declaración de la Selva Lacandona, ahora conocida por la Primera Declaración de la Selva Lacandona porque después habría más.

El documento inaugural anuncia que “conforme a esta declaración de guerra, damos a nuestras fuerzas militares del Ejército Zapatista de Liberación Nacional la orden de avanzar hacia la capital del país venciendo al ejército federal mexicano”. El documento termina con un solemne compromiso: “no dejaremos de pelear hasta lograr el cumplimiento de las demandas básicas de nuestro pueblo, formando un gobierno libre y democrático”.

Leído por un siniestro encapuchado con pinta de mestizo y forrado de ominosas cananas la previsible retórica guerrerista del manifiesto confirmaba nuestros peores temores: un grupo de “foquistas” trasnochados se había embarcado en una extemporánea guerra revolucionaria; una anacrónica lucha armada de consecuencias funestas para el país y para todos.

Ese día el EZLN no tuvo bajas, pero al siguiente el ejército federal contraatacó y hubo muertos en el sur de San Cristóbal, en Rancho Nuevo y en Ocosingo. Si embargo y por fortuna las cosas no siguieron por ese camino.

Diez días más tarde, el EZLN dejaría las armas en resguardo, para iniciar un activismo cívico que 28 años después aún persiste. Tras de apenas doce días de guerra, una organización con una década de trabajo organizativo clandestino y varios años de entrenamiento militar; una organización que había decidido alzarse en armas después de consultarlo en asambleas comunitarias; una organización que días antes había anunciado que no dejaría de pelear hasta no haber conquistado el poder... acepta el alto al fuego, se sienta a negociar con el mal gobierno y desde entonces actúa por medios pacíficos.

La amplia movilización social ciudadana que rechazaba un baño de sangre en Chiapas y recono-

cía la justeza de la causa indígena, pero demandaba una vía no armada para dar cumplimiento a sus demandas, explica en parte la decisión negociadora del EZLN. Sin embargo, hay algo más.

El viraje de la segunda semana de enero es mudanza de estrategia y de táctica, no cambio de opción moral. Y es que el neo zapatismo chiapaneco estaba y está integrado por comunidades indígenas que entre la muerte impuesta y la muerte elegida optaron la segunda, optaron por la insurrección.

Hombres y mujeres que morían por hambre, por enfermedad, por la violencia de los caciques o por las balas de la policía y del ejército... si no es que los mataban el aguardiente y la tristeza; los pueblos que generación tras generación murieron muertes que no les pertenecían, decidieron finalmente escoger su propia muerte...

Sin embargo, no fue necesario matar y morir. El EZLN y el gobierno eligieron el camino de la paz y el neo zapatismo del fin del milenio devino un movimiento social que reivindicaba ante todo los derechos de los pueblos originarios. Indígenas primero de chiapanecos y luego de todo el país que, potenciados por el EZLN y por su inaudita insurrección, se colocaron en el mero centro del escenario político mexicano.

Deriva indianista del EZLN

Al principio los planteamientos del EZLN no eran específicamente indianistas. Y no lo podían ser si la organización revolucionaria debutante se concebía a sí misma como la vanguardia armada de una lucha no solo de los pueblos originarios sino de todo el pueblo de México; una lucha nacional popular orientada a derrocar el gobierno y transformar el sistema social.

Pero al dejar las armas en resguardo y avanzar por el camino de la negociación política pacífica, quedó claro para el EZLN y para todos, que su sustento social inmediato y movilizable eran sus bases de apoyo, eran las comunidades indígenas de Chiapas. Y que el único sector social al que quizá podían representar y por el que podían hablar con cierta legitimidad eran los pueblos originarios. Y el EZLN pacificado se erigió en portavoz del México profundo.

La Convención Nacional fundada en el Aguascalientes de Guadalupe Tepeyac en 1994 buscaba encabezar la unidad de las distintas izquierdas y de los diferentes sectores sociales: obreros, campesinos, colonos, estudiantes, mujeres.... Pero el año siguiente, cuando se inician las negociaciones entre el EZLN y el gobierno en San Andrés Larrainzar, el primer punto de la agenda y de hecho el único que se aborda y en el que se

logran acuerdos es el de los derechos políticos y culturales de los pueblos originarios. Y poco después, en enero de 1996 arranca en San Cristóbal de las Casas un Foro Nacional Indígena. Asisten al encuentro 178 organizaciones étnicas nacionales, desde grupos locales y ongs, hasta coordinadoras multi estatales; participan también representantes de 19 organizaciones internacionales.

Los casi 500 participantes en el evento, que además de español, inglés, francés e italiano hablan al menos 25 lenguas de los pueblos originarios, discuten largamente los temas sustantivos de la etnicidad.

Y es en estos espacios de convergencia en que confluyen intelectuales orgánicos y activistas fogueados en la lucha indígena de México y del mundo, donde se va construyendo el indigenismo del EZLN que contra lo que se podría pensar no era originario. Paralelamente, en el terreno organizativo se va conformando la convergencia étnica específicamente neozapatista, que es el Congreso Nacional Indígena (CNI). Organización que se funda y realiza su primera reunión nacional en octubre de 1996, en una ceremonia avalada por el EZLN a través de la presencia de la Comandanta Ramona.

En 1997, cuando salen de Chiapas 1111 zapatistas rumbo a la Ciudad de México, el CNI realiza

su segundo congreso. En esta reunión el organismo debutante asume como su plataforma programática los planteamientos que sobre derechos autonómicos de los pueblos originarios se habían vertido en las negociaciones de San Andrés Larrainzar. Derechos recogidos en la llamada Ley Cocopa y aprobados por el EZLN, pero desechados por el presidente Zedillo.

Por esos años la lucha indígena detonada en Chiapas por el alzamiento del EZLN se vuelve un movimiento realmente nacional centrado en llevar a la Constitución los derechos culturales y políticos de los pueblos originarios. Derechos cuya clave es el reconocimiento de las autonomías de base territorial; una autogestión cuya legitimidad se sustenta en la ancestralidad de la ocupación; “Nosotros ya estábamos ahí cuando México se conformó como estado nación, de modo que nuestro derecho es previo y debe ser reconocido”, sostienen

Y precisamente porque se trata de una lucha por derechos constitucionales generales y no por demandas específicas y particulares, en esos años el movimiento indígena por las autonomías deviene extraordinariamente amplio, representativo, incluyente y movilizador: ¿Qué grupo, que pueblo, que organización de base étnica puede estar en contra de trabajar porque la Constitución mexicana reconozca los derechos autonómicos de los pueblos originarios?

En marzo de 2001, cuando el EZLN emprende la Marcha del Color de la Tierra, el movimiento de los pueblos originarios está en su mejor momento, en la cresta de la ola. De modo que por esos días cientos de miles de indígenas agarran su itacate y abandonan sus comunidades para encontrarse con la caravana salida de Chiapas y encabezada por la comandancia del EZLN. Una marcha cuyo recorrido en simbólica espiral le permite cruzar por numerosas zonas de poblamiento étnico y realizar decenas de reuniones y mítines. El moroso desplazamiento culmina en Nurío, Michoacán, donde con cerca de nueve mil asistentes el CNI realiza su tercer congreso; son casi 3 400 delegados efectivos que representan a 41 de los 56 pueblos indios que sobreviven, mas alrededor de cuatro mil observadores solidarios.

Y el centro de la lucha es la autonomía. El Acta de Ratificación de los acuerdos de Nurío, firmada en San Pablo Oxtotepec, al sur de la Ciudad de México, frasea el discurso anticapitalista, ambientalista, territorial y autonomista del nuevo movimiento indígena:

“Rechazamos tajantemente las políticas que el gran capital impulsa, porque la madre tierra y todo lo que en ella nace no es mercancía que se pueda comprar y vender, porque la lógica simple y mezquina del mercadeo libre no puede destruir

nuestra existencia misma, porque los modernos piratas y biopiratas no deben expropiar más nuestro saber antiguo y nuestros recursos naturales, porque no puede ejecutarse un solo proyecto o megaproyecto en nuestros territorios sin nuestra participación, consulta y aprobación”.

Como sabemos, en 2001 los senadores y diputados no hicieron constitucionales los derechos de los pueblos originarios en los términos de la Ley Cocopa, de modo que el EZLN se inconformó con el resultado. En cuanto al movimiento indígena que lo había apostado todo a la que parecía inminente constitucionalidad de los derechos autonómicos, de plano se desinfló.

Y colapsó no porque fuera la segunda vez que intentaba llevar a la Constitución los derechos de los pueblos y la segunda vez que el gobierno lo frustraba, cosa que en cierto modo era previsible pues Zedillo era del PRI, Fox del PAN y ambos tenían mayorías legislativas, sino porque en esa coyuntura el EZLN concluyó que la negociación de reformas y cambios constitucionales, línea de acción en que se había enfrascado desde 1994 al acordar con el gobierno las Conversaciones de la Catedral y que con altas y bajas había mantenido por seis años, ya no tenía utilidad ni sentido.

Más aún, llevando la postura al extremo concluyó que los gobiernos — todos los gobiernos — y

el propio Estado -todos los Estados- eran ámbitos irrelevantes además de inhóspitos donde no tenía ningún caso incursionar. “Alla arriba -dijo escuetamente el subcomandante Marcos-, no hay nada que hacer”.

En consecuencia, la nueva orientación para el movimiento indígena era olvidarse de la autonomía como derecho constitucional y concentrarse en la autogestión de hecho, en las autonomías fácticas impulsadas en cada comunidad y en cada pueblo.

Y el movimiento que en marzo de 2001 durante la Marcha del Color de la Tierra había activado a cientos de miles de indígenas sobre todo del sur y sureste del país y que acababa de realizar un congreso con casi cuatro mil delegados representantes de cerca de cincuenta pueblos originarios, se desactivó como movimiento nacional.

Y se desactivó porque de un día para otro se quedó sin bandera unificadora. Porque luchar por el reconocimiento constitucional de los derechos es algo que convoca a todos, mientras que el ejercicio comunitario de las autonomías pulveriza el activismo en cientos o miles de procesos locales. Trabajos autogestionarios admirables, heroicos y a veces exitosos, pero extraordinariamente diversos -diversidad que es una virtud-, pero también enormemente dispersos; dispersión que es una debilidad.

La dirigencia del EZLN, que en marzo de 2001 había viajado a la Ciudad de México, regresó a Chiapas y se avocó a consolidar la autogestión en las comunidades que son su base de apoyo, mientras que las organizaciones locales y regionales del CNI trataban de hacer lo propio en sus respectivos territorios. Los trabajos del EZLN que desembocaron en los llamados Caracoles, resultaron exitosos; los de las comunidades tuvieron resultados diversos; unas cuantas lograron avances, otras no, lo que en gran medida dependía de la correlación de fuerzas local. Entretanto el CNI como actor nacional se desdibujaba.

Llevar los derechos autonómicos de los pueblos a la Constitución no era el todo de la lucha, pero el EZLN y el CNI lo habían absolutizado como objetivo estratégico de su campaña, al tiempo que se minimizaban otras vertientes reivindicativas indígenas igualmente importantes.

Cuestiones que, como los derechos autonómicos, podían ser unificadoras y de hecho lo serían unos meses después, pero en las que el protagonismo de los pueblos originarios -y con ello el protagonismo del EZLN y el CNI- ya no era incuestionable, pues se trata de causas compartidas por los campesinos todos y aun por otros sectores populares.

Además de que son vertientes de la lucha en las que algún tipo de negociación con el gobierno

es indispensable. Interacción institucional que el EZLN había descalificado por principio: “Quien tenga tratos con el mal gobierno traiciona la causa de quienes rechazamos toda negociación”

Que la reforma constitucional no lo era todo, quedó claro en el encuentro de Nurío. Ahí, uno de los delegados había dicho:

“Estamos seguros de que el Congreso de la Unión entrará en razón y nuestros derechos serán reconocidos. Pero no vamos a comer ni a vestir ni a curarnos con autonomía. El reconocimiento de la autonomía es un gran paso, pero todavía el camino para alcanzar la justicia, la democracia y la libertad es largo. Y no es responsabilidad solo de los pueblos indios, es de todos los campesinos, de los maestros, de los estudiantes, de los obreros”.

Y apenas un año después de la marcha del EZLN y del Congreso del CNI estas banderas – reivindicaciones, que tienen que ver entre otras cosas con los derechos sociales y con la justicia económica, y que ciertamente no son “responsabilidad solo de los pueblos indios”, sino “de todos los campesinos” – se pusieron en primer plano con el estallido a fines de 2002 del Movimiento “El Campo no Aguanta Más” (Mecnam). Una incluyente convergencia animada inicialmente por doce agrupaciones campesinas a las que después se fueron uniendo casi todas las organizaciones rurales, y que el 31

de enero de 2003 llevó a la ciudad de México a más de 100 mil campesinos y campesinas de todos los estados de la República.

El Mecnam luchaba por revertir la política anti agraria y anti campesina de los gobiernos neoliberales cuyo último capítulo era el TLCAN. Y porque creían que era una reivindicación legítima, además de que algunas de las organizaciones del Mecnam, como la Coordinadora Nacional de Organizaciones Cafetaleras (CNOOC), la integran decenas de miles de caficultores indígenas, el Movimiento incorporó en su pliego de demandas el reconocimiento de los derechos autonómicos de los pueblos originarios en los términos de la ley Cocopa. Y en la línea de ampliar al máximo su representatividad mejorando así a su favor la correlación de fuerzas, el Mecnam buscó formalmente la incorporación del CNI. La directiva de la organización filo zapatista rechazó la invitación.

Así, los miles de indígenas que en marzo de 2001 se habían movilizado hacia la capital de la República reivindicando sus demandas específicas, dieron la espalda a los miles de campesinos que en enero de 2003 marcharon a la capital de la República reivindicando las demandas del campo todo, lo que incluía expresamente los derechos autonómicos de los pueblos originarios.

De esta manera el EZLN y el CNI sobredimensionaron una diferencia real, la que permite

distinguir a los campesinos -categoría que incluye a mestizos y originarios- de los indígenas históricos en cuanto tales, transformándola en una excluyente contraposición. Y con ello introdujeron una cuña en el movimiento rural mexicano. Discordancia que a la fecha no se ha podido remontar.

Y es que en el discurso de una parte del movimiento indígena se esgrime la ancestralidad como un atributo ontológico que por historia, cultura y derechos los hace no solo distintos sino superiores al resto de los campesinos, sin reconocer que la dominación de clase y de "raza" van juntas, y que, más allá de sus diferencias, los hombres y mujeres de la tierra, los trabajadores del campo de un continente colonizado como Nuestra América, son campesinos y a la vez son indios, son campesindios.

La indianidad vinculada al ambientalismo pachamámico y al anticapitalismo precapitalista tiene una bien ganada potencia simbólica en nuestro continente. Y en México sigue siendo patrimonio del EZLN, el CNI y su entorno. Sin embargo, desde 2006 las iniciativas políticas de la corriente, que se identifica como zapatista, han sido marginales, y sus intentos de incidir en las luchas electorales contraponiéndose a las alternativas de izquierda, alternativas que consideran contra revolucionarias y "un peligro para México", han resultado poco exitosas, por decir lo menos. Recordemos "La Otra

Campaña” que encabezó el subcomandante Marcos en 2006, y el intento frustrado del CNI y el Comité Indígena de Gobierno de registrar a la nahua María de Jesús Patricio (*Marichuy*) como candidata a la presidencia de la República en 2018.

Sin embargo, el movimiento indígena mexicano moderno no se circunscribe al neo zapatismo de entre siglos y su historia no empezó con el alzamiento del EZLN.

El congreso lascasiano y el movimiento indígena

Lo espectacular de su entrada en escena el primero de enero de 1994 y la enorme potencia política y simbólica de las acciones que desarrollaron por cerca de una década, ha llevado a pensar que todo empezó ese año. Y no es así. Los pueblos originarios ya estaban ahí y los esfuerzos programáticos, organizativos y políticos de lo que podemos llamar el nuevo indianismo: un movimiento Continental que se intensifica a fines de los años ochenta del siglo pasado, los podemos rastrear en México desde mediados de los setenta. Y su escenario más visible es precisamente el estado de Chiapas.

Entonces, para desentrañar la relación entre el movimiento indígena chiapaneco y el EZLN, que es el tema de esta charla, habrá que remontarse a la historia anterior. En particular al ya legendario, pero poco conocido Congreso Indígena de 1974.

Los días 13, 14 y 15 de octubre de ese año tiene lugar en Chiapas un evento que será trascendente, el Primer Congreso Indígena `Fray Bartolomé de las Casas', en que participan 1237 delegados: 587 tzeltales, 330 tzotziles, 168 choles y 152 tojolabales provenientes de 327 localidades. Y si bien el gobierno local firma la convocatoria y la iglesia católica participa de manera importante en su organización, el hecho es que las comunidades se apropian del proceso.

Y consiguen hacerlo suyo, entre otras cosas porque la preparación del evento es prolongada, participante y deliberativa. Intenso trabajo previo que es impulsado por un grupo de jóvenes "traductores" hablantes cada uno de dos o más lenguas autóctonas. Animadores trilingües que serán indispensables en el encuentro pues las ponencias escritas y los debates en mesas y plenarias se realizan en los cuatro idiomas.

Las 16 ponencias, cuatro por grupo étnico, abordan cuatro temas que revelan los sentires profundos del incipiente movimiento indígena.

El primero es *Tierra*, que formula la reivindicación histórica básica de todos los campesinos, en este caso en términos de reconocimiento o restitución pues se trata de pueblos originarios. Dice al respecto el acuerdo: "Exigimos que las tierras comunales que quitaron a nuestros padres, que nos las devuelvan".

El segundo es *Comercio* que sintetiza las demandas de equidad en el ámbito económico. Dice el acuerdo: “El fruto de la tierra no da ganancia para nosotros sino para los comerciantes. Siempre es así: vendemos barato y compramos caro. Queremos un mercado indígena, es decir que nosotros seamos quienes compremos y vendamos. Queremos organizarnos en cooperativas de producción y venta para defendernos de los acaparadores”.

El tercero es *Salud*, donde se condensa la carencia de servicios básicos en su aspecto más dramático.

El cuarto es *Educación*, que articula los derechos a la propia cultura, empezando por el idioma, y por extensión abarca la preservación de los usos y costumbre. Dicen los acuerdos: “Queremos que se preparen maestros indígenas que enseñen nuestra lengua y costumbre”.

Y estas cuatro dimensiones: tierra, comercio, salud y educación deberán ser las articuladoras de un proceso organizativo que permita luchar eficazmente por ellas. Al respecto dicen los acuerdos:

“Las comunidades indígenas de Chiapas -Tzeltales, tzotziles, tojolabales y choles- en pie de lucha y para rescatar nuestra dignidad y nuestro derecho a la tierra, a la educación y a la salud; unidas contra la explotación y exigiendo respeto a nuestra forma de vida dentro de la nacionalidad

mexicana, hemos realizado este Primer Congreso Indígena para volvernos a organizar y luchar con más fuerza, sobre la base de que somos trabajadores del campo”.

Las palabras que en tzeltal, tzotzil, chol y tojolabal se dijeron y escribieron hace casi medio siglo en el Primer Congreso siguen siendo verdaderas y elocuentes, aunque no se adornen con la retórica, los giros y los clichés acuñados en años recientes por el EZLN, pero también por las ongs y el tallerismo.

Y lo acordado no se quedó en palabras. Del Congreso -y no solo del Congreso- surge un intenso proceso de organización y movilización cuya vertiente más dinámica es naturalmente la lucha por la tierra.

Veamos algunos ejemplos.

Por los mismos días del encuentro lascasiano tiene lugar en Tuxtla un mitin campesino estudiantil contra el latifundismo que impera en el estado.

En febrero de 1975 mil labriegos de Rubén Márquez, Tonalá, marchan a la Ciudad de México para denunciar un despojo de tierras.

El asesinato en septiembre de ese mismo año del líder Bartolomé Martínez Villatoro, de Venustiano Carranza, tiene como respuesta un gran mitin en la capital del estado donde los campesinos

intentan tomar el Palacio de Gobierno, y lo hubieran hecho sino lo impide el ejército.

En 1976 se conforma precisamente en Venustiano Carranza, la organización comunera Casa del Pueblo.

Ese mismo año ocho grupos campesinos de Villa Flores, Villa Hidalgo, Venustiano Carranza, Socoltenango, Tzimol, Comalapa y otros recuperan tierras de las fincas Nuevo Edén, San Damián, Cuernavaca, La Selva, Argelia, Siberia, Santa Inés, Pueblo Viejo y La Haciendita. En las semanas siguientes interviene el ejército para desalojarlos con saldo de muertos, heridos y detenidos.

En este contexto se constituye la Alianza Campesina 10 de abril y cuatro años después, en 1980 se forma la Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ) que opera en las zonas Centro, Altos, Norte y Frontera.

En esa década la lucha por la tierra es generalizada y como vemos las acciones agrarias chiapanecas forman parte desatacada del primer neozapatismo realmente nacional de la posrevolución, el neozapatismo agrarista de los años setenta y ochenta.

Pero no es solo la cuestión de la tierra, el reconocimiento de que los indígenas son en alta proporción "trabajadores del campo" asalariados, favorece también los intentos de organizarlos como

jornaleros. En esta línea, desde 1976 la Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC) trata de formar sindicatos con peones acasillados de haciendas cafetaleras y ganaderas de Simojovel, Huitiupan y El Bosque, en la Zona Norte, y luego a los cortadores de caña del Ingenio de Pujiltik, en la Zona Centro. Ciertamente con poco éxito.

Más importante es el avance de las organizaciones económicas de carácter productivo inspirada en el capítulo *Comercio* del Congreso. En la segunda mitad de los años setenta se multiplican en Chiapas las uniones de ejidos como la Quiptikta Lecubtesel, que se constituye en 1975 a partir de la convergencia de comunidades tzeltales tzotziles, choles, tojolabales y de mestizos iniciada dos años antes. Otras son la ARIC Unión de Uniones y la Unión de Crédito Pajal Yakiltik, que serán precursoras en la organización de los cafetaleros.

El propio EZLN, o más bien los impulsores iniciales de lo que en 1994 aparecerá como un ejército libertario, se incorporan algo tardíamente a esta oleada movilizadora y organizativa chiapaneca y nacional cuando en 1989 sus animadores y primeras bases de apoyo conforman la Alianza Campesina Independiente Emiliano Zapata, que al poco tiempo se transforma en Alianza Nacional Campesina Indígena Emiliano Zapata. El 12 de

octubre de 1992, la Alianza y otras agrupaciones constituidas en el Frente de Organizaciones de los Altos de Chiapas movilizan a unos 15 mil campesinos, que aterrorizan a los coletos al tomar simbólicamente la ciudad de San Cristóbal y ahí tumbar la estatua del conquistador Diego de Mazariegos.

Dicen, no me consta, que el día de la toma y la tumba el futuro subcomandante Marcos andaba por ahí tomando fotos.

En cuanto a los derechos de los pueblos originarios y específicamente los autonómicos, que el EZLN volvió centrales desde 1995 durante las negociaciones de paz de Larrainzar y al año siguiente con el Foro Nacional Indígena y la fundación del CNI, de hecho eran cuestiones que venían calentando motores en México cuando menos desde 1980 en que en Puxmecatán, Oaxaca, y Cheran Atzicurin, Michoacán, se organizaron sendos Encuentros de Organizaciones Indígenas Independientes, en los que se recibió una delegación del Consejo Regional de Pueblos Indígenas de México, Centroamérica y el Caribe. Mas propositivo fue el Primer Foro Internacional sobre Derechos Humanos de los Pueblos Indios, que se realizó en 1989 en Matías Romero, Oaxaca, y tuvo una segunda edición el año siguiente en Xochimilco, Distrito Federal. Participaron en este segundo evento alrededor de cien representantes provenientes de 25 regio-

nes. De ahí surgió en julio de 1990 el Consejo Mexicano 500 años de Resistencia Indígena y Popular.

Aun después del alzamiento del primero de enero la iniciativa de organizar nacionalmente a los pueblos originarios venía del movimiento indígena y no del EZLN. Así en abril de 1995 alrededor de doscientos delegados que representaban a unas cien organizaciones realizaron en la Ciudad de México la Primera Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía, donde se formuló un proyecto de Ley Autonómica con ideas que venían gestándose desde los años ochenta. De este proceso surge en 1995, la Asamblea Nacional Indígena Plural por la Autonomía (ANIPA), organización extensa y representativa que se anticipa un año a la formación del CNI, esa sí propiciada por el EZLN.

Como hemos visto, en Chiapas y en todo México la lucha de los indígenas como parte del movimiento campesino o por su cuenta, ya traía vuelo cuando en 1995 el EZLN la asumió como bandera principal y sujeto privilegiado de su anticapitalismo. Pero eso no quita que haya sido el neo zapatismo finisecular el que le permitió adquirir la potencia que la hizo altamente protagónica hasta principios del nuevo siglo. Y a la inversa, fueron las comunidades indígenas organizadas en Caracoles que constituyen su base de apoyo en Chiapas, y los pueblos que en todo el país se movilizaron en torno

al CNI, los que le dieron al EZLN una legitimidad social que de otra manera no hubiera tenido.

El EZLN fue la voz de los pueblos originarios y por un tiempo estos encontraron en el EZLN un inmejorable potenciador. Y gracias a sus luchas los mexicanos aprendimos muchas cosas. Una de ellas la importancia de la autonomía como concepto político.

Independencia, autogestión, autonomía

Nacida de una revolución la moderna sociedad mexicana fue reorganizada desde arriba por quienes supieron capitalizar la lucha popular y a partir del gobierno reestructuraron al Estado y a los gremios. Desde los años veinte la llamada “revolución hecha gobierno”, la autodesignada “gran familia revolucionaria” se atribuyó la representación de todo el pueblo al que organizó en gremios de manera vertical y corporativa. La lucha contra este orden de cosas que conforme pasaba el tiempo se volvía más y más opresivo, tenía como primera tarea desprenderse de la tutoría gubernamental. De modo cuando menos desde el medio siglo los movimientos y organizaciones opositoras y de izquierda se empezaron a llamar “independientes”, lo que significaba que no pertenecían al PRI ni a sus organizaciones clientelares.

Ser independientes del gobierno y sus aparatos era lo que daba legitimidad a los movimientos

sociales y a todas las iniciativas que aspiraban a la libertad política, así había sindicatos independientes, centrales campesinas independientes, frentes estudiantiles independientes, salones de pintura independientes, concursos de cine independiente, grupos de danza independientes... Independencia era la consigna; independencia que significaba estar al margen del PRI gobierno. Se trataba pues de una independencia político partidista.

A fines de los ochenta del siglo pasado coinciden las luchas populares en el terreno de la producción y de los servicios que a veces buscaban auto procurárselos, con el neoliberalismo de los tecnócratas que buscaban dismantelar las políticas e instituciones públicas que bien que mal los habían proporcionado. Los campesinos con problemas de financiamiento, producción y comercialización, y las colonias populares con carencia de servicios, comienzan a organizarse para prestárselos por su propia cuenta y a esto le llaman autonomía. Autonomía que significa autogestión socioeconómica; ya no basta con ser políticamente independientes del gobierno ahora se busca también gestionar al margen de las instituciones de gobierno la producción, la comercialización y los servicios. Se trata pues de una autonomía económico social.

Pero en el país de ogro filantrópico —o del ogro desafanado— la independencia política y la

autogestión económico social no bastan. A fines de los ochentas y en los noventas va surgiendo un concepto más amplio de autonomía que supone el autogobierno y se ejerce en los territorios. Autonomía recargada que reivindican los pueblos originarios y que ya no es solo socioeconómica sino también política.

Luchando primero por la independencia, después por la autogestión económico social y luego por las autonomías territoriales el pueblo mexicano se ha ido desembarazando del régimen autoritario, corporativo y clientelar que arranca en la inmediata posrevolución. Hechos desde siempre a autogobernarse, en el momento de las autonomías los pueblos originarios fueron ampliamente protagónicos y ésta es una deuda que todos tenemos con ellos y con el EZLN que desde 1994 los potenció.

Las circunstancias, sin embargo, han cambiado y en los tiempos de la Cuarta Transformación los conceptos de independencia, autogestión y autonomía adquieren nuevos contenidos... Pero esta es otra historia.

NUESTRA AMÉRICA VA RESISTENCIA SOCIAL Y GOBIERNOS DE IZQUIERDA

Allí, en los países donde todavía hay gobiernos conservadores que miran a América Latina con desprecio autosuficiente. Ahí hay que pelear.

Álvaro García Linera, vicepresidente de Bolivia

Preservar o crear espacios de resistencia; territorios más o menos liberados, más o menos autónomos, es tarea impostergable de si queremos sobrevivir, si no queremos ser arrollados por un sistema económico predador que sigue haciendo de las suyas pese a las plausibles transformaciones que en México viene impulsando el gobierno de la 4T. Y en esto las comunidades neozapatistas en resistencia son maestras, son artistas de la autogestión.

El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) y sus bases nos han mostrado que dentro de un orden neoliberal y autoritario como lo fue el mexicano hasta hace tres años, puede haber territorios libres extensos y persistentes; socializaciones a

contrapelo que me remiten a las “zonas liberadas” durante la guerra popular china y a la experiencia de Marquetalia en Colombia. Otras organizaciones, igualmente autogestionarias e igualmente admirables, nos muestran con su quehacer que es posible contrarrestar la erosión social que provoca el mercado y la verticalidad que impone el Estado interactuando con ellos y sin darles la espalda.

Modalidades y límites de las autonomías en resistencia

El gran riesgo que corren las formas extremas de autonomía político militar es el de encuevarse. Un auto encapsulamiento defensivo que las transforma en burbujas sociales; seductoras quizá para quienes las observan desde fuera o las visitan, pero difícilmente replicables y por tanto en última instancia inocuas. Discontinuidades en un campo sistémico que pese a la incómoda presencia de los Caracoles neozapatistas se mantuvo imperturbable por tres lustros y si cayó y está siendo desmantelado es por obra de otros actores y de otras estrategias no de las neozapatistas. Entonces, mi conclusión es que además de encuevarse, además de resistir hay que hacer otras cosas.

Y otra de las cosas que se pueden hacer desde la resistencia, es construir organizaciones celosas de su autonomía y decididamente autogestionarias, pero no al margen del mercado y no de espal-

das al Estado como las neozapatistas de Chiapas, sino insertas en el mercado y negociando con el Estado. Lo digo porque conozco algunas firmemente arraigadas en la Sierra Nororiental de Puebla, en la Sierra Juárez de Oaxaca y en otras regiones rurales, y gracias a ellas me he podido dar cuenta de que edificar y defender la autonomía -la autonomía posible aquí y ahora- resulta más emancipador y más contestatario que proclamar a voz en cuello la completa exterioridad, la autonomía absoluta, la rebeldía total.

Una opción esta última que salvo en el formal Estado de excepción en que se encuentran las comunidades del EZLN, es impracticable para quienes no viven de la academia o de la Cooperación Internacional y tienen que alimentar a sus hijos. Hace algunos años dije que los “apocalípticos” y los “integrados” son las dos piernas de la insurgencia rural. Hoy sigo pensando lo mismo.

Pero también pienso que las autonomías – duras o negociadoras – no bastan. No bastan porque si bien preservan espacios y a veces construyen formas de vida plausibles, a la larga son desgastadas por el neoliberalismo. Puestas a la defensiva en una desigual batalla cuya última trinchera es la “defensa de los territorios”. Resistencia heroica de ámbitos entrañables que sin embargo en casi todos los casos han sido previamente desertados por parte de los

jóvenes y por tanto se han debilitado socialmente. Creo en la resistencia que trata de preservar la vida, pero no la idealizo ni fetichizo.

La autogestión local o regional, el poder popular abajo y a la izquierda serían suficientes si fuera cierta la hipótesis en que se fundó el abstencionismo político inaugurado en México a principios de este siglo cuando durante el gobierno de Vicente Fox fracasamos en el intento de llevar a la Constitución los derechos de los pueblos originarios.

“Allá, arriba, no hay nada que hacer”, “Hay que trabajar abajo y a la izquierda”, “Todos los políticos son iguales”, “Cambiar de gobierno solo cambiar de capataz” fueron consignas que entonces se acuñaron. Apoliticismo de izquierda según el cual los Estados nacionales se desfundaron con la globalización de modo que no tiene sentido formar partidos, participar en elecciones, debatir en los congresos y en general disputar o ejercer un poder que en realidad no existe.

Movimientos y gobiernos

Pero esta lectura de la circunstancia nacional y global es errónea. Y para quienes la sostenían fue un severo revés político el que mientras proclamaban su descreimiento en los partidos políticos, en las elecciones y en los Estados nacionales en casi todos los países el Cono Sur de Nuestra América se des-

plegaban los procesos libertarios y justicieros más concurridos, creativos y trascendentes del último medio siglo. Un generalizado vuelco a la izquierda resultante de la combinación de movimientos sociales, partidos de nuevo cuño y gobiernos “progresistas”. Un giro a favor de los pueblos que se encamina a la superación democrática e incluyente del obsceno neoliberalismo. Un quiebre libertario dado precisamente cuando en el resto del mundo el descrédito de la globalización librecambista se traducía en neofascistas populismos de derecha: Trump en Estados Unidos, triunfos electorales de los ultraconservadores en Europa, Brexit...

Así, mientras en Venezuela, Brasil, Argentina, Bolivia, Ecuador, Uruguay y por un corto lapso Paraguay los pueblos adquirían dignidad y los Estados soberanía. Mientras que muchos de los países de Nuestra América se recuperaban los recursos naturales antes privatizados y se activaban los Estados como rectores de la economía y redistribuidores del ingreso; mientras que en Venezuela, Bolivia y Ecuador se promulgaban nuevas las Constituciones políticas en algunas de las cuales se reconocen la plurinacionalidad y los derechos de la naturaleza; mientras todo esto ocurría en el Cono Sur de nuestro Continente en el norte del mundo cobraban fuerza el populismo facho, el proteccionismo de gran potencia, el armamentis-

mo belicista, el supremacismo blanco, el sexismo, el racismo, el anti ambientalismo...

El curso emancipador iniciado con el siglo en Nuestra América se construyó desde abajo y es tanto local como global, no podía ser de otra manera. Pero para sorpresa de algunos su escenario principal fue el de los Estados nacionales y su disputa decisiva fue por los gobiernos. Estados y gobiernos en los que la gente del subcontinente sigue creyendo y por tanto disputándolos apasionadamente.

En Bolivia se empezó simbólicamente con la “guerra del agua”, la “guerra de la coca”, la “guerra del gas”, las reivindicaciones autonómicas de los amazónicos. Pero la autogestión hídrica en Cochabamba, el reconocimiento de que la coca es cultura, la aceptación de que los pueblos originarios tienen derechos y, más aún, la defensa del gas como recurso de la nación eran parcialidades reivindicativas o localismos. Parcialidades, localismos, es decir particularismos sin duda legítimos pero que no tenían futuro sin un proyecto de país de carácter general, incluyente y estratégico cuya materialización pasaba forzosamente por la conquista del gobierno y la refundación de las instituciones públicas. Y los bolivianos ganaron la presidencia y mediante un “Pacto de Unidad” y un Constituyente, construyeron un nuevo poder gubernamental y los fundamentos de un nuevo Estado.

En Argentina se pasó de los “piquetes” y el “¡Que se vayan todos!” a los gobiernos peronistas de izquierda de Néstor Kirchner, primero y luego de Cristina Fernández, pues de otro modo no era posible romper el cerco del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, ni reactivar la economía revertiendo la exclusión generada por el desempleo y el “corralito”.

Los inspiradores campamentos de los Sin Tierra de Brasil necesitaban que gobernara el Partido de los Trabajadores para mejorar a su favor la correlación de fuerzas. Y si bien los gobiernos de Lula y de Dilma no cumplieron ni con mucho sus expectativas agrarias, sin duda encontraron en ellos mejores interlocutores.

En Ecuador era necesario transitar del particularismo indigenista de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (Conaie) y su brazo político Pachakutik, al post neoliberalismo, nacionalista y redistributivo de Correa. Transición que no entendió la organización de los originarios ecuatorianos de modo que se confrontó duramente con el gobierno progresista.

Como podemos ver, el milagro conosureño fue impulsado inicialmente por los movimientos: piqueteros, sin tierra, cocaleros, defensores del agua, pueblos originarios... Pero en una segunda etapa sus indudables protagonistas fueron los go-

biernos y sus cabezas visibles: Chávez, Maduro, Evo, Lula, Dilma, Correa, Mujica, Tabaré, Néstor, Cristina. Gobiernos a los que podemos señalar insuficiencias, torpezas, errores... pero reconociendo que el cuestionamiento es posible precisamente porque abrieron brecha, porque hicieron camino, porque fijaron el rumbo en el mar embravecido del neoliberalismo. Podemos criticarlos con provecho porque no se quedaron en la resistencia y se atrevieron a inventar y empezar a construir un mundo nuevo.

*El corto invierno de la restauración neoliberal
y la segunda oleada emancipatoria*

El primer ciclo del curso emancipatorio de Nuestra América comenzó a debilitarse durante el tercer lustro del siglo, cuando un golpe parlamentario impidió que Dilma terminara su mandato siendo sustituida por el ultraconservador Michel Temer y luego por el impresentable Jair Bolsonaro, un neoliberal duro que solo pudo ganar las elecciones porque Lula, el candidato natural del Partido de los Trabajadores y seguro vencedor estaba en la cárcel.

Poco después en Argentina el neoliberal Mauricio Macri candidato del Frente de Todos le ganó las elecciones al hasta entonces gobernante peronismo de izquierda personalizado en los Kirshner.

Más tarde en Ecuador Lenín Moreno, sucesor de Correa y llevado a la presidencia por su partido, Alianza País, traiciono al proyecto y emprendió el regreso al neoliberalismo.

En Bolivia el ajustado pero cierto triunfo electoral de Evo Morales fue revertido por un cruento golpe de Estado que puso en la presidencia a la fantasmal Jeanine Áñez.

Y finalmente en Uruguay la izquierda impulsora del Frente Amplio que había ganado ya tres veces: Tabaré Vázquez, José Mujica, Tabaré Vázquez, perdió la elección frente al derechista Luis Lacalle.

Cayeron así Brasil, Argentina Ecuador, Bolivia, Uruguay... pero contra lo que se podría pensar el curso emancipatorio de Nuestra América no se canceló y pronto al primer ciclo progresista siguió el segundo.

Y es que el proyecto neoliberal no tiene nada que ofrecer a los pueblos y si en algún momento suscitó esperanzas estas se diluyeron en cuanto sus representantes empezaron a gobernar. La inviabilidad social de los restauradores fue evidente en el pronto descrédito de Macri en Argentina y el regreso al poder del peronismo de izquierda impulsor del Frente de Todos, ahora con Alberto Fernández como presidente y Cristina Fernández como vicepresidenta. Y también en la rápida re-

versión del golpe de Estado en Bolivia gracias al nuevo triunfo electoral del Movimiento al Socialismo y de su candidato presidencial Luis Arce. De modo que tras un corto invierno neoliberal el intento restaurador fracasó y tanto en Argentina como en Bolivia gobierna de nuevo la izquierda.

Sin embargo, lo más relevante para el sinuoso cuanto persistente curso emancipatorio latinoamericano fue el arrollador triunfo electoral de la izquierda mexicana en 2018 por el que la parte norte del subcontinente se incorporó pisando fuerte a un proceso que hasta entonces se había desarrollado únicamente en el cono sur. A veinte años exactos del inicio del primer ciclo “progresista” con la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, López Obrador es elegido presidente de México en un triunfo trascendente pues con el arranca simbólica y realmente el segundo ciclo de la larga marcha post neoliberal del Continente.

La elección en junio de 2021 del maestro rural Pedro Castillo candidato del partido Perú Libre a la presidencia de Perú y la derrota de la ultraderechista Keiko Fujimori, confirman una tendencia que es subcontinental.

Es verdad que a principios de 2021 la izquierda perdió en Ecuador. Lamentable derrota de la que sin embargo se desprenden lecciones importantes. El caso de Ecuador dramatiza el costoso

desencuentro entre el exclusivismo indígena y el reformismo post neoliberal. Confrontada por buenas o malas razones con el gobierno progresista de Rafael Correa, la Conaie y con ella su expresión política Pachakutik apoyaron en un principio el viraje neoliberal su sucesor Lenín Moreno solo porque este atacaba al expresidente. Luego, cuando fue evidente la derechización de Moreno salieron a la calle a protestar junto con los correistas, pero con tal de que estos no se fortalecieran negociaron unilateralmente con el presidente dándole una salida cuando estaba contra las cuerdas. En la elección de enero de 2021 la izquierda representada por la correista Unión por la Esperanza, por Pachakutik y por algunos partidos menores participó con diferentes candidatos y en la primera vuelta superó a la derecha con un holgado 67%, Andrés Arauz de la Unión por la Esperanza obtuvo una clara mayoría, de modo que si como era de sentido común las izquierdas se unían en torno al más votado de su bando era seguro que Arauz ganaría la segunda vuelta... Pero en vez de eso la Conaie y Pachakutik llamaron a la abstención. El resultado fue el triunfo del ultraderechista Guillermo Lasso por apenas cuatro puntos porcentuales que posiblemente se hubieran remontado con el importante voto que moviliza la organización indígena.

Los procesos emancipatorios profundos y más los de carácter subcontinental son de larga

duración, sus protagonistas históricos son los pueblos no los gobiernos y en su curso encontramos ascensos y descensos, flujos y reflujos sociales. Y hay avances y retrocesos entre otras cosas porque en Nuestra América por fortuna la conversión liberadora no se está dando a través de “dictaduras revolucionarias” como en el siglo XX, sino por vía comicial y preservando el pluralismo político. De modo que es natural que a veces se ganen y a veces se pierdan presidencias y legislaturas.

No se me escapa que es difícil seguirle apostando al ejercicio de la democracia formal cuando las derechas son golpistas y el Imperio mete mano, pero sigo creyendo que por ahora es la mejor opción. Como lo creía Rosa Luxemburgo, aun en tiempos en que la revolución rusa moría de hambre y era acosada militarmente por las potencias y por la derecha interna.

Otros tiempos ¿otras vías?

A más de veinte años de iniciado el curso emancipatorio de Nuestra América, Venezuela resiste: el golpista Juan Guaidó ya no mueve a nadie y el chavismo recuperó la Asamblea Nacional; en Argentina y Bolivia la restauración neoliberal duró poco y hoy de nuevo gobierna el progresismo; mientras que México y Perú se incorporaron al proceso con gobiernos de izquierda.

Y donde aún no ha habido gobiernos progresistas tenemos potentes movimientos sociales

En Colombia ocupa la presidencia un ultraderechista, pero Iván Duque está acorralado por una insurgencia social imparable ocasionada por un intento de elevar impuestos que catalizó otros agravios. En este contexto el partido Colombia Humana que el año pasado ganó la mayor parte de las elecciones departamentales tiene muchas posibilidades de triunfar próximamente en las presidenciales con el economista de izquierda Gustavo Petro, quien ya fue candidato y perdió por poco margen con el actual presidente.

En Chile gobierna el muy reaccionario Sebastián Piñera, pero un movimiento social que no ha parado desde 2006 en que arrancó la “revolución de los pingüinos” por la educación gratuita y que con banderas diversas se intensificó a fines de 2019, lo obligó a realizar un plebiscito en que la propuesta de cambio constitucional tuvo cerca del 80% de los votos. El método con el que se realizó la elección de escaños para la Asamblea Constituyente, que en menos de un año tiene que redactar una nueva carta magna, permitió que alrededor del 60% de los electos no fueran de partido sino activistas de diversas organizaciones civiles y movimientos, que sumados al voto de otras fuerzas políticas progresistas le dan a la izquierda una hol-

gada mayoría de más de tres cuartos. Preponderancia que se mostró al elegir a Elisa Loncón, una indígena mapuche con doctorados, como Presidenta de la Asamblea.

No cabe duda de que la Constitución pinochetista pasará a la historia y que la nueva recogerá las demandas de los jóvenes, de las mujeres, de los pueblos originarios, de la diversidad, de los ecologistas... cuyos promotores son mayoría en la Asamblea. Pero el destino del país se dirimirá también y sobre todo en noviembre de 2021 cuando se elijan presidente y legisladores.

Y se resolverá para bien o para mal por una vía distinta a la seguida por los otros países que avanzaron por la senda post neoliberal, pues en Chile no hay un partido o un liderazgo de izquierda fuertes como los hubo en Venezuela, Brasil, Bolivia, Ecuador o México...sino una diversidad de organizaciones, movimientos y causas que conforman lo que algunos llaman una izquierda "interseccional" porque es la convergencia de múltiples y plurales grupos de interés. Una izquierda que cree más en la Sociedad civil que en el Estado nacional y buscará que la nueva Constitución le cierre las puertas a un gobierno fuerte y en cambio potencie la participación ciudadana.

Con variantes determinadas por sus diversos talentos y realidades nacionales es claro que el

mexicano López Obrador, el boliviano Luís Arce y el peruano Pedro Castillo marchan ya o marcharán por la senda fijada por las primeras experiencias progresistas que se tradujeron en gobiernos enérgicos y personalizados, impulsores de ambiciosos proyectos nacionales; gobiernos omnipresentes que si no excluyen a los movimientos y agrupaciones civiles tampoco los convocan. La izquierda que domina en la Constitucional chilena no cree en esto y su reto es transformar la sumatoria o “intersección” de causas que la componen en un proyecto de sociedad que por más plurinacional, participativo y descentralizado que sea deberá tener un carácter nacional, integral y estratégico. Esto además de encontrar un candidato presidencial de unidad y ganar una elección... Habrá que ver.

En junio de 2021 el Tribunal Supremo exoneró a Lula y le restituyó sus derechos políticos por lo que lo más probable es que este se enfrente a Bolsonaro en las elecciones presidenciales de 2022... y que las gane. De ser así también en el gigante cono-surero la restauración neoliberal habrá sido derrotada y el Partido de los Trabajadores regresaría al gobierno. Lula y su partido tienen la experiencia, pero los tiempos son otros y para hacerles frente habrán de reinventarse.

La segunda oleada post neoliberal no puede marchar por el mismo camino que la primera

-y eso es bueno- pero es claro que a larga marcha emancipatoria de nuestra América sigue y que de nuevo el viento sopla a su favor.

PARÍS 1871

DE COMUNERAS Y COMUNEROS

*Suceda lo que suceda y aunque debiéramos ser
vencidos y morir mañana, nuestra generación
estará satisfecha. Hemos sido recompensados por
veinte años de derrotas y angustias.
Vallès. Le cri du peuple*

En 2021 se cumplieron ciento cincuenta años del alzamiento popular conocido como la Comuna de París. Como muchas otras luchas populares la de los comuneros y comuneras fue derrotada, pero su creatividad política y social sigue siendo inspiradora, de modo que bien vale la pena revisitarla.

Breve en el tiempo pues dura poco más de dos meses y acotada en el espacio dado que ocurre principalmente en París, la rebelión comunera de principios de 1871 conforma una suerte de paquete histórico: un acontecimiento apretado, denso, compacto... no una novela sino un cuento, no una sinfonía sino una sonata, no una epopeya sino una tragedia griega como le gustaban a Aristóteles: un reto al destino —aquí el histórico— desplegado con unidad de tiempo, de espacio y de acción.

Los 72 días de insurgencia popular que conocemos como la Comuna de París, fueron una experiencia radical, liminar... ruptórica. Una pasión colectiva y multitudinaria de aquellas que a la postre cambian la historia. Y la cambian no porque transformen de modo duradero el orden social tangible sino porque sacuden, desquician, desajustan las conciencias. Pródiga en aprendizajes políticos, la proverbial Comuna puede verse también como un estallido de política pura, un evento en que se dirime mucho más que el destino inmediato del pueblo francés.

En los relatos historiográficos rutinarios la Comuna es reducida a una sucesión de hechos causalmente encadenados y presentada como un episodio más de la sabida historia de Francia, y en otro plano como un capítulo entre otros de la saga de las revoluciones fracasadas. Pero la Comuna es también y ante todo un acontecimiento y una experiencia; un acontecimiento trascendental que alude a la condición humana y una experiencia desnuda que rompe paradigmas. No un eslabón más de la historiografía sino uno de esos momentos fractales en que la gente hace historia; momentos anómalos, inauditos en que el cálculo político deja lugar a la imaginación y entonces sucede lo imposible.

Y porque la Comuna está en la cancha de Kairós y no solo en la de Cronos, es que 150 años después sigue presente en nuestro imaginario.

Por todas estas razones no entraré hoy en los hechos, en los sucedidos, en la versión historiográfica de la Comuna sino en los corrimientos, los desplazamientos, los desquiciamientos que estos hechos provocaron y aun provocan. Repercusiones que podemos ubicar tanto en los conceptos políticos que a raíz de la Comuna se sacudieron y dislocaron, como en las experiencias libertarias de esos días que profundizan y enriquecen la imaginación de la revuelta, el repertorio vivencial de la revolución.

Abordaré primero la repercusión intelectual, con una revisión de la polémica entre anarquismo y marxismo en torno al Estado, para luego entrar en las experiencias liminares de la Comuna con aproximaciones a Montmartre, las barricadas y los relojes.

Pensar la Comuna: anarquismo y marxismo

En lo tocante a los conceptos trastocados y las lecciones aprendidas, marxistas y anarquistas se disputaron y se siguen disputando la Comuna de París. Ya desde entonces Mijail Bakunin y Carlos Marx polemizaron acaloradamente respecto de un asunto crucial; una cuestión conceptual y prácticamente decisiva, que lo era en el siglo XIX, lo siguió siendo y el XX y lo es aun en el XXI: el tipo de Estado que demanda la emancipación de los trabajadores.

Pero en las dos narrativas, la ácrata y la marxista, el referente insoslayable son los hechos: las decisiones, manifiestos y acciones de los rebeldes durante los meses de la insurrección. Marxistas y anarquistas doctrinarios buscan abonar sus respectivas teorías, sin embargo, la iniciativa renovadora no fue de ellos sino de las comuneras y los comuneros de a pie.

Fueron los insurrectos ordinarios, los alzados del común quienes liberados por el impulso iconoclasta del alzamiento dejaron volar la imaginación política y en vez de tomar e instrumentalizar el aparato de Estado existente optaron por inventar un Estado radicalmente nuevo; un orden político inédito en que el centralismo vertical, burocrático y autoritario de Versalles dejaba lugar a la descentralización horizontal, democrática y libre de la Comuna parisina.

Eugène Varlin era un encuadernador y militante de la Internacional, un proudhoniano que sin embargo no absolutizaba el apoliticismo en nombre de la autogestión cooperativa, pero sí era enemigo jurado de todos los centralismos burocráticos. Una semana antes del estallido del 18 de marzo escribe Varlin en *La Marseillaise* un texto que puede leerse como testimonio del estado de ánimo de los activistas parisinos y vislumbre, anticipación de lo que ocurrirá días después:

Los estados políticos no han sido más que la continuación del régimen de conquistas que presiden el establecimiento de la autoridad y la servilidad de las masas. En definitiva, la revolución próxima no debe quedarse simplemente en un cambio de etiqueta gubernamental, o en reformas de detalle; deberá emancipar radicalmente a los trabajadores de toda explotación capitalista o política, y establecer la justicia en las relaciones sociales. A no ser que queramos volver a un Estado centralizador y autoritario, el cual nombraría a los directores de fábrica, de manufactura, de los departamentos de distribución... y finalizar así en una organización jerárquica, de arriba abajo, en la cual el trabajador no sería más que un engranaje.

Escritos como estos y como los del también proudhoniano Pierre Denis en el periódico *Crí du Peuple*, inspiraron el Manifiesto fundacional de la Comuna. Un documento visionario cuyo espíritu se sintetiza en tres párrafos.

París trabaja y sufre por toda Francia, cuya regeneración intelectual, moral, administrativa y económica prepara con sus combates y sacrificios. La revolución comunal comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una nueva era.

¿Qué pide París? París pide el reconocimiento y la consolidación de la República. París pide la autonomía absoluta de la Comuna, extendida a todas las localidades de Francia. Esto en la medida en que en las co-

munas federadas imperen los mismos principios que en la administración central.

La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el Imperio, por la monarquía y también por el parlamentarismo, no es más que la centralización despótica. Por el contrario, la unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas, todas las iniciativas locales.

En resumen: no a la centralización despótica impuesta desde arriba, sí a la unidad política libremente concertada desde abajo.

Esto pensaban y acordaban los comuneros, pero ¿cuál era la postura de las corrientes políticas organizadas respecto de los acontecimientos de París? Vayamos unos meses atrás, a fines de 1870, y a la sede en Londres de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). En un manifiesto del 9 de septiembre, la directiva de esta organización en la que predominaban las posturas de Carlos Marx, había manifestado su preocupación por posibles acciones insurreccionales en el contexto la invasión de Francia por los prusianos. En el pronunciamiento de septiembre Marx y la AIT habían tratado de evitar, de frenar, de desalentar el alzamiento parisino: “Cualquier intento de derribar al nuevo gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada”, decían.

Sin embargo, la locura desesperada que trataba de evitar el manifiesto ocurrió y la Internacional respaldó a los comuneros alzados. Y lo hizo, hay que decirlo, con entusiasmo, como se muestra en el *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871*, emitido en Londres el 30 de mayo de ese año, cuando la Comuna ya había sido derrotada.

En relación con el tema que me ocupa, ahí se lee: “Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines. La Comuna viene a destruir el poder estatal moderno”. A continuación, se describe lo que la Comuna se proponía y la derrota a manos de Thiers le impidió realizar: la edificación de un orden político inédito.

Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente, y estas asambleas a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por el mandato imperativo de sus electores.

Las escasas, pero importantes funciones que aun quedarían para un gobierno central no se suprimirían, sino que serían desempeñadas por agentes comunales.

No se trataba de destruir la unidad de la nación sino de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el Poder del Estado, que situado por encima de la nación pretendía ser la encarnación de aquella unidad.

Respecto de la federación, hay una diferencia importante entre la Comuna y la Internacional. Para los parisinos la “asociación voluntaria” y libre debía serlo de todas las comunas sin excepción, en cambio para Marx y la OIT las que debían articularse eran las comunas grandes y con presencia importante de la clase obrera, pues por el predominio de los campesinos las comunas rurales eran conservadoras.

Esta postura, que también tenía representantes entre los comuneros, se sustentaba en el proletarismo, pero también en el parisentrismo: la idea muy fuerte entre los habitantes de la capital, de que la gran ciudad había sido, era y debía seguir siendo el corazón y el cerebro de Francia y por tanto debía conducir políticamente al resto de la nación.

Si la postura correcta era la incluyente de la mayoría de los comuneros o la menos incluyente de la Internacional, nunca lo sabremos porque la federación no tuvo tiempo de cuajar. Pero con independencia de las consideraciones tácticas, lo que a mi

juicio la democracia radical de la Comuna puso en cuestión son las inercias urbano céntricas y obreristas muy fuertes en una parte del pensamiento de Marx y sobre todo en el de sus seguidores.

En cuanto a la dirección de la lucha política, en el pensamiento revolucionario dominante, la apuesta por el centralismo estatal va acompañada de una visión también centralista, vertical y vanguardista de la conducción política. Planteamiento que años después encontraremos en la visión del partido revolucionario sostenida en Rusia por Vladimir Ilich Lenin y los bolcheviques, pero que en los tiempos de la Comuna encarnaban en las estrategias que preconizaba el influyente Louis Blanqui.

Y así como en lo tocante al Estado la experiencia de la Comuna conduce a Marx a la adopción de posturas anti centralistas, lo mismo sucede respecto de la conducción política. Aunque aquí la crítica al blanquismo no la hace Marx sino Federico Engels años después en el Prólogo de 1891 al escrito de Marx titulado la *Guerra civil en Francia*, donde aplaude el abandono comunero de las propuestas centralistas e ironiza a costa del vanguardismo autoritario de Blanqui, con expresiones que debieran inquietar hoy a los leninistas que aún quedan. Escribe Engels:

Educados en la escuela de la conspiración y

mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no solo de adueñarse en un momento favorable del timón del Estado, sino de sostenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno a un puñado de caudillos. Lo que llevaba consigo, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo gobierno revolucionario

¿Y qué hizo den cambio la Comuna, compuesta en su mayoría por blanquistas? Hizo todo lo contrario; en todas las proclamas dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna les invitaba a crear una federación libre de todas las comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera iba a ser creada realmente por la misma nación.

He citado en extenso a Marx y a Engels, porque estamos acostumbrados a identificar al marxismo con estatismo y con autoritarismo gubernamental, disfrazados “dictadura del proletariado”, y, en cuanto a la conducción política, con la versión de Lenin que deposita la tarea de dirigir las luchas emancipatorias en un minoritario y disciplinado partido de cuadros que gracias a su científica visión y fuerte iniciativa funge como vanguardia revolucionaria, una suerte de blanquismo marxista.

Sin embargo, en sus escritos sobre la Comuna, Marx y Engels se nos muestran como críticos

severos del estatismo y del vanguardismo. Sin duda porque así pensaban, pero también porque anti estatistas y anti vanguardistas fueron los comuneros parisinos. Y es que la adhesión de Marx a la democracia horizontal como alternativa al centralismo autoritario imperante no siempre fue tan clara como en los escritos citados.

No le falta razón a Bakunin, quien en el artículo titulado *De Prudhon y Marx a la Comuna*, insiste en que Marx y sus seguidores tienen en realidad una visión estatista del curso libertario: “Dicen — escribe el revolucionario ruso— que esa dictadura del proletariado es un medio transitorio inevitable para llegar a la emancipación integral del pueblo. Estado y dictadura, esos son los medios —e ironiza—. Así, a fin emancipar a las masas trabajadoras es necesario encadenarlas”.

El anarquista no ignora que en el manifiesto de marzo de 1871 Marx había criticado el centralismo estatista y aplaudido la horizontalidad comunista. Pero, según Bakunin, Marx y la Internacional lo hicieron porque ante la contundencia de los hechos parisinos no les quedaba otra, no tenían más remedio que quitarse el sombrero. Escribe Bakunin:

El efecto de la Comuna ha sido tan formidable en todas partes que los propios marxistas han sido obligados a quitarse el sombrero ante ella. Han hecho más, en contra de la más

simple lógica y de sus auténticos sentimientos, han proclamado que el programa y la finalidad de la Comuna eran los suyos... Ha sido un disfraz realmente cómico pero forzoso. Han tenido que hacerlo para no verse desbordados y abandonados:

Bakunin es sin embargo un poco injusto con Marx, pues veinte años antes de la Comuna en *El 18 Brumario de Luís Bonaparte*, el autor de *El capital* había escrito que "Todas las revoluciones perfeccionaban la máquina del Estado en vez de destrozarla. Los partidos que buscaban dominar consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal de vencedor", algo -decía Marx- que la revolución de los proletarios no debe hacer. Y en el mismo texto se refiere a la necesidad de dismantelar tanto el poder ejecutivo como el poder legislativo. Planteamientos sin duda visionarios que se anticipan por dos décadas a lo que por su cuenta y, claro, sin haber leído ese texto de Marx, hicieron los comuneros en 1871.

Sin embargo, no hay nada en estos casi proféticos escritos de Marx acerca de otra de las cosas sustantivas, fundamentales, decisorias que había planteado Vallès, que había planteado Denise, que se proponían los comuneros y que incluyeron en su manifiesto fundacional: esto es la edificación de un gobierno descentralizado; un gobierno no

vertical sino horizontal y basado en la asociación voluntaria de todas las comunas.

Esto no está en Marx. Es más, poco después de los párrafos de *El 18 Brumario* que he citado, Marx sostiene que la destrucción del Estado centralizado burgués es necesaria, sí, pero... para construir otro Estado igualmente centralizado. Y es que -piensa Marx- estados centralizados es lo que se requiere en las sociedades modernas cualquiera que sea su signo; es lo que demanda el mundo actual.

Escribe Marx: "La centralización del Estado que la sociedad moderna necesita solo puede levantarse sobre las ruinas de la máquina burocrático militar de gobierno forjada por la burguesía en su oposición al feudalismo" Es decir, que es necesario destruir el Estado centralizado burgués para construir el Estado centralizado proletario.

¿Centralizar o descentralizar? Tengo claro que la concentración del poder económico que resulta de la operación capitalista del mercado, sólo se puede contrarrestar y quizá erradicar a través, entre otras cosas, de un Estado enérgico y fuerte. De modo que cierta centralidad es indispensable, tanto en el curso mismo de la emancipación política como en la construcción y gestión de una nueva sociedad.

El problema radica en que tal centralización es presentada por algunos como una necesidad

histórica evidente e indiscutible, “algo que la sociedad moderna necesita”, como escribe Marx. Mientras que su contraparte, la aún más necesaria descentralización democrática, sin la cual centralización estatal equivale a dictadura burocrática, ha sido y es una asignatura pendiente en las corrientes dominantes del pensamiento de izquierda y más aún en los socialismos realmente existentes del siglo XX.

Marx anticipó que la revolución no podía limitarse a tomar el gobierno, tenía que dismantelar el Estado anterior y crear otro... otro igualmente centralizado. Y en la *Critica del Programa de Gotha*, formulada en 1875, cuatro años después de la Comuna de París cuyo radicalismo democrático había aplaudido, el autor de *El capital* escribe que, en la transición entre capitalismo y comunismo: “el Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”.

Medio siglo más tarde, la revolución rusa -ciertamente cercada por los imperialismos europeos, acosada por los restauradores y desquiciada por el hambre- tuvo que imponer la “dictadura del proletariado”. Tuvo que hacerlo para vencer a la muy real y peligrosa reacción interna, pero también para derrotar violentamente las acciones originadas en el supuesto “atraso campesino” y hacer frente al presuntamente balcanizador autonomis-

mo de las naciones colonizadas. El resultado fue la instauración de un hiper centralizado autoritarismo burocrático.

El que la Comuna de París haya confirmado los dichos de Marx acerca de la necesidad de destruir el Estado burgués y sustituirlo por otro proletario; o el que, como destaca Bakunin la rebelión parisina haya hecho suyas las ideas ácratas al proponer una federación descentralizada de comunas son en el fondo asuntos menores. Lo que en verdad importa es que la experiencia de 1871 incorporó a la siempre controversial sección política del imaginario colectivo, la idea de que un orden comunal de nuevo tipo es una deseable opción al hobbesiano Estado liberal.

Lo condenable no es que Marx y los suyos se hayan quitado el sombrero ante el democratismo radical de la Comuna solo porque no les quedaba más remedio, sino que posteriormente el marxismo haya regresado — en los dichos y los hechos — a un centralismo administrativo extremo disfrazado de dictadura del proletariado.

Y los debates sobre el Estado que estimuló la Comuna de París siguen siendo pertinentes. En el pasado siglo y lo que va de este hemos tenido diversas modalidades de Estado: el Estado totalitario del socialismo realmente existente, el Estado totalitario de los fascismos, el Estado de bienestar

del capitalismo keynesiano, el Estado croupier de la economía de casino neoliberal... Y en las periferias hubo y hay Estados oligárquicos, Estados desarrollistas más o menos populistas y en los años recientes los activos Estados de los llamados “gobiernos progresistas”, incluyendo el nuestro... Y por el lado de la sociedad hemos tenido como siempre gremios, corporaciones, partidos, pero también movimientos sociales clasistas y no clasistas, comunidades autonómicas, asociaciones civiles, redes sociales... Y las tensiones entre Estado y sociedad permanecen.

“El más frío de los monstruos fríos”, del que hablaba Nietzsche sigue ahí y no parece que por el momento vaya a jubilarse, pero la organización social en resistencia o colaboración también está ahí y es cada vez más diversa. El debate no terminó con la polémica entre Marx y Bakunin. La Comuna de París aún tiene mucho que decirnos.

*Vivir la Comuna: Montmartre, las barricadas,
los relojes*

Sostiene el imprescindible antropólogo Clifford Geertz, que la fuerza del texto etnográfico no está en los conceptos profundos ni en los datos precisos sino en convencernos de que quien escribe estuvo ahí y es capaz de evocar lo que vivió.

Y es precisamente su mayor o menor capacidad de evocación lo que distingue los textos que

sobre los eventos parisinos de 1871 escribieron sus actores y testigos. Es en estas narraciones densas e incandescentes y no en las lógicas y frías disquisiciones interpretativas, donde debemos buscar la verdad de los acontecimientos, donde debemos buscar la verdad de la historia.

Durante los meses de la insurrección popular francesa, Marx se encontraba en Londres y Bakunin estuvo un tiempo en Lyon, pero no en París. Así pues, de la Comuna hablan de oídas. En cambio, Hipólito Prospero Oliverio Lissagaray es un protagonista. Luchador contra el bonapartismo y encarcelado repetidamente por su trabajo periodístico, Lissagaray se suma a la Comuna, participa en la defensa de la ciudad ante la ofensiva de los de Versalles y a la derrota se refugia en Londres donde escribe una de las mejores crónicas del 1871 francés.

Del modo en que se vivía en los primeros días la experiencia iniciada el 18 de marzo, escribe Lissagaray:

Los que desesperaban durante el último mes están ahora radiantes de entusiasmo. La gente se aborda en las calles sin conocerse, hermanada por la misma voluntad, por la misma fe, por el mismo amor.

París respira como si saliese de las tinieblas, como si dejase atrás un gran peligro. Las calles hierven de vida, el bullicio se impone en todos los cafés.

Terminó la ira. El pueblo ya no está encolezado, porque el pueblo ya no tiene miedo. Doscientos mil pechos se funden en un solo grito: "¡Viva la Comuna!".

Los quepís danzan en la punta de las bayonetas, las banderas azotan el aire. En las ventanas, en los balcones, en los tejados millares de manos agitan pañuelos.

Los corazones saltan, en los ojos brillan lágrimas, la gente llora...

Hasta aquí las imágenes de la Comuna. Imágenes imperecederas pues quien la noche del primero de julio de 2018 estuvo ahí y vio llorar a la gente -no en la *place vendome* sino en las calles y plazas de México- entenderá de lo que habla Lissagaray.

Relatos elocuentes como este hay muchos, pero algunos restituyen narrativamente momentos decisivos, quiebres inesperados, experiencias desnudas que cambiaron el curso de la Comuna y de la historia.

Para mí el momento liminar de la revolución de 1871 es la espontánea convergencia de los parisinos hacia Montmartre la noche del 17 de marzo en que los soldados del gobierno conservador de Thiers trataban de secuestrar los cañones de los que disponía la comunera Guardia Nacional.

La experiencia desnuda multitudinaria que ahí se vive es un punto de ruptura; un quiebre histórico que cada uno de los participantes en los he-

chos comparte con los demás a la vez que lo vive de modo intransferible.

Por esos días la efervescencia política y social aumentaba hora tras hora en París, las condiciones para la proclama de la Comuna estaban dadas. Pero hacía falta un disparador, evento decisivo, una experiencia crítica que pusiera definitivamente a los parisinos en la tesitura de constituirse en gobierno del pueblo. Y este acontecimiento trascendental y sin duda trascendente ocurre la noche del 17 de marzo.

En la colina de Montmartre la Guardia Nacional de la Comuna parisina tiene 227 cañones, algunos tomados del ejército y otros comprados por suscripción popular. Artillería con la que ha decidido hacer frente a los invasores prusianos. La noche del 17 de marzo el gobierno conservador y entreguista de Thiers, que perdido París se había refugiado en Versalles, intenta apoderarse de esos cañones para después apresar al Comité Central de la Comuna y dismantelar la insurrección. Cuando la gente se da cuenta de lo que está ocurriendo se moviliza espontáneamente.

Es de noche, casi de madrugada. Ascendiendo por Des Rosiers y con gritos de “¡Trahisón! ¡Trahisón!”, hombres, mujeres y niños se abalanzan sobre los soldados del 88 regimiento de línea que trataban de llevarse la artillería comunera.

Cuando los primeros defensores llegan a lo alto del montículo, el general Lacompte, que comanda al regimiento, ordena hacer fuego... Por un instante interminable la escena se congela... Entonces un suboficial, el joven teniente Verdaguere, da contraorden: "¡Culatas al aire!", grita.

Los soldados dudan, se miran unos a otros y finalmente no disparan. Al contrario, clavan las bayonetas en el suelo y se abrazan con los comuneros. El enfurecido general Lacompte es detenido por la Guardia Nacional.

Como casi todos los momentos cruciales de la historia, la movilización a Montmartre tiene un destacado protagonismo femenino. Son las mujeres de París las primeras en enfrentarse a los soldados y su coraje es decisivo en el desenlace del evento. Escribe Vallès en *El insurrecto*:

Mujeres, mujeres, mujeres; mujeres por todos lados. — ¡Gran signo este! —. Cuando las mujeres se meten en la lucha, cuando el ama de casa empuja a su marido, cuando arranca el trapo negro con que seca las ollas para enarbolarlo como bandera por las calles; cuando salen las mujeres, el sol sale sobre una ciudad en revolución.

Y las parisinas tenían organizaciones como la Unión de mujeres para la defensa de París animada por Elizabeth Dimitrieff y Nathali Le Mel, entre

otras. Que mejor, entonces, que recoger el testimonio de una mujer excepcional: Louise Michell, de oficio institutriz, de vocación periodista, de inspiración poeta y sobre todo militante, combatiente, activista... Encarcelada por participar en una acción para hacerse de armas con que enfrentar a los austriacos, Louise participa después en el Club de la Justicia de la Paz, de Montmartre, y la noche del 17 de marzo es de las primeras en marchar rumbo a la colina donde están los cañones. La aguerrida comunera asciende con su carabina disimulada bajo el abrigo y gritando como todos "¡Trahison! ¡Trahison!".

Así lo cuenta ella misma:

En cuanto nos enteramos formamos rápidamente una columna. Todo el Comité de Vigilancia de Montmartre estaba ahí. Al alba se oía el toque de arrebato.

Subíamos a paso de carga, sabiendo que en la cima nos esperaba un ejército con las bayonetas caladas y en formación de combate. Sabíamos que íbamos a morir. Pero pensábamos que íbamos a morir por la libertad.

Ascendíamos como separados del suelo, como si flotáramos... Y aunque sabíamos que íbamos a la muerte creíamos que con nosotros muertos todo París se levantaría porque en ciertos momentos pequeñas muchedumbres como la nuestra pueden ser la vanguardia del océano humano.

La colina estaba envuelta en una mágica luz blanca. El alba era esplendida...

Aquí inesperadamente el relato épico y alucinado de Louise Michel se para en seco y cambia de tono.

De pronto -escribe Louise- vi a mi madre cerca de mí... A mi madre... Ahí, subiendo la colina... Y sentí una espantosa angustia. Mi madre, había venido, mi madre estaba ahí...

Pero no solo era mi madre. Todas las mujeres de París estaban ahí. Las mujeres de París habían subido al mismo tiempo que nosotros. No sé cómo lo habían hecho, pero todas las mujeres de París estaban ahí.

¡Violencia divina, violencia pura! hubiera dicho entusiasmado Walter Benjamín. Una muchedumbre dispuesta más que a matar a morir por una esperanza. La sorpresiva presencia de la madre de la narradora que rompe por un segundo el nosotros épico y hace angustiosamente personal el inminente sacrificio. Aunque de inmediato nos diluimos otra vez en lo colectivo, pues la madre de Louise es una más de las mujeres del común que espontáneamente se han movilizadas para interponerse entre los del Comité de Vigilancia y las bayonetas.

Y de la experiencia extrema participan también los soldados de Thiers, que han tomado los cañones y esperan al pueblo con las armas dispuestas... Instante de definición que Michell, su madre, las mujeres, los comuneros de Comité y los soldados comparten con otros dos protagonistas

personalizados: el general Lacompte y el teniente Verdaguerre.

El desenlace es tan inusitado como alucinante la escena. Escuchemos de nuevo a Louise:

No era la muerte lo que nos esperaba en la colina. No era la muerte sino la sorpresa de una victoria popular.

Cruzándose entre nosotros y el ejército, las mujeres se lanzan sobre las bayonetas, sobre las ametralladoras, sobre los cañones... Los soldados permanecen inmóviles.

Mientras que el general Lacompte manda abrir fuego sobre la muchedumbre, un joven suboficial saliendo de las filas se coloca delante de la compañía y grita más alto que Lacompte: "¡No disparen!"... Los soldados le obedecen.

Era Verdaguerre; el joven teniente Verdaguerre quien por esta acción sería fusilado en Versalles meses más tarde.

La revolución estaba hecha.

"La revolución estaba hecha", concluye sin aspavientos Louis Michelle. Y lo hace no subrayando un triunfo militar sobre el enemigo sino algo mucho más importante, una conversión; la conversión de los soldados que en la colina de Montmartre confraternizan con el pueblo.

La revolución estaba hecha, pero semanas después el ejército de Thiers la desharía. Así como hay imágenes del triunfo las hay de la derrota. Y si política y simbólicamente la revolución venció en Montmartre la derrota ocurrió en las barricadas.

Aislados de las otras Comunas y asediados por el ejército regular de Thiers al que apoyaban los invasores austriacos, los parisinos no pudieron sostenerse por mucho tiempo. El ejército imperial venía bombardeando, quemando, ametrallando, matando en caliente a los defensores caídos...

Quizá la Comuna hubiera tenido alguna posibilidad de vencer si los hubiera enfrentado en combate abierto. Pero no lo hizo. Cuando vieron acercarse la muerte los comuneros se reunieron tras de las barricadas. Tras de las tiernas barricadas donde los hombres y mujeres de los barrios habían combatido al enemigo, pero también comido, bebido, discutido y confraternizado día y noche por más de dos meses.

Barricadas cerrando las calles de una nueva urbanización que estaba deshumanizando París; que estaba arrebatándole a los barrios su histórica identidad. Y para recuperar la esperanza, pero también la ciudad que les iban quitando, los comuneros rebeldes ocuparon las calles, arrancaron los adoquines y con ellos edificaron barricadas.

Barricadas: desafiantes monumentos a la insurrección, abigarradas murallas que interrumpían los grandes bulevares alcanzando a veces los tres metros de altura. Montañas de tabiques, vigas y muebles frente a las que los orgullosos constructores gustaban de fotografiarse. Barricadas.

Así reconstruye Walter Benjamin, con base en testimonios, el repliegue a las barricadas

En el final de la Comuna el pueblo fue a refugiarse tras de las barricadas; a tientas, como un animal herido de muerte se refugia en su madriguera.

Los trabajadores, formados en las luchas de barricadas, no entendían la importancia militar de dar una batalla abierta para tratar de bloquear a Thiers. Y esto también contribuyó a su derrota.

En lugar del impersonal encuentro en campo abierto, los trabajadores eligieron dar la batalla en el propio barrio... Y, así debía ser; morir en una calle cualquiera de París, tras los adoquines apilados de su barricada.

El diez de mayo de 1968, los estudiantes de París expulsados de la Sorbona por la policía se pusieron a desprender adoquines con los que hicieron barricadas. "Saca los adoquines, camarada, que debajo está la playa", decían. La playa, sí, y también los fantasmas de las comuneras y comuneros que cien años antes habían amontonado esos mismos adoquines.

Termino este recuento de experiencias desnudas, de momentos trascendentales, de epifanías... con algo que ocurrió en París en los primeros días de la revolución francesa del siglo anterior, pero igual pudo haber ocurrido en los meses de la Comuna.

Conscientes de que con su inaudita rebelión no solo subvertían el orden injusto, sino que también estaban parando en seco el curso rutinario de los tiempos; sabedores de que sus decisiones imposibles dinamitaban la plácida continuidad de la historia, los rebeldes parisinos quisieron detener el tiempo, interrumpir el flujo inexorable de las horas y los días haciendo del presente insurrecto un eterno, un interminable tiempo de ahora... Y con ese fin por las noches algunos comuneros disparaban sus carabinas contra los relojes de las torres.

Era el triunfo de Kairós sobre Cronos; el triunfo de la interrupción sobre la continuidad. Porque el cometido profundo de las auténticas revoluciones es cambiar la vida y ante todo subvertir el modo inerte, cronométrico y calendárico como nos han obligado a vivir el tiempo: tic-tac, tic-tac, tic-tac...Pues no: ¡¡Booom!!

Los comuneros disparando contra los relojes, qué mejor imagen puede haber de la revolución.

ARMANDO BARTRA

Especialista en Sociología y Desarrollo Rural, cuenta con estudios en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es profesor e investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana unidad Xochimilco. Se ha desempeñado como profesor en la Facultad de Economía (UNAM) y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores, nivel III.

Impreso en la CDMX.

Todos los derechos reservados.